

REDES 33

revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología

Fabricando al *homo economicus*. Dispositivos cognitivos en un programa de crédito para pequeños agricultores

Gabriela Schiavoni

Gremialismo y política en los profesionales universitarios argentinos: el problema de la identidad de clase durante la primera mitad del siglo xx

Ezequiel Adamovsky

La investigación clínica en la Argentina: la tradición Lanari

Lucía Romero

Notas críticas sobre los estudios en ciencia, tecnología y sociedad.
Entrevista a Dominique Pestre

Luciano Levin y Pablo Pellegrini

Reseñas

*La enfermedad de Chagas en Argentina.
Investigación científica, problemas sociales y políticas sanitarias*

Agroecology in Action: Extending Alternative Agriculture Through Social Networks

Del órgano al artefacto. Acerca de la dimensión biocultural de la técnica

Vol. 17, N° 33, Buenos Aires, diciembre de 2011

**Instituto de Estudios Sociales
de la Ciencia y la Tecnología**



Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

ISSN: 0328-3186 impresa / ISSN: 1851-7072 en línea



REDES 33

revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología

ISSN: 0328-3186

VOL. 17, N° 33, BERNAL, DICIEMBRE DE 2011

**Instituto de Estudios Sociales
de la Ciencia y la Tecnología**



**Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial**

Redes

*Revista de estudios sociales
de la ciencia y la tecnología*

Vol. 17, Nº 33, Bernal, diciembre de 2011

Redes es una publicación orientada al estudio de la ciencia y la tecnología y a sus múltiples dimensiones sociales, políticas, históricas, culturales, ideológicas, económicas, éticas. Pretende ofrecer un espacio de investigación, debate y reflexión sobre los procesos asociados con la producción, el uso y la gestión de los conocimientos científicos y tecnológicos en el mundo contemporáneo y en el pasado. *Redes* es una publicación con una fuerte impronta latinoamericana que se dirige a lectores diversos –público en general, tomadores de decisiones, intelectuales, investigadores de las ciencias sociales y de las ciencias naturales– interesados en las complejas y ricas relaciones entre la ciencia, la tecnología y la sociedad.

Consejo de dirección

Lucas Becerra / Mariano Fressoli /Alberto Lalouf /
Facundo Picabea / Lucía Romero

Editores asociados

Rosalba Casas (UNAM, México)
Renato Dagnino (UNICAMP, Brasil)
Diana Obregón (UNAL, Colombia)
Hernán Thomas (UNQ, Argentina)
Hebe Vessuri (IVIC, Venezuela)

Consejo Científico Asesor

Antonio Arellano (UAEM, México)
Rigas Arvanitis (IRD, Francia)
Mariela Bianco (Universidad de la República, Uruguay)
Wiebe E. Bijker (Universidad de Maastricht, Holanda)
Ivan da Costa Marques (UFPR, Brasil)
Marcos Cueto (Universidad Peruana Cayetano Heredia)
Diego Golombek (UNQ, Argentina)
Yves Gingras (UQAM, Canadá)
Jorge Katz (Chile-Argentina)
Leonardo Moledo (UNQ, Argentina)
León Olivé (UNAM, México)
Carlos Prego (UNLP, Argentina)
Jean-Jacques Salomon (1929-2008) (Futuribles, Francia)
Luis Sanz Menéndez (CSIC, España)
Terry Shinn (Maison des Sciences de l'Homme, Francia)
Cristóbal Torres (UAM, España)
Leonardo Vaccarezza (UNQ, Argentina)
Dominique Vinck (Universidad de Grenoble, Francia)

Edición, diseño y producción

Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes

Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia y la tecnología

se encuentra registrada en los siguientes índices:

- Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, España y Portugal (Redalyc: <<http://redalyc.uaemex.mx>>)
- Clase (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades)
- DARE Data Bank (Unesco)
- Catálogo Latindex
- Directorio Latindex (Latindex: <<http://www.latindex.unam.mx>>)
- Núcleo Básico de Revistas Científicas Argentinas (Caicyt: <<http://www.caicyt.gov.ar>>)





Universidad
Nacional
de Quilmes
Editorial

Universidad Nacional de Quilmes

Rector

Gustavo Eduardo Lugones

Vicerrector

Mario E. Lozano

Instituto de Estudios Sociales de
la Ciencia y la Tecnología

Director interino

Leonardo Vaccarezza

Área de Estudios Sociales de la
Tecnología y la Innovación
Hernán Thomas (coord.)

Área de Estudios Sociales de la
Ciencia y el Conocimiento
Leonardo Vaccarezza (coord.)

Área de Filosofía e Historia de la Ciencia
Pablo Lorenzano (coord.)

Área Educación y Comunicación
Pública de la Ciencia y la Tecnología
Silvia Porro y Leonardo Moledo (coords.)

Tel. (54 11) 4365 7100 int. 5852
<<http://www.iesct.unq.edu.ar>>
<iesct@unq.edu.ar>

Redes. Revista de estudios sociales
de la ciencia y la tecnología
<redes@unq.edu.ar>

Editor responsable
Universidad Nacional de Quilmes
Roque Sáenz Peña 352
(B1876BXD) Bernal
Provincia de Buenos Aires
República Argentina
Tel. (54 11) 4365-7100
<<http://www.unq.edu.ar>>

Esta publicación es propiedad de la
Universidad Nacional de Quilmes.

Los trabajos recibidos son sometidos
a una evaluación por parte del
Consejo de Dirección y de árbitros
anónimos. La revista no asume el
compromiso de mantener
correspondencia
con los autores sobre las
decisiones adoptadas.

ÍNDICE

7 Abstracts

Artículos

- 9 Fabricando al *homo economicus*. Dispositivos cognitivos en un programa de crédito para pequeños agricultores, *Gabriela Schiavoni*
- 35 Gremialismo y política en los profesionales universitarios argentinos: el problema de la identidad de clase durante la primera mitad del siglo xx, *Ezequiel Adamovsky*

- 63 La investigación clínica en la Argentina: la tradición Lanari, *Lucía Romero*

Dossier

- 95 Notas críticas sobre los estudios en ciencia, tecnología y sociedad. Entrevista a Dominique Pestre, *Luciano Levin y Pablo Pellegrini*

Reseñas

- 107 Juan Pablo Zabala, *La enfermedad de Chagas en Argentina. Investigación científica, problemas sociales y políticas sanitarias*, *Gabriela Bortz*
- 115 Keith Douglass Warner, *Agroecology in Action: Extending Alternative Agriculture Through Social Networks*, *Sebastián Montaña*
- 123 Diego Parente, *Del órgano al artefacto. Acerca de la dimensión biocultural de la técnica*, *Pablo Rodríguez*



ABSTRACTS

Manufacturing *homo economicus*. Cognitive devices in a program of credit for small farmers

Gabriela Schiavoni

Abstract

Based on a description of a credit program for small farmers, implemented through the 1990 decade in the province of Misiones (northeastern Argentina), this article analyzes the process of construction of economic dispositions. By studying the interaction between the domestic accounting of the small farmers and the calculation technologies of the development agencies, the paper is focused in the intellectual devices. Finally, the beneficiaries' modalities of socialization, that are required for the extension of the socio-technical networks of the economy, are described.

KEYWORDS: SOCIO-TECHNICAL NETWORKS –
TRANSLATION – INTELLECTUAL TECHNOLOGIES.

Unionism and politics among Argentinean university professionals: the issue of class identity through the first half of the 20th century

Ezequiel Adamovsky

Abstract

This article seeks to contribute to our knowledge about making of the Argentinean middle class, by empirically studying the unionism of one of its sectors: the university professionals. We shall study their associations and

demands and the identities that were part of them, so that to investigate to what extent the professionals built links of solidarity with other social groups and/or developed discourses that related their interests to those of others. The article concludes that, despite their intense experience of organization, the associations that represented the professionals in Argentina did not make use of the middle-class identity, nor they build strong bonds of solidarity with non-professionals. This adds to the hypothesis that middle class identity in Argentina emerged more as part of the general political dynamics of argentinean society, than as part of narrower professional interests.

KEYWORDS: MIDDLE CLASS – ARGENTINA – PROFESSIONALS – ASSOCIATIONS.

Medical-clinical research in Argentina. The Lanari tradition

Lucía Romero

Abstract

This paper studies the origin and development of the Lanari tradition on medical-clinical research at the Instituto de Investigaciones Médicas of the Facultad de Medicina at the Universidad de Buenos Aires between 1957 and 1976, time for a process of high institutionalization at this research field in the local and international context.

The origin of Lanari tradition was possible due to the convergence he promoted between two different branches of Argentinean medical tradition: that from Bernardo Houssay, oriented by experimental research; and that from Mariano Castex and Raul Francisco Vaccarezza, oriented by medical-clinical practices. The result of this convergence was the tradition institutionalization through an innovative institutional articulation between cognitive and professional practices at the Instituto de Investigaciones Médicas, led by Lanari between 1957 and 1976. His project grounded on the convergence of: *a*) hospital and laboratory institutional spheres, *b*) experimental research practices and clinical medical assistance ones, *c*) practitioners, research and teaching professional profiles under a full time ideology.

The analysis of the development of this tradition allowed me to show its continuity and breaking-off elements in recruitment mechanisms, disciple generations and research styles, being professional profiles the one dimension of this tradition that presented more breaking-off points and disputes.

KEYWORDS: LANARI – TRADITION – MEDICAL–CLINICAL RESEARCH.

FABRICANDO EL *HOMO ECONOMICUS*. DISPOSITIVOS COGNITIVOS EN UN PROGRAMA DE CRÉDITO PARA PEQUEÑOS AGRICULTORES

Gabriela Schiavoni^[1]

RESUMEN

El artículo analiza el proceso de construcción de disposiciones económicas, a partir de la descripción de un programa de crédito para pequeños agricultores, llevado a cabo en el norte de Argentina (provincia de Misiones), en la década de 1990. Se focaliza en los dispositivos cognitivos, estudiando la interacción entre las contabilidades domésticas de los pequeños productores y las tecnologías de cálculo de las agencias de desarrollo. Finalmente, se describen las modalidades de socialización de los beneficiarios, necesarias para la extensión de las redes socio-técnicas de la economía.

PALABRAS CLAVE: REDES SOCIO-TÉCNICAS – TRADUCCIÓN –
TECNOLOGÍAS INTELECTUALES.

INTRODUCCIÓN

El concepto de economía, como sostiene Polanyi (1976), está dominado por su acepción formal, esto es, la elección de fines alternativos para medios escasos. Asimilada a la elección racional, la conducta económica no es automática ni natural sino que descansa sobre determinados procedimientos cognitivos.

Bourdieu (1963) destacó la consideración de Weber respecto de la afinidad creciente entre la teoría de la utilidad marginal y las prácticas económicas

[1] Antropóloga, Conicet, Universidad Nacional de Misiones. Correo electrónico: <gacha@arnet.com.ar>.

capitalistas “el acercamiento de esta teoría y de la vida fue, es y será cada vez mayor y modelará la suerte de capas cada vez más amplias de la humanidad” (Bourdieu, 1963: 24).

El arraigo del cálculo económico y la elección racional en la sociedad ha sido formulado desde distintas perspectivas. La sociología de Bourdieu, por ejemplo, considera el problema en términos de hábitos o disposiciones de los agentes, fruto de la internalización de un determinado sistema de posiciones sociales.^[2] La antropología de la ciencia, a su vez, deriva la génesis del cálculo de la interacción con objetos e instrumentos diseminados (estándares de medida, tecnologías contables, técnicas de marketing y packaging, etcétera). A través de estas redes socio-técnicas, el conocimiento económico se introduce en las prácticas sociales, otorgando a la actividad su carácter instituido.

Tempranamente, los estudios campesinos pusieron en evidencia el particularismo de la economía neoclásica. Analizando los presupuestos de los hogares rurales rusos, a principios del siglo xx, Chayanov advirtió que el principal obstáculo para el cálculo económico y la elección racional era el “matiz cualitativo” que exhibía la organización de la producción en estas unidades (había que obtener determinados productos para el consumo familiar). Así, “no podía surgir el problema de si resulta más ventajoso sembrar centeno o segar heno porque no podían hacer el reemplazo y por lo tanto no tenían escala común para comparar” (Chayanov, 1974: 140). De acuerdo al autor, a medida que la unidad campesina ingresa a la circulación,

la “cantidad” se va liberando de la “calidad” y comienza a adquirir el carácter abstracto de “valor”. La familia que explota la unidad ya no hace diferencia en cuanto a los modos de empleo de su fuerza de trabajo, con la única condición de que sea utilizada al máximo y bien pagada en el mercado con respecto al valor de lo producido (Chayanov, 1974: 140).

Nuestro artículo describe la interacción entre las contabilidades domésticas de los pequeños productores y el equipamiento de cálculo de las agencias

[2] La noción de disposiciones denota la existencia de condiciones sociales y culturales de acceso a las conductas que la teoría económica considera racionales y por lo tanto universales. La internalización de determinadas estructuras sociales favorece el ajuste armonioso de los agentes con el microcosmos de la economía. La carrera del funcionario público, por ejemplo, ilustra la doble raíz de la conducta considerada racional: ser calculable y tener capacidad de cálculo (Bourdieu, 2000).

de desarrollo, analizando las dificultades de traducción de las estimaciones cualitativas en cantidades.

Los proyectos de desarrollo constituyen situaciones cuasi experimentales que muestran con mayor nitidez los preliminares de los que depende la racionalidad económica capitalista. Las acciones de desarrollo comportan la adopción de regímenes de representación derivados de la economía institucionalizada (Escobar, 1998; Ferguson, 2003), difundiendo sus herramientas y formatos organizativos.^[3] En el caso que presentamos, nuestro interés se centra en la asimetría de los equipamientos de cálculo involucrados en la aplicación de un programa de crédito rural en la provincia de Misiones (Argentina).

El programa, denominado Programa de Crédito Supervisado FIDA-BID,^[4] fue diseñado en el momento del advenimiento de la democracia al país, en 1983, y se implementó en la década de 1990, durante el período de la convertibilidad, caracterizado por la paridad entre el dólar y el peso argentino, la liberalización del comercio exterior y el aumento de la presión fiscal.

En diciembre de 1983, el Secretario de Agricultura de la Nación solicitó al FIDA (Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola) una misión de identificación para un programa de crédito para pequeños productores del Norte Argentino. En abril de 1984 arribó al país la misión que recorrió seis provincias (Jujuy, Salta, Formosa, Chaco, Corrientes y Misiones).

En 1992 comenzó a implementarse el programa en Misiones, financiado por el FIDA y el BID (Banco Interamericano de Desarrollo).

Se trata de elevar el ingreso de los pequeños productores, insertarlos en el proceso de desarrollo mediante la promoción de grupos, y dotar de capacidad institucional a los organismos públicos vinculados a la pequeña producción.

El crédito contempla la concesión de un subsidio inicial en la tasa de interés, condiciones favorables en cuanto a plazos y períodos de gracia, indexación del capital de los préstamos vinculados a rubros de producción y atención integrada con servicios que hagan posible el incremento de la producción y comercialización.

Los beneficiarios no podrán ser reputados como clientes normales de

[3] Así, un subproducto del Plan Marshall fue la difusión en Francia de determinadas tecnologías de gestión empresarial norteamericana, tales como el *management* y la psicología de grupos (Boltanski, 1981).

[4] También conocido como Programa de Apoyo Técnico para Pequeños Productores del Nordeste Argentino (PPNEA). A partir de 1999 se llamó PRODERNEA.

bancos comerciales. La garantía será de carácter fiduciario y asumida solidariamente por los miembros del grupo.^[5]

La implementación del programa se llevó a cabo simultáneamente con otras iniciativas nacionales de desarrollo rural, tales como el Programa Social Agropecuario, destinado a agricultores de escasos recursos, y el Programa Cambio Rural, orientado a productores familiares capitalizados.

El trabajo de campo que sustenta esta contribución se realizó en el nordeste de la provincia de Misiones (departamento de San Pedro), un área privilegiada de reproducción de la pequeña agricultura, a través de la incorporación a complejos agroindustriales (tabaco, yerba mate). El programa de crédito pretendía reducir la dependencia de los agricultores con respecto a la industria, convirtiéndolos en agentes económicos autónomos.

Nuestro estudio comprendió el seguimiento de la experiencia desde sus inicios, en 1994, hasta 1997. El programa tenía previsto beneficiar a 3.700 productores en la provincia y en el área de estudio comenzó con el otorgamiento de 73 créditos.

Para la construcción de los datos se utilizaron las técnicas etnográficas de observación participante y la entrevista a técnicos y agricultores, así como la consulta de la documentación del programa (misión de identificación y diseño de los modelos productivos y financieros). A través de estas fuentes, tratamos de restituir la cadena de agentes e instrumentos intervinientes en el programa.

CONTABILIDADES DOMÉSTICAS

A propósito del surgimiento de la categoría salario, con el Estatuto del Trabajador Rural en 1963 en Brasil, Sigaud (1976) describe la estrategia de administración del dinero entre los trabajadores rurales, consistente en asignar destinos específicos a las distintas fuentes de ingreso.

Esta tecnología de cálculo “es una forma de asegurar que cada tipo de bien sea atendido. Si no existiera este cálculo, todo el ingreso se gastaría en bienes esenciales con tiempo de reposición corto, como la alimentación, lo que ocurre en momentos de crisis” (Sigaud, 1976: 323).

[5] Para los préstamos de evolución se requerirá la firma de pagarés a favor del banco; para los préstamos de inversión, se podrán exigir garantías prendarias sin recurrir a garantías hipotecarias (PPNEA, 1985).

A semejanza de la técnica de los sobres, estudiada en las familias obreras,^[6] estas prácticas contables asignan al dinero una calidad heterogénea, distribuyéndolo en distintos rubros, con el fin de racionalizar y controlar los gastos. Los montos provenientes de las distintas fuentes son clasificados en distintas categorías y no se agrigan.

En el caso de los trabajadores rurales estudiados por Sigaud, el salario —la paga que recibe por el trabajo agrícola realizado para el propietario— es destinado a la alimentación. Otras remuneraciones, ligadas a la condición de trabajador, pero no catalogadas como salario, se destinan a gastos menos perentorios. Así, el aguinaldo se utiliza para la compra de ropa, mientras que las vacaciones pagas pueden emplearse para instalar un negocio, un puesto de feria, o para hacer arreglos en la casa.^[7]

A su vez, el dinero proveniente de actividades subsidiarias, designadas como arte y no clasificadas en términos de trabajo —el oficio de peluquero o la artesanía—, constituyen un “apurado” o ingreso complementario. También se cataloga como “apurado”, lo que se obtiene de la venta de actividades agrícolas en el propio lote, que, en caso de urgencia, puede usarse para adquirir alimentos (supliendo un salario no recibido por enfermedad).

Del mismo modo, la reconstrucción de los presupuestos de los *foreiros* y pequeños productores del nordeste brasileño que realiza Heredia (1979), pone en evidencia las distintas calidades del ingreso y su estratificación de acuerdo a las jerarquías domésticas de sexo y edad.

El modelo campesino privilegia los productos destinados alternativamente al consumo familiar y a la venta, desechando los cultivos industriales. El ingreso principal es provisto por los productos del *rozado*, cultivados y comercializados por los hombres. Las mujeres solo concurren a la feria para vender bienes perecederos, destinando ese ingreso a la adquisición de los alimentos que no se producen en la explotación. Los cerdos y las cabras, a cargo de las mujeres, pueden comercializarse eventualmente para atender las necesidades de consumo.

[6] La muy difundida práctica de los sobres “es un ejemplo notable de técnica material que cumple un papel cognitivo. No utiliza la escritura, la contabilidad, la lista ni el cálculo numérico. Es una simple técnica de ordenamiento que, separando sumas de dinero y efectuando una clasificación de los gastos, permite saber en qué punto están los egresos y el ingreso” (Weber, 2002: 171).

[7] El destino vago de este dinero recuerda el carácter esporádico de su pago, ya que rara vez los ingenios abonan las vacaciones a sus trabajadores (Sigaud, 1976).

El ganado, por su parte, sirve “para mejorar el rozado”. Es central en términos de previsión y muy raramente se vende para comprar alimentos. Su cuidado corresponde a los hombres y, en las explotaciones en las que no hay ganado, los cerdos cumplen ese papel, desplazándose de la esfera femenina a la masculina. Finalmente, los animales criados por las mujeres (aves de corral, gallinas) permanecen fuera del circuito mercantil y solo se comercializan en caso de necesidad.

También los colonos y agricultores familiares capitalizados, administran sus presupuestos clasificando las distintas fuentes de ingreso y asociándolas con gastos específicos. En estos hogares, el ingreso principal no se destina a la alimentación, sino a las inversiones productivas.

Los gastos de reproducción cotidiana se satisfacen recurriendo mínimamente al mercado, y el dinero obtenido de los cultivos industriales se emplea para adquirir insumos, equipamiento y bienes de capital.

En su análisis de los colonos de Santa Catarina, en el sur de Brasil, Seyferth (1992) consigna las distintas categorías de ingreso. Así, el *lucro* o beneficio obtenido de la cosecha comercial (*zafra*) no tiene como destino la atención del consumo inmediato. Las necesidades alimenticias se satisfacen mediante la producción de autoconsumo (producción para el gasto), y la comercialización local de excedentes alimenticios sirve para generar un ingreso pequeño pero regular, tendiente a otorgar liquidez (*ganho*).

En la provincia de Misiones, un colono relata en sus memorias la práctica de administrar la explotación, invirtiendo la ganancia de una producción comercial en el inicio de otra nueva producción comercial:

El dinero que sacaba de un producto lo iba invirtiendo en otro. Con lo que me reportó la miel pude plantar unas hectáreas de *tung*. El rendimiento del *tung* me sirvió para empezar con el cultivo del té. Y finalmente con el dinero del té empecé a cultivar yerba, al eliminarse el impuesto decretado en 1935 sobre nuevas plantaciones (Gallero, 2008: 153-154).

La matriz agraria provincial se conformó como una estructura de oportunidades cambiante, con cultivos de rentabilidad inicial alta que luego decaen. Los presupuestos familiares se organizan administrando la coexistencia de productos, en etapas diferentes del ciclo de rentabilidad.

La yerba mate, regulada por el Estado durante casi todo el siglo xx, se convirtió en un cultivo ancla, considerado el ingreso principal de las explotaciones, destinado a inversiones productivas (Bartolomé, 1975). La desva-

lorización del producto en las últimas décadas, transformó las ganancias de la yerba en “dinero para provista”.

En las zonas de ocupación agrícola más reciente, el tabaco sustituyó a la yerba como ingreso principal, jugando el papel de “dinero masculino”, destinado a inversiones productivas.^[8] Así, un agricultor comenta: “La mayoría se guía por el tabaco para hacer los gastos. Lo que saco del tabaco es para inversión: quiero arreglar el alambrado y agrandar el chiquero, como para un tambo. También compré abono y semillas para hacer plantines de pino” (agricultor, 1997).

El carácter estratégico asignado a un repertorio diversificado de cultivos se evidencia en la recomendación, evocada por una entrevistada: “Mamá siempre decía: nunca saque un cuadro, porque una vez vale uno, otra vez vale otro y tiene para paliar” (mujer de agricultor, 1997).

Los productos con menor rentabilidad juegan el papel de ingreso complementario, destinado a satisfacer gastos eventuales o resolver problemas de liquidez. Son catalogados de este modo los aportes obtenidos de la venta de excedentes de alimentos en las ferias francas (Schiaivoni, 2010), y el dinero proveniente de los planes y beneficios sociales y el “retorno del tabaco” (parte del precio abonada por el Estado).

Cotidianamente, los pequeños agricultores hacen referencia a sus estándares cualitativos de cálculo, a través de afirmaciones del tipo “la yerba es para el estudio de las chicas”, “el pino es mi jubilación”, “la feria es para el día a día”, “la casa no te da lucro”. La organización de la producción en estas unidades no responde a criterios abstractos, basados en equivalencias que permitan medir, cuantificar y comparar. La producción doméstica opera a partir de una escasa objetivación de las dimensiones económicas.

Aun en el caso de los agricultores familiares capitalizados, identificados por la literatura argentina de la década de 1970, las explotaciones carecen de libros contables (Archetti y Stölen, 1975: 151).

Así, estos antropólogos, interesados en establecer la existencia de un excedente destinado a fines productivos, revelador del carácter capitalista de dichas explotaciones, tuvieron que confeccionar los presupuestos y esti-

[8] A fines del siglo xx, la revista de la Asociación de Plantadores de Tabaco de Misiones refleja este desplazamiento en los siguientes términos: “Está establecido en el criterio popular que la actividad ‘madre’ de la economía regional es la yerbatera [...] Sin embargo [...] es tiempo, quizá, de admitir que el tabaco es el ‘padre’ de la estructura productiva misionera” (*La voz del tabacalero*, 1997).

mar los costos de producción, traduciendo a un marco contable las actividades agropecuarias realizadas por los colonos.

A diferencia de los costos realizados por los economistas y técnicos agrícolas, la lista de entidades a “tomar en cuenta” por los antropólogos, excluyó la renta de la tierra y el interés del capital, “porque el colono no computa estos gastos y hemos partido de la lógica del productor y no hemos impuesto criterios que provienen de la lógica capitalista” (Archetti y Stölen, 1975: 151).^[9]

A su vez, incluyen como parte del costo de producción, las amortizaciones de maquinaria y del capital fijo de la chacra “porque esto se deduce de réditos y el colono es consciente de ello” (Archetti y Stölen, 1975: 151,152).

También computan en la estructura de gastos “los intereses del capital operativo, básicamente los intereses de corto plazo, siembra y cultivo, y de largo plazo, renovación y reposición tecnológica” (Archetti y Stölen, 1975: 151,152).

La producción de subsistencia, en cambio, no es incluida en la lista de entidades calculables, por dificultades técnicas de estimación.^[10]

Los presupuestos así confeccionados permitieron estimar el ingreso bruto y el ingreso neto de los agricultores, mostrando la existencia de un excedente destinado a inversiones productivas.^[11] El carácter capitalista de los colonos solo pudo ser revelado a través del equipamiento de cálculo de los investigadores.

Estos ejemplos son ilustrativos de la dificultad que entraña establecer el valor de actividades carentes de un formato general, que permita equiparar

[9] En la confección de costos, los economistas computan como costos indirectos las depreciaciones y retribuciones al capital y al factor tierra. A su vez, para calcular el costo de la tierra, utilizan distintas estimaciones: *a)* la diferencia entre lo que se gana con el rubro y lo que se ganaría si la tierra se usara en otra alternativa que brinde los máximos beneficios; *b)* el valor de alquiler de la tierra para la producción del mismo rubro, por parte de otro productor distinto al dueño; y, *c)* aplicación de una tasa de interés sobre la inversión en tierras (Stagno, citado por Archetti y Stölen, 1975: 151).

[10] Los autores admiten que un cálculo más preciso de las ganancias de estos agricultores requeriría “sumar, a precios de mercado, el producto de las actividades de subsistencia”, lo que haría que “en muchos casos los ingresos se duplican con lo producido por la chacrita, la huerta y los animales” (Archetti y Stölen, 1975: 154-155).

[11] Las inversiones realizadas en el período por el conjunto de explotaciones incluyeron la adquisición de ocho tractores, 24 herramientas nuevas, 11 vehículos, dos campos y ganado. También se utilizó el excedente para arreglar las casas, comprar una casa en el pueblo, hacer alambrados e instalar molinos. Solo en cuatro explotaciones no hubo inversiones: en una porque la cosecha de algodón no vino bien, en otras dos porque están pagando una compra de tierra y la cuarta es la explotación de los solterones.

y comparar las magnitudes. El programa de crédito que venimos analizando intentó sistematizar las realidades heterogéneas de la producción doméstica, con el fin de otorgarles previsibilidad.

INSTALANDO MÁQUINAS ECONÓMICAS: PREVISIÓN TRADICIONAL Y PREVISIÓN RACIONAL

Al instituir el tiempo como un objeto de cálculo, el crédito representa una institución económica difícil de difundir, aun en aquellos contextos en los que está presente la previsión, tales como la Argelia campesina de la década de 1960 (Bourdieu, 1963).

En las prestaciones de reciprocidad, la acción del tiempo se ejerce de manera antieconómica: al impedir la devolución inmediata, el intervalo que separa el don del contradon, provoca la amnesia del intercambio, inhibiendo el cálculo. Por eso, desde el punto de vista de la economía, el don es pura externalidad.

El tiempo del crédito es un tiempo teórico, en el que “la existencia se organiza en relación a un punto de fuga ausente, abstracto e imaginario” (Bourdieu, 1963: 26), diferente de los mecanismos de anticipación presentes en la organización económica de las sociedades campesinas.

En este último caso, la reserva para el futuro “nace de la propia lógica de la situación y difiere esencialmente de un plan exterior al que la acción habría de conformarse [racionalidad económica capitalista]” (Bourdieu, 1963: 29). En la previsión de tipo tradicional, el futuro está unido al presente por un lazo directo. La racionalidad capitalista, en cambio, se asienta en un futuro imaginado, que puede ocurrir o no.^[12]

La acumulación capitalista exige una organización que asegure la previsibilidad y la calculabilidad, y esto incluye una actitud determinada con respecto al futuro.

Heredia, en el estudio que mencionamos, distingue el “cálculo cíclico” que realiza el pequeño productor, de la previsión acumulativa capitalista. La previsión cíclica “está orientada a abastecer la casa” (Heredia, 1979: 131) y no puede hacer frente a la anticipación calculada del

[12] Sapiro señala que Bourdieu distingue dos vínculos diferentes con respecto al futuro: “la anticipación [*prévoyance*] y la previsión racional, ‘antropologizando’ así la distinción establecida por Husserl entre la protensión como perspectiva práctica de un *avenir* inscripto en el presente y el proyecto como posición de un futuro constituido como tal, es decir como pudiendo ocurrir o no” (Sapiro, 2004: 60).

crédito. Las obligaciones del crédito “son vistas como incontrolables [...] cercenan la libertad de acción cotidiana del pequeño productor” (Heredia, 1979: 139).

El programa de crédito para pequeños productores que venimos analizando en Misiones incluyó la adopción de una perspectiva temporal abstracta, derivada del equipamiento de cálculo de los expertos. El módulo ganadería de engorde que se difundió en el área de estudio, comprendía el financiamiento de la implantación de pasturas y el alambrado de potreros, así como la adquisición de terneros que debían ser terminados en las explotaciones y venderse al año siguiente, cubriendo el servicio de la deuda y generando una ganancia.

La actividad representaba una innovación con respecto a la ganadería doméstica, practicada por los agricultores, ya que la venta debía realizarse en plazos determinados, de acuerdo a un tiempo definido por el espacio de cálculo.

La mayoría de los productores reemplazó la ganadería de engorde por ganadería de cría, más afín al horizonte concreto de la previsión doméstica. La decisión de que “es mejor sacar novillas para cría, en vez de comprar terneros para engorde, como aconsejó el técnico”, se justificó en términos de autonomía: “Tener animales para vender cuando necesito, no para criadero”.

El tiempo abstracto de la rentabilidad capitalista contrasta con la flexibilidad temporal de las producciones domésticas. Un pequeño productor del nordeste brasileño ilustra estas ventajas con el cultivo de mandioca: “La mandioca es un cultivo que espera en el tiempo. Es el único que espera por nuestras necesidades. Cosecha algodón, vende y después se acaba el dinero. Pero la mandioca queda enterrada, cuando está barata y no da para hacer nada, se la deja, y el que no necesita, le da otro año” (citado por Heredia, 1979: 126).

La previsión tradicional mantiene con respecto al futuro una relación práctica, en la que la venta del ganado responde a las necesidades del grupo doméstico. La adopción del tiempo abstracto de la rentabilidad capitalista implica reclasificar el ganado, independizando la venta de las necesidades familiares.

También el primer programa de crédito fiscal para forestación destinado a pequeños productores en la Argentina, que se implementó en la provincia de Misiones en 1987, fracasó como alternativa productiva tendiente a aumentar el ingreso en el largo plazo pero fue utilizado por los participantes, adjudicándole funciones de ahorro y reserva para los agricultores en fase de reemplazo (Sato, 2002).

LAS REDES SOCIO-TÉCNICAS DE LA ECONOMÍA: EL FUTURO CALCULABLE

El tiempo abstracto de la rentabilidad capitalista no es natural ni universal. Ha sido engendrado por artefactos capaces de “disciplinar el futuro”, que operan como prótesis de *homo economicus*.

La economía representa un terreno privilegiado para analizar el movimiento conjunto de lo real y lo lógico. Al constituirse como disciplina en el siglo XVIII, “no descubre un continente, lo fabrica completamente o, más bien, lo organiza, lo conquista, lo coloniza” (Latour y Lépinay, 2008: 27).

En este sentido: “ninguna relación es económica sin la extensión de las técnicas de cálculo de los economistas [...] Sin la ciencia económica no hay economía” (Latour y Lépinay, 2008: 27).

La economía ciencia traduce las actividades productivas a formatos de cálculo, transformando los ruidos insólitos en mensajes. De este modo, “[...] la historia de la economía es la de las astucias de los investigadores para transformar lo que hace la gente, lo que vende y compra en algo que pueda ser movilizad, juntado, archivado, codificado, recalculado y visualizado” (Latour, 1995: 544).

La economía matemática, entonces, puede ser realista “no porque la conducta humana sea naturalmente ‘matematizable’, sino porque las agencias han introducido cálculos interrelacionados en las decisiones y en la formulación de las acciones” (Callon, 1998: 50).

La ciencia economía, las tecnologías de contabilidad y el *marketing* acoplan el trabajo teórico y las prácticas económicas, organizando experimentos reales, no confinados al laboratorio y que tienen lugar a gran escala. Así, “la economía disciplina ejecuta y formatea la economía como cosa” (Latour y Lépinay, 2008: 27). La noción de redes socio-técnicas expresa este entrecruzamiento del conocimiento científico y la vida ordinaria.

La posibilidad de juzgar y decidir, la elección racional, se deriva de la interacción con determinados dispositivos cognitivos.^[13] Los economistas, como ya encuentran los bienes expresados en cantidades, soslayan los pro-

[13] La noción de dispositivo, de raíz foucaultiana, alude a una red de elementos heterogéneos (instituciones, discursos, acondicionamientos arquitectónicos, reglamentos, medidas administrativas, enunciados científicos, etcétera), que opera con fines de disciplinamiento. Los autores vinculados a la antropología de las ciencias y las técnicas, despojan al término de la función de control, subrayando su carácter indeterminado, y lo utilizan para enfatizar el papel de los objetos en la explicación social.

cedimientos que intervienen en la fabricación de la cantidad y reducen el problema de la coordinación a la relación precio-cantidad.^[14]

La actividad de calcular, en tanto tecnología intelectual, afirman Callon y Muniesa (2003), implica abstraer los objetos de sus contextos particulares, agruparlos en un marco único, establecer relaciones entre ellos, clasificándolas y resumiéndolas. Los autores retoman la génesis del término elaborado por Benveniste (1994) que identifica esta capacidad con el accionar de un intermediario concreto: la operación de sacar la cuenta, la suma en el sentido material de ir desplazando hacia arriba las entidades consideradas. Este movimiento resume las cosas en un resultado (la cuenta), que tiene la propiedad de circular, abandonando el espacio de cálculo, sin necesidad de cargar con todo el equipamiento.^[15]

La conducta económica depende de un repertorio de tecnologías e instrumentos que constituyen “dispositivos político-económicos” y que incluyen tomas de posición, a partir de las cuales se traducen y representan las actividades productivas (Eymard Duvernay *et al.*, 2006).

El conocimiento desempeña un papel significativo en este proceso y un conjunto de saberes e instrumentos actúan como mediadores, conectando el mundo de la ciencia y el mundo de la práctica. Esta objetivación creciente permite abstraer los elementos de sus contextos concretos para medirlos y compararlos, proveyendo formas generales.

La contabilidad es un ejemplo paradigmático de estos instrumentos “que producen calculabilidad y permiten la ‘acción a distancia’”. Proveen un mecanismo para alinear la conducta personal con los objetivos socio-políticos” (Mennicken, 2002: 20).

Los marcos instituidos de la economía se establecieron gradualmente, a través de herramientas que se tornaron de uso corriente. El desarrollo de la contabilidad de costos, a principios del siglo xx, vinculó crecientemente las decisiones con los instrumentos de cálculo, controlando el futuro y haciendo que los números dirijan la empresa (Miller, 1998; 2001). Así, “hasta la mitad del siglo xix los textos de contabilidad no decían prácticamente nada sobre la contabilidad de costos o capital, sino que se concentraban casi totalmente en la manera adecuada de registrar las transacciones financieras” (Chandler, 2002: 39). Los comerciantes hacían tan pocos esfuerzos para

[14] Cochoy (2002) acuña la noción de “qualcul” para hacer referencia a la estimación cualitativa como un componente de la cognición económica, junto al cálculo numérico.

[15] De un modo análogo, la lista opera una reducción de la experiencia, delimitando visualmente un conjunto e introduciendo una discontinuidad con respecto a la percepción directa, posibilitando tratar los elementos según diferentes ordenamientos (Goody, 1986).

analizar sus costos porque tal información tenía poco efecto sobre sus decisiones. “La información sobre negocios que necesitaban los comerciantes venía de fuentes externas y no de registros internos, de modo que la experiencia tenía mucha menos importancia que las noticias frescas” (Chandler, 2002: 39).

La distinción entre costos variables y costos fijos, que luego se consolidó como un principio general de clasificación de los costos, aparece en 1920, con el fin de consignar los gastos que no varían en relación a lo producido (costos indirectos) (Miller, 1998: 179).

También la noción de “costo de oportunidad” data de las primeras décadas del siglo xx, convirtiéndose en una categoría central de cálculo, ya que dirige la atención hacia los cursos alternativos de acción que se abren ante el hombre de negocios.

Del mismo modo, la formulación del costo estándar, estimado con anticipación y en contraste con el costo normal o costo real, expresa la ambición de manejar el futuro, aliada al “vasto proyecto de estandarización y normalización que se llamó *management científico*” (Miller, 1998: 186). Este tipo de cálculo establece estándares de factibilidad que sustituyen la preocupación tradicional de la contabilidad por la fidelidad y la honestidad de la persona.

La técnica del *discounting*, orientada a estimar el valor del dinero en el tiempo, se impuso luego de una ardua lucha entre economistas y contadores en la década de 1930 (Miller, 1998). En efecto, el dominio de los contadores, identificado con el libro de contabilidad, estaba dirigido a “registrar el presente así como los flujos en el pasado”, dejando a los economistas “el arriesgado negocio de descender el velo que oculta el futuro” (Miller, 1998: 183).

Posteriormente, la técnica del *discounting*, en tanto cálculo que traduce a valores presentes los flujos futuros de dinero derivados de una posible inversión, pasó a formar parte de la contabilidad. Evaluar las inversiones a través de esta técnica se volvió un mecanismo clave para el logro de altas tasas de crecimiento económico, convirtiéndose en una herramienta principal de dirección de la empresa. Así, con la estimación del valor actual neto (NPV o VAN) “las decisiones y los proyectos adquirieron una visibilidad, calculabilidad y comparabilidad que antes no tenían. A partir de ahora, las acciones de los hombres de negocios podían conectarse con cálculos de otros” (Miller, 2001: 390).

En las dos décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial, una mentalidad económica financiera reemplazó a la mentalidad contable existente. La *expertise* se ejerció especialmente en el campo de las inversiones y a partir de allí “el juicio personal estuvo basado en alegatos de neutralidad y

objetividad de la evaluación ‘científica’ de las oportunidades de inversión” (Miller, 1998: 184).

De este modo, “la empresa y sus cifras no son solo objetos que están ‘allí afuera’, sino el resultado de actividades que utilizan tecnologías de cálculo y dispositivos de representación que a su vez no son neutrales y actúan produciendo ‘máquinas’ (i. e. efectos de homogeneización y simplificación)” (Kalthoff, 2002: 36).

El dispositivo cognitivo aplicado por el programa de crédito que venimos analizando consistió en la creación de un espacio de cálculo, un lugar autónomo visible en el que las realidades heterogéneas de la producción doméstica se convirtieron en entidades observables, medibles y controlables (factores de producción). Mediante esta inscripción técnica produjo una “chacra en el papel”, gobernada por los números.

A través de la utilización del flujo financiero de fondos se midió el incremento del ingreso neto familiar y se calcularon los indicadores financieros del rendimiento de la inversión, tales como valor actual neto y tasa interna de retorno.

En el caso de la provincia de Misiones, donde no se financió té, yerba mate ni caña de azúcar para la industria, se establecieron tres “modelos de finca”: 1) para agricultores de subsistencia, se propuso mejorar prácticas e incorporar ganadería (tasa interna de retorno: 75,8%); 2) para tabacaleros con fruti-horticultura: ampliar frutales y mejorar prácticas (tasa interna de retorno: 31,6%); 3) para productores diversificados con esencias: introducción de esencias aromáticas y ganadería de engorde (tasa interna de retorno: 45%).

En el cálculo de los costos, el precio del trabajo agrícola manual fue considerado de acuerdo al precio del jornal (400 australes),^[16] reflejando el valor de mercado del factor. Esta cantidad fue imputada a cada estructura, incluso al trabajo familiar del productor.

Los flujos de costos de producción fueron calculados en dos versiones, una que cubría la totalidad de los costos, incluyendo la mano de obra familiar valorada al costo local de los jornales, y una segunda versión que contemplaba únicamente los gastos en efectivo.

En base a estos costos se establecieron los montos de crédito de evolución (a corto plazo), con el criterio de financiar la totalidad de los gastos en efectivo más el 30% del valor de la mano de obra familiar.

Para cada modelo de finca se estimaron las inversiones requeridas, de las que el 90% de los gastos en efectivo fueron considerados para financiamiento mediante préstamos a largo plazo.

[16] Todos los costos fueron calculados a precios del 30 de septiembre de 1984.

A partir de los resultados calculados previamente se proyectaron los flujos anuales de caja. Los flujos de saldo neto así obtenidos mostraban que la generación de ingresos en efectivo era suficiente para cubrir el servicio de la deuda calculada a una tasa de interés real nula (subsidiar la tasa de interés durante los primeros años del programa) (PPNEA, 1985).

Los modelos elaborados permitieron establecer el nivel de ingreso familiar, sumando el saldo en efectivo de las operaciones y el valor de la producción de autoconsumo (para efectos de cálculo se asumió el cultivo de la mandioca como representativo de la variedad de rubros de autoconsumo, entre 0,2 y 0,5 ha). Así estimado, el incremento promedio de los ingresos era del 93%.

La rentabilidad de las inversiones totales en finca se estimó a través de la tasa interna de retorno cotejando, año por año, el valor bruto de la producción con los costos totales de inversión, reemplazo y producción, a los que se aplicó una corrección del 50% del valor de la mano de obra familiar.

El espacio de cálculo creado por el programa equiparó las calidades concretas de la agricultura familiar, traduciéndolas al lenguaje común de la cantidad. Así, el valor del trabajo doméstico y de la producción de autoconsumo se estimaron en términos de mercado, aun cuando su estatus mercantil no se encuentre claramente establecido.

LOS LÍMITES DEL CÁLCULO: “MEJOR HACER EN FORMA PARTICULAR”

El programa de crédito que venimos analizando intentó favorecer la institucionalización de las actividades económicas sentando bases asociativas distintas del parentesco. Se estableció que los pequeños productores

[...] se incorporarán al programa mediante grupos de diverso nivel de organización: sociedades de hecho, cooperativas y otras formas [...] Con el tiempo [...] puede esperarse que los grupos constituidos como sociedades de hecho ante el crédito otorgado, tiendan a consolidarse en asociaciones de mayor complejidad jurídica y administrativa (PPNEA, 1985: tomo I; 33, 38).

De este modo:

El crédito otorgado a grupos organizados y solidarios de productores [...] mejora las probabilidades de devolución [...] facilita la supervisión por parte de los promotores y, a la vez, el tratamiento grupal optimiza los procesos de comunicación y de aprendizaje [...]. Esto ha sido repetidamente verificado en su actuación por las ONG, activas entre los pequeños productores rurales del Norte Argentino (PPNEA, 1985: tomo I, 37).

Estudiando las características de los grupos que crean empresas, Granovetter (2003) desmitifica el ideal de la impersonalidad, rescatando la pertinencia del parentesco y la etnicidad. La clave reside en la combinación de una cohesión social suficiente, que permita aplicar normas de moralidad en los negocios, creando una atmósfera de confianza, y, por otro lado, elementos que limiten las reivindicaciones no económicas, que frenan la racionalización de la empresa.

Elegir, comparar y decidir constituyen actividades sociales, dependientes del formato de la interacción. Si los vínculos son redundantes, el agente carece de toda capacidad de elección. A su vez, si se encuentra en la intersección de redes que se superponen poco, considerará su acción en términos de elecciones alternativas. La capacidad de cálculo y arbitraje se deriva de la cooperación entre individuos que se perciben como diferentes. La distancia en un dominio no excluye la posibilidad de intercambio.

En las intervenciones de desarrollo rural,

[...] la morfología de ciertos grupos favorece la concepción de posibilidades de elección variadas, adaptadas a situaciones individuales diversas, mientras que la morfología de otros grupos se asocia a la rarificación de los medios de reflexión y de elección (Darré, 1991: 63).

En cambio, cuando existen varias *cliques* y varios puentes entre las *cliques*, hay mayor circulación de ideas, más alternativas y mayor capacidad de elegir (Darré, 1991: 63).

En la zona de estudio, los grupos de crédito se constituyeron apelando exclusivamente a las redes densas de las relaciones familiares. El requisito de la garantía solidaria, según el cual el préstamo debe ser respaldado por el grupo de pares, puso al descubierto un déficit de conexiones horizontales, alternativas al parentesco.

Uno de los productores relata:

Había que armar grupos. No me gustó. Yo puedo hacer por mí, por mi suegro, pero los otros, ¿a quién vamos a buscar? Mejor le pido a F. [comerciante

local] que salga de garante para mí en el banco y listo. Si no alcanzo, le doy unos buey, lo que tengo, para que pague en el banco (agricultor, 1995).

También en otro caso, el productor comenta:

Me hablaron para un grupo, después pensé toda la noche y a la mañana temprano dije que me borrraran, porque quiero dormir tranquilo. No me gusta la garantía solidaria. Uno no sabe cuál es la idea del otro. Mejor ir haciendo de a poco, pero con lo que es de uno (agricultor, 1994).

Otros productores justificaron su alejamiento del programa por temor a la garantía solidaria: “Si uno del grupo no paga, pueden venir los otros y sacarte cualquier cosa –tus buey–, para vender y conseguir esa plata” (agricultor, 1994).

La dificultad para encuadrar las actividades financiadas por el crédito en formas generales limitó su visibilidad a la esfera doméstica. Esto se expresó en la conclusión de que “es mejor hacer en forma particular”, abandonando el espacio de cálculo provisto por el programa.

Como subrayan Callon y Muniesa (2003), las situaciones de no cálculo pueden crearse impidiendo el cierre de las entidades a tener en cuenta, haciendo proliferar las relaciones entre ellas, o paralizando toda tentativa de clasificación. En el caso del crédito que venimos analizando, la imposibilidad de cálculo no se originó en el tradicionalismo de los agricultores sino que fue promovida por los propios técnicos, dado el contexto económico general, escasamente favorable a este tipo de intervenciones.^[17]

Los técnicos incentivaron que la devolución del crédito se hiciera con recursos provenientes de las actividades agroindustriales existentes, y no a partir de las inversiones financiadas. Uno de ellos relata: “Los que no pueden pagar son los que les fue mal con el tabaco. Organizamos los plazos y las fechas de pago: si el vencimiento le cae en noviembre no tiene nada de plata, en cambio en marzo, cuando cobró el tabaco, puede pagar” (técnico, 1995).

[17] Como señala Rapoport: “El conjunto principal de intereses que apoyó la convertibilidad estaba constituido ahora por los capitales extranjeros vinculados a las privatizaciones, los acreedores externos y grandes grupos económicos y financieros internos. Su base de sustentación se hallaba, a nivel popular, en los temores a una continuación del proceso hiperinflacionario, que había devastado las economías familiares” (Rapoport, 2010: 789).

Asimismo, el espacio de cálculo se desdibujó y algunas entidades, originalmente incluidas en las estimaciones económicas, tales como la implantación de pasturas para potrero, pasaron a considerarse externalidades. Un técnico comenta: “Las pasturas se financian con recursos genuinos: mano de obra familiar y mudas gratis. El alambrado, si hay que cuidar, porque no estamos haciendo para un año o dos” (técnico, 1995). Uno de los beneficiarios relata: “Para mí el crédito fue todo ganancia, porque ya tenía hecho pasturas y potreros” (agricultor, 1996).

La concepción del crédito como aporte de capital que debe rendir determinados beneficios no fue reconocida por los beneficiarios. De este modo, señalaban que: “El crédito sirve para obligarse a hacer. Son cosas que uno va a hacer, pero si saca el crédito hace seguro, sino la plata se va” (agricultor, 1996). O también: “El préstamo es lindo porque se hace todo de una vez” (agricultor, 1996). En otros casos no se advirtió diferencia con respecto a la previsión tradicional: “Si sobra para pagar al banco, sobra para comprar por nuestra cuenta” (agricultor, 1997).

La incorporación parcial del encuadre económico otorgó superioridad a las formas de comercialización tradicional, sin que los grupos de crédito se convirtieran en agentes de negociación. Uno de los beneficiarios comenta acerca de un integrante de su grupo:

Vi los animales de G. antes del invierno. Tenía que vender ahí, cuando alcanzó los 450 kg, pero quiso vender después, quería que le paguen a \$1,60 el kg, cuando en todos lados están pagando a \$1,50 y además quería al contado y que se lleven todos los animales. Yo, en cambio, le vendí a F. [comerciante local], con un sistema así: en enero arreglamos que le vendía seis animales, que él llevaba cuando quería. Pero para abril me tenía que dar \$850, para pagar en el banco (agricultor, 1996).

Así como los socios de los grupos se reclutaron preferentemente en el ámbito próximo de las relaciones familiares, las actividades económicas financiadas por el crédito se desplazaron hacia la esfera no cuantificable de lo doméstico.

En efecto, la escasa alteridad de los productos domésticos inhibe su valoración. Como subraya Appadurai (1991), el valor económico surge de cierta distancia entre los objetos y la persona que los desea, de modo que el intercambio constituye la fuente, y no el efecto, de la valoración (Appadurai, 1991: 18).^[18]

[18] Así, Kopytoff relata que: “En cierta ocasión pregunté cuál era el valor de la mandioca con fines de trueque. Por toda respuesta, escuché un escarnio indignado ante la sola idea

La incorporación de los pequeños agricultores a la economía supone la internalización de dispositivos cognitivos tendientes a objetivar y cuantificar los factores que intervienen en la producción. En el caso de la ganadería de engorde financiada por el crédito, la naturaleza reversible de las conexiones sociotécnicas se manifestó cuando los productores reformularon la inversión en continuidad con sus prácticas habituales, anulando el proceso de objetivación y distanciamiento, como así también la eventual valorización de los productos.^[19]

La reorientación del programa, en el año 2003, restringió la amplitud inicial del acceso al crédito, orientándolo hacia pobladores rurales con cierta dotación de recursos productivos y capacidad de gestión empresarial, que enfrentan múltiples limitaciones, pero que tienen condiciones objetivas para incorporarse competitivamente a los mercados.

Asimismo, se reconoció que las fallas principales habían estado en la estrategia organizativa, esto es, la empresa asociativa, la gestión y administración y la comercialización grupal (Rofman, 2005).

En la misma época, una ONG de desarrollo implementó exitosamente en la zona un sistema de créditos, con montos sustancialmente menores, a través de fondos rotarios de administración local, orientados a las mujeres rurales para la producción de alimentos. La propuesta trataba de evitar tanto la vinculación bancaria como el manejo doméstico. El cálculo se efectuó por productos: “Como en esa época estábamos todavía en tiempo de inflación, se tomó la decisión de que los créditos se estimaran en valor de docenas de huevos en el mercado local” (técnico ONG, 1996). En relación a la administración, “hicimos una capacitación en cuestiones de manejo de recibos [...] y un sistema de planillas de ‘debe’, ‘haber’ y ‘saldo’, muy simple” (técnico ONG, 1996). El modelo fue adoptado por otro programa nacional de desarrollo rural de la década de 1990, el Programa Social Agropecuario (PSA); este sistema de microfinanzas recibió una respuesta positiva por parte de los pequeños productores provinciales. El *Boletín del PSA*, en 1996, subraya las altas tasas de recupero de los fondos rotatorios “manejados por las propias organizaciones de campesinos”.



de que una cosa tan insignificante como la mandioca pudiera ser intercambiable por algo: La comes, nada más. Si no la quieres la regalas. Las mujeres se ayudan mutuamente con alimentos de ese tipo. Pero, nadie *comercia* con ella” (Kopytoff, 1991: 101).

[19] El nivel de mora del crédito otorgado por el programa al finalizar su ejecución, el 30 de junio de 1997, era de 67,1% para todo el Programa y del 56,2% en Misiones, del 57,2% en Corrientes, y del 100% en Formosa (Rofman, 2005: 47).

SOCIALIZACIÓN ECONÓMICA Y ARTEFACTOS DE MEDIACIÓN: LOS MANUALES DE INSTRUCCIONES

El programa de crédito que venimos analizando no tuvo en cuenta el trabajo cognitivo contenido en los modelos de inversión propuestos. A semejanza, del “contrato bajo coacción”, descrito por Bourdieu a propósito del mercado de la vivienda individual, en el que el comprador queda sometido al equipo de cálculo del consejero de ventas, los pequeños productores quedaron anexados al dispositivo de los expertos.^[20]

La ausencia de instrumentos de objetivación económica, característica de la pequeña agricultura, limitó la posibilidad de cálculo, la comparación y la previsibilidad. El rol que le asignó Max Weber a la contabilidad por partida doble en el surgimiento del capitalismo ha dado lugar a interpretaciones que exageran tanto el poder del agente como el poder del instrumento. Razonar en términos de redes socio-técnicas implica considerar que es la interacción entre el usuario y la tecnología lo que engendra la posibilidad del cálculo.

Las agencias de desarrollo intervienen en la extensión de estas redes mediante la difusión de conocimientos e instrumentos contables, impartidos en talleres de capacitación, en cartillas de divulgación y en documentos de sistematización, que llevan al discurso las prácticas económicas convencionales.

Como los “manuales de instrucciones” estos escritos efectúan una “curatela”, tomando a su cargo al usuario, desprovisto temporariamente de capacidades (Akrich y Boullier, 1991). El desafío didáctico es pasar de un vínculo paterno a un vínculo de pares (Akrich y Boullier, 1991: 123).

A la manera de un guión, los materiales de capacitación asignan papeles, otorgando preeminencia, ya sea al instrumento, al usuario o al instructor. La formulación más frecuente, característica de las recetas de cocina, es la del instructor que acompaña o guía al usuario, empleando a veces la primera persona del plural para atenuar el aspecto prescriptivo.

Esta es la forma utilizada para instruir acerca del cálculo de costos en la administración y uso de maquinarias en organizaciones de productores familiares de Misiones, en un documento de sistematización producido por la ONG de desarrollo que mencionamos antes. El texto especifica las entida-

[20] La asimetría de equipamiento de cálculo entre los asalariados y las direcciones de empresa es mencionada por Boltanski y Chiapello (2002) como uno de los elementos principales del conflicto entre capital y trabajo.

des a tener en cuenta (costos de funcionamiento, costos de reposición) y las formas de estimación del valor:

Todos sabemos que para que las máquinas funcionen hace falta combustible, aceite [...] pero cuando la máquina se rompa o haya que cambiar alguna pieza, si no hicimos alguna reserva, no tendremos con qué cubrir ese gasto. Por eso tenemos que calcular las reparaciones y los repuestos como parte del costo de mantenimiento, aunque el gasto lo hagamos después y no antes [...]. Todos sabemos que las maquinarias y los motores se van desgastando con el tiempo y el uso [...] cada vez que usamos las máquinas vamos perdiendo un poquito de nuestro capital, y eso también es un costo que tenemos, que se llama costo de amortización [...]. Para calcular este costo, tenemos que establecer cuál es la “vida útil” de las maquinarias, en años o mejor en horas de trabajo, y teniendo en cuenta cuál es su precio, cuánto perdemos de ese capital cada vez que se las usa. Así sabremos cuánto es el costo de amortización (Indes, 2001: 18-19).

La preeminencia de la figura del instructor que acompaña al usuario también se observa en la sistematización de un taller de capacitación en mercadeo, organizado por el Programa Social Agropecuario con el fin de estimar el valor de la producción de alimentos de autoconsumo, con miras a su comercialización.

El técnico a cargo explica que el cálculo de costos, que “el sistema económico en marcha nos solicita siempre”, se puede hacer “con la ayuda de un técnico o un promotor”, porque “produciendo a ‘ojo de buen cubero’ nos damos cuenta de cuándo hacer un producto es negocio o no; pero cuando hacemos los costos, le ponemos los números, las cosas se ubican en su lugar o sea comparando qué es negocio y qué no” (PSA, 1995).

Para “hacer costos” de los alimentos de autoconsumo, se establece el rendimiento por hectárea (en kg) de mandioca, poroto y maíz; se estiman los gastos que demanda la producción y los costos de venta (flete). Luego, tomando en cuenta el precio de mercado de esos productos, se restan los gastos y se calcula la ganancia. Esa ganancia se divide por la cantidad de días trabajados con el fin de obtener el valor del jornal, medida que se utiliza como indicador para comparar y tomar decisiones (“conviene más producir verduras que plantar tabaco”, por ejemplo).

Otro programa nacional, implementado en la misma época, pero dirigido a productores familiares capitalizados, hace descansar la socialización económica de los beneficiarios en herramientas de análisis económico

financiero, tales como la tasa interna de retorno. En el boletín del programa Cambio Rural puede leerse:

Las herramientas de análisis económico financiero apuntan a ayudar a los productores agropecuarios a tomar “mejores decisiones” [...] se trata de mejorar el *management* de las empresas agropecuarias pequeñas y medianas [...]. La capacitación de profesionales y productores, en el uso de estas herramientas debe ser una preocupación constante. Esta área de trabajo apunta a facilitar la incorporación de diversas alternativas de financiación. Para ello, es necesario analizar las tasas internas de retorno, que permiten obtener diferentes líneas de crédito para evolución y/o inversión (*Cambio en marcha*, 1994).

CONCLUSIONES

A partir de la presentación de un caso empírico, nuestro análisis estuvo encaminado a explicitar los preliminares de los que depende la conducta económica, poniendo en evidencia el trabajo de fabricación que requiere el *homo economicus*, cuya génesis no es natural ni universal.

Consideramos estos preliminares en términos de dispositivos cognitivos, encarnados en instrumentos y tecnologías intelectuales que proporcionan un formato general a las actividades económicas. De este modo, incorporar a los pequeños productores a la economía supone dotarlos, no solo de capital, sino también de herramientas de objetivación de las realidades económicas.

A diferencia de ciertas discusiones sobre el desarrollo rural en América Latina, que transfieren la problemática de la producción doméstica en el capitalismo a la política social, nuestro trabajo busca reconectar economía y sociedad, fijando la atención en el trabajo de construcción social que institucionaliza la economía y la posibilidad de apropiación de estos instrumentos por los actores sociales dominados.

El mundo autónomo de la economía está habitado por dispositivos cognitivos que traducen a un formato cuantitativo y previsible unas realidades diversas. El conocimiento científico desempeña un rol significativo en este proceso, encarnado en prácticas y herramientas que conforman redes sociotécnicas.

La transmisión de estos instrumentos a poblaciones cuyas prácticas no se ajustan armoniosamente a las reglas de la actividad económica no reviste un carácter obligatorio e inevitable. Tratamos de poner en evidencia que

estos instrumentos son fruto de la acción social y que constituyen uno de los modos posibles de objetivación. Lo que habría que interiorizar, entonces, es la capacidad de representación de las realidades económicas a partir de tecnologías intelectuales que permiten salir de una relación práctica con la práctica y conquistar una relación más teórica y consciente.

Estimar los costos y calcular la tasa de beneficio en las explotaciones agrícolas familiares es una operación simbólica que incluye tratar como entidades separadas elementos interconectados. Asimismo, la vinculación al crédito supone la adopción de una perspectiva específica con respecto al tiempo y al futuro, estructurada en torno a la previsión racional.

En el caso analizado, el equipamiento de cálculo necesario para llevar a cabo estas operaciones permanece tácito en los modelos financieros propuestos y no está generalizado a nivel de los beneficiarios. Los procesos de valorización esperados, a su vez, dependen de la adopción de esas formas generales.

Los programas y agentes de desarrollo intentan una mediación, difundiendo conocimientos contables y proveyendo tecnologías de cálculo. Cuando la traducción es exitosa, los dispositivos cognitivos de la economía son instalados y la conexión se estabiliza. En cambio, si la red socio-técnica no se consolida, como en el caso analizado, las actividades de los productores quedan confinadas a la esfera doméstica, no institucionalizadas, llevándose a cabo en “forma particular”.

Los sujetos de crédito que describimos en este artículo permanecen anexados al equipamiento de cálculo de otras agencias. Plantear el problema de la socialización económica de estos actores implica otorgar relevancia a la red heterogénea y diseminada de instrumentos que intervienen en la constitución de la economía como mundo autónomo y establecen los procesos de valorización.

El trabajo de traducción que requiere la incorporación de la producción doméstica a la economía admite distintos criterios. La antropología puede contribuir a esta tarea, ya que ha centrado su atención en las formas económicas precapitalistas. Las observaciones de los antropólogos subrayan el carácter no automático de la cuantificación y ponen de manifiesto las relaciones sociales implicadas en los procesos de conversión de valor que permiten agregar realidades económicas heterogéneas.

La sociología cuantitativa y la economía, a su vez, tienen una menor capacidad para captar este aspecto porque sus equipamientos de cálculo dan por sentado el establecimiento de equivalencias que vuelven homogéneas las entidades, soslayando el trabajo preliminar de fabricación. Los análisis antropológicos posibilitan la reconstrucción de la cadena de representaciones que está por detrás de un número, de un indicador o de un instrumento.

BIBLIOGRAFÍA

- Akrich, M. y D. Boullier (1991), "Le mode d'emploi: genèse, forme et usage", en Chevalier, D. (dir.), *Savoir faire et pouvoir transmettre*, París, Editions de la Maison des Sciences Humaines, pp. 113-131.
- Appadurai, A. (1991), "Introducción. Las mercancías y la política del valor", en Appadurai, A. (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo, pp. 17-88.
- Archetti, E. y K. Stölen (1975), *Explotación familiar y acumulación de capital en el campo argentino*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Bartolomé, L. (1975), "Colonos, plantadores y agroindustrias. La explotación agrícola familiar en el sudeste de Misiones", *Desarrollo Económico*, 15 (58), pp. 240-264.
- Benveniste, E. (1994), *Le vocabulaire des institutions indo-européennes 1*, París, Minuit.
- Boltanski, L. (1981), "America, America...", *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 38 (1), pp. 19-41.
- y E. Chiapello (2002), *El nuevo espíritu del capitalismo*, Madrid, Akal.
- Bourdieu, P. (1963), "La société traditionnelle. Attitude à l'égard du temps et conduite économique", *Sociologie du travail*, (1), pp. 24-44.
- Bourdieu, P. (2000), *Les structures sociales de l'économie*, París, Seuil.
- Callon, M. (1998), "The embeddedness of economic markets in economics", en Callon (ed.), *The Laws of the Markets*, Oxford-Malden, Blackwell, pp. 1-57.
- y F. Muniesa (2003), "Les marchés économiques comme dispositifs collectifs de calcul", *Réseaux*, 6, (122), pp. 189-233.
- Chandler, A. (2002), *The Visible Hand. The Managerial Revolution in American Business*, Harvard University Press.
- Chayanov, A. (1974), *La organización de la unidad económica campesina*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- Cochoy, F. (2002), *Une sociologie du packaging ou l'âne de Buridan face au marché*, París, PUF.
- Darré, J. P. (1991), "Les hommes sont des réseaux pensants", *Sociétés Contemporaines*, 5, pp. 55-66.
- Escobar, A. (1998), *La invención del Tercer Mundo. Construcción y deconstrucción del desarrollo*, Bogotá, Norma.
- Eymard Duvernay, F. et al. (2006), "Des contrats incitatifs aux conventions légitimes. Une alternative aux politiques néoliberales", en Eymard Duvernay, F. (dir.) (2006), *L'économie des conventions, méthodes et résultats*, París, La Découverte, pp. 23-44.
- Ferguson, J. (2003), *The antipolitics machine. "Development", Depoliticization and Bureaucratic Power in Lesotho*, Mineápolis, University of Minnesota Press.
- Gallero, C. (2008), *El llamado del oro verde. Memorias de inmigrantes suizos en Misiones*, Buenos Aires, Araucaria Editora.
- Goody, J. (1986), *La raison graphique. La domestication de la pensée sauvage*, París, Minuit.
- Granovetter, M. (2003), "La sociologie économique des entreprises et des entrepreneurs", *Terrains & travaux*, 1 (4), pp. 167-206.
- Heredia, B. (1979), *A morada da vida. Trabalho Familiar de Pequenos Produtores do Nordeste do Brasil*, Río de Janeiro, Paz e Terra.
- Kalthoff, H. (2002), "Figures, Writing and Calculation: Thoughts on the Representation of Economic Practices", *Economic Sociology*, 3 (3), pp. 28-40.
- Kopitoff, I. (1991), "La biografía cultural de las cosas: la mercantilización como proceso", en Appadurai, A. (ed.), *La vida social de las cosas. Perspectiva cultural de las mercancías*, México, Grijalbo, pp. 89-124.
- Latour, B. (1995), *La science en action*, Saint-Amand (Cher.), París, Gallimard.
- y V. Lépinay (2008), *L'économie science des intérêts passionnés. Introduction à l'anthropologie économique de Gabriel Tarde*, París, La Découverte.
- Mennicken, A. (2002), "Bringing Calculation Back In: Sociological Studies in Accounting", *Economic Sociology*, 3 (3), pp. 17-27.
- Miller, P. (1998), "The margins of accounting", en M. Callon (ed.) *The Laws of the Markets*, Oxford-Malden, Blackwell, pp. 174-193.
- (2001), "Governing by numbers: Why calculative practices matter?", *Social Research*, 68 (2), pp. 379-396.
- Polanyi, K. (1976), "El sistema económico como proceso institucionalizado", en Godelier, M. (ed.), *Antropología y economía*, Barcelona, Anagrama, pp. 155-178.
- Rapoport, M. (2010), *Historia económica, política y social de la Argentina (1880-2003)*, Buenos Aires, Emecé.
- Rofman, A. (2005), "Acceso de los pequeños productores al crédito formal e informal: diagnóstico y propuestas", *Proinder*, 8, Buenos Aires, Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentación de la Nación.
- Sapiro, G. (2004), *Pierre Bourdieu, sociologue*, París, Fayard, "Une liberté contrainte. La formation de la théorie de l'habitus", pp. 49-78.
- Sato, I. (2002), "La multifuncionalidad de la forestación con pequeños productores: un aporte al desarrollo sustentable", *XXXIII Reunión de la Asociación Argentina de Economía Agraria*, Buenos Aires.
- Schiavoni, G. (2010), "Construir un mercado. La transformación del autoconsumo en mercancía en las ferias de agricultores en Misiones", en Manzanal,

- M. y F. Villareal (orgs.), *El desarrollo y sus lógicas en disputa en territorios del norte argentino*, Buenos Aires, Ciccus, pp. 113-132.
- Seyferth, G. (1992), “As contradições da liberdade: análise de representações sobre a identidade camponesa”, *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 18, pp. 78-95.
- Sigaud, L. (1976), “A percepção do salario entre trabalhadores rurais no nordeste do Brasil”, *Actas del XLII Congreso de Americanistas*, pp. 317-330.
- Weber, F. (2002), “Práticas econômicas e formas ordinárias de cálculo”, *Mana*, 8 (2), pp. 151-182.

Otras fuentes citadas

- Boletín del PSA* (1996), Programa Social Agropecuario Misiones, N° 9.
- Cambio en Marcha* (1994), Boletín Informativo del Programa Federal de Reconversión Productiva para la Pequeña y Mediana Empresa Rural, N° 4.
- Indes (Instituto de Desarrollo Social y Promoción Humana) (2001), “Administración y uso de maquinarias en organizaciones de productores familiares de Misiones”, Documento de sistematización.
- La voz del tabacalero* (1997), Asociación de Plantadores de Tabaco de Misiones, N° 1.
- PPNEA (Programa Nacional de Crédito Supervisado para Pequeños Productores del Norte Argentino) (1985), Documento Preliminar, Secretaría de Agricultura de la Nación.
- PSA (Programa Social Agropecuario) (1995), Taller de Mercadeo, Misiones.

GREMIALISMO Y POLÍTICA EN LOS PROFESIONALES UNIVERSITARIOS ARGENTINOS: EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD DE CLASE DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

Ezequiel Adamovsky^[1]

RESUMEN

Este trabajo se propone contribuir al conocimiento sobre la formación de la clase media en Argentina, a partir del estudio empírico del gremialismo de uno de los sectores que la componen: el de los profesionales universitarios. Indagaremos en las prácticas reivindicativas de este grupo y en las identidades puestas en juego como parte de ellas, con el objetivo de analizar en qué medida construyeron lazos de solidaridad política o gremial con otros grupos o movilizaron discursos que los emparentaran con ellos. El trabajo concluye que, a pesar de la intensa actividad organizativa, las entidades representativas de los diplomados en Argentina no utilizaron la identidad de clase media, ni construyeron lazos de solidaridad gremial con otros sectores, lo que respalda la tesis de que la identidad de clase media en Argentina surgió más como parte de preocupaciones políticas generales, que como parte de intereses económicos sectoriales.

PALABRAS CLAVE: CLASE MEDIA — ARGENTINA — PROFESIONALES — ASOCIACIONES.

INTRODUCCIÓN

Este trabajo se propone contribuir al conocimiento de la formación de la clase media en Argentina —aunque es una cuestión que excede en mucho a este artículo—, a partir del estudio empírico del gremialismo de uno de los

[1] Universidad de Buenos Aires / Conicet. Correo electrónico: <e.adamovsky@gmail.com>.

sectores que la componen: el de los profesionales universitarios. Indagaremos en las prácticas reivindicativas de este grupo y en los recursos identitarios puestos en juego como parte de ellas, con el objetivo de analizar en qué medida construyeron lazos de solidaridad política o gremial con otros grupos o movilizaron discursos que los emparentaran con ellos. Pero antes de entrar en el tratamiento empírico, conviene detenerse un momento en algunas consideraciones teóricas y metodológicas sobre la clase media como objeto de estudio.

El campo de estudios de la clase media giró durante mucho tiempo en torno a la necesidad de establecer “objetivamente” qué conjunto de sectores ocupacionales conformaría su escurridiza sustancia. En la Argentina, por ejemplo, Gino Germani estableció a partir de la década de 1940 un recorte de la sociedad en tres clases. Por decisión del sociólogo, la intermedia quedó conformada por toda persona que no desempeñara una labor manual bajo relación de dependencia (o autónoma de muy baja categoría) —la clase obrera— ni perteneciera a los escalones más altos del empresariado o a las élites dirigentes. Tal división tripartita fue asociada a un gran relato centrado en el concepto de “modernización”, por el que se sostenía que la clase media se había formado hacia fines del siglo XIX, por influjo de los cambios económicos y demográficos que trajo la implementación del modelo agroexportador.

Aunque no faltan quienes siguen utilizando este tipo de enfoques, en las últimas dos décadas han sido sometidos a intensos cuestionamientos en todo el mundo. Por una parte, desde un punto de vista teórico, la objeción fue que la existencia de una clase social no puede postularse en abstracto, sino que debe ser objeto de una demostración empírica: no es válido definir una “clase media” *a priori*, por el agrupamiento de una serie de categorías sociales sin otra cosa en común que su no-pertenencia a otras clases. El análisis comparativo mostró que los lazos de unión entre ellas no siempre están presentes: los intereses económicos inmediatos, que colaboran fuertemente a asociar a trabajadores y a empresarios como clase, tienen una capacidad estructurante mucho menor —a veces nula— fuera de esas dos categorías.^[2] Por otra parte, algunos autores también han apuntado al carácter ideológico del propio concepto de “clase media” y de las narrativas de la civilización/modernización de las que forma parte, toda vez que producen un borramiento típicamente liberal de las jerarquías de poder que caracterizan las relaciones entre las sociedades supuestamente “civilizadas”

[2] Para un buen resumen de la primera ola de revisiones véase Guillaume (1998).

y sus periferias, y entre las clases dominantes y las subalternas. En efecto, la propia idea de una clase “media” dispara toda una serie de asociaciones mentales, una verdadera *formación metafórica* por la que la sociedad aparece comprendida según los términos del mundo físico —un volumen, del que pueden distinguirse un “arriba”, un “medio” y un “abajo”— y, a la vez, según los presupuestos de la doctrina moral del *justo medio*, por la que el lugar intermedio aparece como *locus* de la moderación y la virtud. Trasladado a las situaciones periféricas, el concepto de “clase media” con frecuencia conlleva una valoración implícita del grado de “modernidad” de una sociedad, según se parezca más o menos al modelo de desarrollo de Europa, continente caracterizado, en los relatos historiográficos dominantes, por la centralidad que habría asumido esa clase (Adamovsky, 2005; 2009b).

El campo internacional de estudios históricos de la clase media ha procesado estos cuestionamientos reenfocando las investigaciones de manera crucial. En lugar de asumir *a priori* la existencia de una clase media de la que luego se estudiarán pautas de comportamiento, valores, etc., importa ahora comprender los procesos sociopolíticos y discursivos por los que, en contextos específicos, se recorta una clase media. En otras palabras, se busca entender las condiciones en las cuales determinados grupos de personas se agrupan con otras como una clase media, en lugar de aglomerarse con otros sectores o de conceptualizar su nucleamiento de otra manera (por ejemplo, como una “clase de servicios” o como un “pequeño y mediano empresariado”, etc.). Desde el punto de vista de esta renovación historiográfica, no se desprende que exista en cualquier contexto y lugar una clase media de la mera presencia de las categorías ocupacionales que supuestamente la conforman. Más, generalmente no existe ningún motivo indefectible por el que un empleado de comercio *deba* formar una misma clase con el dueño de ese mismo comercio y con el médico que los atiende a ambos, ni va de suyo que, de existir, esa clase unificada se sitúe como una clase *media*. Como quiera que uno la defina, la existencia de una clase media como objeto de estudio depende de una demostración *empírica* que consiga probar 1) que un determinado conjunto de personas tiene algo en común que las unifica a pesar de sus diferencias, 2) que eso que comparten las distingue como una clase de otros agrupamientos sociales reconocidos como clases y 3) que esa situación de clase es conceptualizada por la sociedad como una posición *intermedia* entre una posición superior y otra inferior. No existe una clase media propiamente dicha si solo están presentes los dos primeros criterios, toda vez que, como señalamos, la propia expresión “clase media” activa un verdadero mapa mental de las diferencias sociales y de sus valores asociados.

Planteamiento del problema

Tanto la historiografía como el sentido común en Argentina asumen que hacia fines del siglo XIX una clase media se convirtió en un sujeto político importante. Sin embargo, ello no ha sido objeto, hasta el momento, de una comprobación empírica. Más aun, sorprende en las fuentes de la primera mitad del siglo XX la escasez de elementos que pudieran señalar la presencia de una identidad de clase media firmemente establecida (véase Adamovsky, 2009a). Este trabajo intenta contribuir a la tarea de determinar cuáles pudieron haber sido los canales por los que tal identidad se abrió camino en Argentina. Ya que suele pensarse que existe una vinculación directa entre la defensa de los intereses sectoriales y el surgimiento de una clase social con una identidad propia, analizaremos si este supuesto se verifica en el caso de los diplomados universitarios argentinos. La pregunta concreta de este trabajo será, entonces, la siguiente: ¿fue la defensa de intereses gremiales o económicos de los profesionales una experiencia de la que pudiera haber surgido una identidad de clase media?^[3] Sabemos que en algunos países, como Francia, la defensa de intereses gremiales de sectores medios dio lugar, desde principios del siglo XX, a masivas asociaciones de tipo sindical que los unificaron en una clase media a la que se interpelaba como tal. Así, la Association de défense des classes moyennes, creada en 1908, inició una larga serie de experiencias gremiales que incluyó, hacia 1938, la conformación de una Confederación General de sindicatos y asociaciones de clase media en la que participaron cientos de miles de afiliados de diversas ramas, desde productores rurales y comerciantes minoristas, hasta empleados y profesionales. Los profesionales, de hecho, tuvieron en ella un lugar central (Ruhlmann, 2001). Aunque los trabajos sobre el gremialismo de los sectores medios en Argentina son escasos, sabemos que existieron intensas experiencias de autoorganización en varios gremios durante la primera mitad del siglo XX. ¿Dieron lugar estas experiencias a formas de solidaridad política o de identidad “generalistas” (es decir, que trascendieran la identidad gremial o profesional inmediata de cada sector, construyendo un grupo “general” del que cada gremio sería una parte)? En caso afirmativo, ¿cuajaron ellas en una identidad o movilizaron un discurso de clase media, tal como sucedió en Francia y en otros países?

[3] Aunque no es el lugar para extendernos sobre consideraciones teóricas, este trabajo parte de una noción de *identidad* que no la supone de consistencia homogénea y constante, sino más bien como una construcción *posicional* capaz de cambiar según las situaciones en las que se expresa (véase Brubaker y Cooper, 2000; Anthias, 2002).

Para responder este interrogante analizaremos las fuentes de diversas asociaciones gremiales de profesionales universitarios, en busca de las identidades que cada una movilizaba a la hora de convocar a sus miembros y defender sus derechos. Estudiaremos también los reclamos específicos de cada una para visualizar posibles coincidencias entre ellas, y las estrategias desplegadas a la hora de buscar alianzas con otros sectores sociales y organizaciones políticas. Allí donde nos sea posible indagaremos también en las líneas de diferenciación interna que pudieran dificultar la solidaridad gremial y, con ella, el surgimiento de identidades generalistas. Es necesaria una aclaración antes de continuar: este trabajo no se ocupa de la identidad que pudieran tener en su fuero privado un médico, un ingeniero o un abogado. Puede existir –y con frecuencia existe– una gran distancia entre las identidades personales de los miembros de un gremio y las que se movilizan a la hora de realizar reclamos colectivos. En este trabajo argumentaremos que no existen indicios de que la defensa de los intereses gremiales haya dado lugar al surgimiento de una identidad de clase media. Pero esta conclusión no debe hacerse extensiva a las identidades personales. En otras palabras, no sostendremos que los médicos, ingenieros o abogados en concreto no desarrollaron una identidad de clase media, sino que no fue la defensa de sus intereses sectoriales el motor que le dio nacimiento o impulso.

1. LOS PROFESIONALES UNIVERSITARIOS

A diferencia de otros gremios que hoy consideramos de sectores medios, los profesionales no tuvieron inicialmente la necesidad de afirmar su estatus social: poseer una credencial universitaria les otorgaba un rango incuestionable. Hacia fines del siglo XIX y principios del XX formaban claramente parte de la cúpula “decente” de la sociedad y no necesitaban más prueba de ello que su propio diploma: Eugenio Cambaceres notaba en 1881 que el título de “doctor” abría las puertas tanto de los altos cargos públicos como del parlamento, las academias y los clubes sociales de prestigio, mientras que no poseerlo relegaba “al olvido” a personas igual o más talentosas (Cambaceres, 1985). Por otra parte, todavía en este momento quienes accedían a las universidades solían ser los hijos de la élite. Hasta bien entrado el siglo XX tampoco manifiestan estos “doctores” inconformidad respecto de sus ingresos: una práctica profesional predominantemente “liberal” y la relativa escasez de diplomados que ofrecieran sus servicios en el mercado aseguraban un nivel de vida holgado. Solo hacia la década de 1930, luego de la mayor apertura del ingreso a las

universidades para sectores más amplios –que se da principalmente en Buenos Aires, Córdoba, Santa Fe y Entre Ríos hacia principios del siglo xx, y más claramente luego de la Reforma universitaria de 1918–, y con la expansión del empleo *asalariado* de profesionales en los sectores público y privado, se harán manifiestas inquietudes propiamente económicas. Por todo esto, los primeros pasos del asociacionismo de los diplomados tuvieron más que ver con la necesidad de controlar la administración y el reconocimiento estatal de cada “ciencia”, que con iniciativas mutuales o reclamos de tipo propiamente económico-gremiales, que recién se abren camino desde la década de 1930.

Médicos y odontólogos

Tomemos por ejemplo el caso de los médicos. A partir de mediados del siglo xix, los de Buenos Aires comenzaron a agruparse para conseguir el control del ejercicio de la medicina. Los representantes más prominentes de la corporación médica tenían en ese entonces un contacto personal y bastante íntimo con la élite que gobernaba el país y no era extraño que participaran ellos mismos en la alta política, de modo que no tuvieron grandes dificultades para lograr atención a sus reclamos. A través de una serie de iniciativas pronto consiguieron una victoria decisiva al lograr que el Estado les otorgara el monopolio del “arte de curar”, declarando ilegales las prácticas de medicina alternativas, como las de los curanderos populares o las de otros grupos profesionales, como los farmacéuticos. Varias entidades se fundaron por entonces, especialmente animadas por médicos y estudiantes de la Universidad de Buenos Aires. Aunque no fueron del todo ajenas a las dificultades económicas de sus asociados, sus intereses principales giraron en torno al control del ejercicio profesional y de cuestiones científicas. Obtuvieron por entonces un gran prestigio para la corporación médica, al presentarse como actores indispensables en la construcción de la nación, que los requería como abanderados de la ciencia y garantes de la sanidad de la población (y en ocasiones también de su “normalidad” y su “moralidad”).^[4] La Asociación Médica Argentina (AMA), primera organización con aspiraciones de nuclear a todo el gremio, fue fundada en Buenos

[4] Entre las entidades que se salvaron de una vida efímera estuvieron la Asociación Médica Bonaerense y el Círculo Médico Argentino, fundadas en 1860 y 1876 respectivamente (véase González Leandri, 1999).

Aires en 1891.^[5] Pero todavía entonces los fundadores, tras una ardua discusión, establecieron que los objetivos de la AMA serían de promoción científica y no gremiales. Hacia 1923 contaban con unos mil asociados, y habían comenzado a fundar secciones en diversas ciudades del interior. A principios de la década siguiente organizaron las Primeras Jornadas Médicas Argentinas (Reussi *et al.*, 1991).

Las organizaciones con propósitos más claramente gremiales y de defensa de la condición económica de los galenos surgieron solo entre 1920 y 1940, en forma de colegios, asociaciones o círculos locales que dieron lugar a federaciones provinciales en la década de 1930, para concluir en la creación de la Federación Médica de la República Argentina en 1941 –dos décadas más tarde red denominada Confederación (Armus y Belmartino, 2000-2002).

Las varias publicaciones gremiales de los médicos nos dan un buen indicio de sus preocupaciones profesionales. Cuando se fundó el Colegio Médico de la Capital Federal en 1932, se discutió un programa claramente gremial que incluía, por ejemplo, la estabilidad de los cargos asalariados, la derogación de impuestos que gravaban el trabajo médico, exigir que los hospitales atendieran solo a los pobres, etc.; la misma institución convocaba hacia 1936 a un congreso para debatir cuestiones tales como la creación de cooperativas y mutualidades de médicos (*La Semana Médica*, 1932a; 1936).^[6] Hacia mediados de la década abundan también los llamados de alerta sobre la formación de un “proletariado intelectual” por obra del exceso de egresados universitarios que compiten en un mercado de trabajo demasiado estrecho. Molestaba comprobar que “un obrero manual comienza a percibir sueldos superiores a los del intelectual”. Motivo de un intenso debate profesional, las salidas que los médicos proponían para esta situación de “crisis del ejercicio privado de la medicina” iban desde una mayor regulación estatal de la economía o del ingreso a las universidades, hasta la “socialización de la medicina” (es decir, la transformación del profesional “liberal” en servidor público con ingreso asegurado por el Estado), y el reforzamiento del gremialismo médico; algunas posturas del debate contenían incluso ribetes anticapitalistas, seguramente por influencia de los médicos socialistas que participaban en él.^[7]

[5] Hasta 1913 se denominó Sociedad Médica Argentina. Había precedentes muy anteriores, como la Asociación Médica Bonaerense, fundada hacia 1860.

[6] En 1932 ya habían alcanzado los mil quinientos adherentes (*La Semana Médica*, 1932b).

[7] Véanse Bosio (1935; 1942), Cernadas (1935a; 1935b), Abadie (1938), Carrera (1938a; 1938b), Rodríguez (1938) y Weiss (1940). Más detalles sobre este debate en Belmartino (s./f.).

En lo que refiere a las vinculaciones políticas, el activismo gremial en esta época era tal que incluso un Sindicato de Médicos, formado por algunos cientos de miembros, se presentó a las elecciones municipales porteñas en 1924 con la esperanza de promover, más allá de los partidos políticos tradicionales, los intereses de su “gremialismo profesional” (*La Vanguardia*, 1924). Fundado unos años antes, el sindicato no logró convertirse en una alternativa para el gremialismo médico, que siguió organizándose según el modelo de los círculos o colegios. Por otra parte, las actividades de las organizaciones de los médicos en la década de 1930 incluían, por ejemplo, mítines públicos en los que conseguían la presencia de parlamentarios nacionales (*La Semana Médica*, 1937).

Las identidades que se hacían explícitas como parte de estas experiencias de organización y defensa de los intereses profesionales rara vez trascendían el mundo estrictamente médico: “clase médica” es por lejos el apelativo colectivo que aparece con mayor frecuencia en la década de 1930 y la siguiente. En los pocos casos en que aparecen otros más inclusivos, se trata de una “clase intelectual”, o de “trabajadores intelectuales”.^[8] No hemos encontrado ningún caso en que los médicos se identificaran como clase media a la hora de movilizarse como gremio. Por otro lado, como veremos más adelante, no encontramos en estos años alianzas con otros sectores sociales para la defensa de intereses comunes, con la excepción de otros gremios de diplomados.

Lo expuesto para el caso de los médicos marca más o menos la tónica del gremialismo de los odontólogos (aunque se percibe entre estos una mayor necesidad de asegurar el prestigio social de la profesión, menos claro por sí mismo que en el caso de los galenos, de quienes debieron distinguirse como parte de su afianzamiento como gremio autónomo) (Schapira, 2000; 2003). En 1896 se establece la Sociedad Odontológica del Río de la Plata con fines científicos, que gestiona ante el Estado la represión del ejercicio “ilegal” de la profesión por parte de los no diplomados, y también con propósitos de ayuda mutua ya explícitamente expresados (Schapira, 1997-1998). En 1898 comienzan a publicar la *Revista Dental*, que cambiaría varias veces de nombre en las décadas siguientes y en 1926, tras varios cambios de denominación, adquieren su nombre actual de Asociación Odontológica Argentina (AOA). Tenían por entonces doscientos veintitrés socios, para quienes poco después, en 1931, establecen una mutual para la asistencia social recíproca; la cifra de sus asociados había ascendido a más

[8] Véanse por ejemplo *La Semana Médica* (1933; 1938; 1940), Cernadas (1935a), Carrera (1938b), Rodríguez (1938) y *Revista del Círculo Médico del Oeste* (1944a; 1947).

de mil para 1936, cuando realizan el Primer Congreso Gremial Odontológico. La finalidad claramente gremial se hace prioritaria para la Federación Argentina de Sociedades Odontológicas, creada en 1936-1937 (luego de un intento frustrado en 1929), bajo la presidencia de Juan Ubaldo Carrea, quien ocuparía el cargo durante casi veinte años (Bagur *et al.*, s./f.).^[9] Catedrático destacado internacionalmente por sus aportes científicos, Carrea tuvo un intenso desempeño en el gremialismo de los dentistas en las organizaciones argentinas y latinoamericanas. En esta actuación se percibe claramente que, allí donde establecía alianzas o movilizaba identidades más amplias que la de su propio gremio, lo hacía como “profesional liberal” o en nombre de los derechos de los “universitarios” (Carrea, 1946; Giovannangelo, s./f.). En efecto, como veremos más adelante, desempeñó un papel de primer orden en el gremialismo interdisciplinario de los diplomados.

Ingenieros y arquitectos

Las etapas del gremialismo de los ingenieros son similares a las de los médicos. En 1895 sesenta y ocho diplomados fundan en Buenos Aires el aristocrático Centro Argentino de Ingenieros (CAI, inicialmente llamado Centro Nacional de Ingenieros), con la finalidad de defender el ejercicio profesional y estrechar los lazos de unión entre los colegas. Desde poco después publican la revista *La Ingeniería*, que sigue apareciendo hoy; en 1916, contando para entonces con unos seiscientos socios (en la década de 1970 la cifra llegaría a diez mil), organizan el Primer Congreso Nacional de Ingeniería. Durante la década siguiente vemos aparecer asociaciones en otras regiones, y en 1935 todas confluyen en la Unión Argentina de Asociaciones de Ingenieros, que desde entonces es la entidad convocante de los siguientes congresos de Ingeniería (Lucchini, 1981; De Altube, 2007). Entre las preocupaciones tempranas del CAI, visibles en su revista en el cambio de siglo, estaba la de conseguir que el Estado reglamentara el ejercicio de la profesión, para lo cual presentan proyectos y realizan diversas peticiones. Realizaban también por entonces eventos sociales como banquetes y fiestas de ingenieros. Ya en la década de 1910 se perciben discusiones por los aranceles profesionales; pero será solo desde la década de 1930 que se hagan notar entre ellos debates más amplios sobre la

[9] La Federación pronto fue conocida como Federación Odontológica Argentina y, desde 1958, como Confederación Odontológica de la República Argentina.

crisis económica y el modo en que los afecta y sobre el “sentido social” o la “función social” que deben tener los ingenieros. En esos debates se utilizan formas de identidad que trascienden la puramente gremial, por ejemplo como “profesionales” o incluso como “trabajadores intelectuales”.^[10] En rigor, algunos miembros del CAI, como veremos más adelante, habían estado entre los que impulsaron las primeras experiencias de gremialismo interdisciplinario que unificaban a diferentes asociaciones de diplomados desde mediados de la década de 1910. No hay signos de que utilizaran, sin embargo, un discurso más amplio de “clase media” o de que tejieran alianzas más allá de los gremios de profesionales.

El gremialismo de arquitectos comienza con la fundación de la Sociedad Central de Arquitectos (SCA) en Buenos Aires en 1886, pero más sólidamente con la “refundación” de esa institución en 1901. Luego de varios intentos efímeros y cambios de nombre, en 1915 la *Revista de Arquitectura* se convierte en la principal publicación del gremio. Hacia 1927 cuentan con apenas doscientos cincuenta socios que, sin embargo, constituyen la gran mayoría de los diplomados que existían por entonces en el país; diez años más tarde el número asciende a 600. Como los otros gremios, también sus intereses iniciales se orientan hacia la definición y el control del campo profesional (en parte necesitan para ello distinguirse de los ingenieros). Hacia 1915 se presentan como una “profesión liberal y no comercial”: a diferencia de empresarios y contratistas, su trabajo debe retribuirse bajo la forma de “honorarios”. Desde finales de la década de 1917 los encontramos peticionando al Estado por cuestiones que refieren al bienestar económico de los arquitectos y, poco después, por la reglamentación del ejercicio de la profesión. Les preocupa por entonces los “advenedizos” que, carentes de los diplomas adecuados, compiten con ellos en el mercado. Como el Estado demorará hasta la década de 1940 en sancionar la legislación relevante, las peticiones en este sentido serán constantes (Cirvini, 2004). Parte de estos reclamos se realizan mediante iniciativas interdisciplinarias que se identifican como “profesiones liberales”. La opción de la SCA por definirse como una asociación de “profesionales liberales” dejaba fuera de su órbita de incumbencia los problemas de los arquitectos que trabajaban en relación de dependencia o en íntima vinculación con empresas constructoras, para los que en 1925 se crearía otra entidad, el Centro de Arquitectos, Constructores de Obras y Anexos (CACOA, 1933).

[10] Véanse por ejemplo Hoyo (1932), Ivannisovich (1936; 1938a; 1938b) y Barros (1938).

Abogados y escribanos

Aunque hubo antecedentes en el siglo XIX, el gremialismo de los abogados despegó en 1913 con la fundación del Colegio de Abogados de la Ciudad de Buenos Aires, entre cuyos promotores se reconocen nombres de la más alta élite. Ya en 1921, por iniciativa de los porteños, se crea la Federación Argentina de Colegios de Abogados, con representaciones en varias ciudades del interior; esta institución organiza en 1934 la primera Conferencia Nacional de Abogados. El surgimiento del ímpetu gremialista que hemos encontrado en otras profesiones en la década de 1930 produjo entre los abogados porteños una bifurcación institucional: en 1934 un grupo de ochenta y siete de ellos fundó la Asociación de Abogados de Buenos Aires (AABA), cuyos objetivos eran más militantemente gremiales y sociales que los del aristocrático Colegio, más abocado a las cuestiones académicas (Fayt, 2003). En efecto, en su declaración de propósitos atacaban a la “oligarquía” que controlaba el mundo de la justicia y se definían como una institución “de carácter puramente gremial”. Entre sus primeros asociados (que a un año de la fundación se contaban en más de trescientos) encontramos a varios políticos socialistas y radicales y a reconocidos intelectuales nacionalistas e izquierdistas (AABA, 1934; 1935a). Por esa época se quejaban porque “nuestra profesión se ha proletarizado” por la sobreabundancia de egresados de las universidades y por la competencia desleal de escribanos y de colegas inescrupulosos o sin título. Para mejorar su situación gremial reclamaban con insistencia al Estado la reglamentación del ejercicio de las “profesiones liberales”; fuera de este apelativo, no se registran identificaciones con grupos sociales más amplios (AABA, 1935b; 1936a; 1936b; 1937; 1938).

Entre los escribanos el asociacionismo comenzó temprano: en 1866 se crea en Buenos Aires el Colegio de Escribanos, redenominado luego Colegio Nacional de Escribanos y, desde 1934, Colegio de Escribanos de la Capital Federal. Aunque hubo publicaciones precedentes, su *Revista del Notariado*, que comienza en 1897, se convertiría en la voz más importante del gremio. Hacia principios de siglo los vemos realizando los típicos “banquetes de camaradería” y otros eventos sociales destinados a cohesionar el gremio. Entre 1899 y fines de la década de 1910 se crean colegios en varias ciudades bonaerenses y del interior, los que en 1917, por decisión del Primer Congreso Notarial Argentino, confluyen en la Confederación Notarial Argentina. La agremiación de nivel nacional tendría, sin embargo, una existencia precaria: fue reorganizada como Federación Argentina de Colegios de Escribanos en 1947 y finalmente como Consejo Federal del Notariado Argentino en 1957 (Negri, 1947; Pondé, 1967; Gutierrez Zaldivar, 2002).

Desde el punto de vista de sus preocupaciones gremiales, encontramos entre los escribanos los reclamos al Estado por reglamentación del ejercicio profesional que ya hemos visto en otros gremios (aunque acaso con menor insistencia, ya que por su naturaleza, la actividad notarial ya había sido objeto de legislación específica en el siglo XIX). Hacia 1930 encontramos también quejas por la situación económica: ese año José A. Negri, vicepresidente del Colegio porteño, señala la “crisis del notariado” debido al exceso de egresados universitarios que amenaza con crear un verdadero “proletariado profesional” (Negri, 1930). En los años siguientes esta temática reaparece, por ejemplo, en una iniciativa de 1942 para evitar la expansión de un “proletariado universitario” limitando el “exceso de profesionales” en colaboración con el gremio de los abogados y la Facultad de Derecho (Mustapich, 1942). Como parte de esta nueva preocupación económica, la institución porteña funda en 1938 la Mutual Notarial Argentina, destinada a brindar préstamos y subsidios a los escribanos que lo necesitaran por cuestiones de salud, vivienda, etc.^[11] Como veremos a continuación, los notarios se aliaron con otros diplomados para fomentar fines gremiales comunes; no encontramos entre ellos ni iniciativas ni trazos identitarios que los vinculen con otro tipo de grupos sociales.

Gremialismo interdisciplinario

Además de los ejemplos reseñados otros varios gremios de diplomados tuvieron caminos de organización similares: por ejemplo, los contadores porteños fundaron su primer Colegio en 1891, en 1905 tuvieron su primer Congreso Nacional, confluyendo en 1926 en la Federación de Colegios de Doctores en Ciencias Económicas y Contadores Públicos Nacionales (Caletti, s./f.; Caravaca y Plotkin, 2007). Los farmacéuticos –primer gremio en fundar una organización profesional ya en 1856– se nuclearon luego de 1935 en la Confederación Farmacéutica Argentina, claramente orientada a los problemas económicos de sus asociados, para los que la mutual Liga Económica Farmacéutica ofrecía soluciones concretas (Confederación Farmacéutica Argentina, 1938; González Leandri, 1998; Di Stefano *et al.*, 2002).

Como hemos visto hasta aquí, todos estos gremios de diplomados compartían una preocupación temprana por el control académico y corporativo

[11] Véase Revista del Notariado (1978).

de sus propios campos de acción y por acceder a una legislación que reglamentara el ejercicio de la profesión demarcando claramente quiénes tenían derechos legales y quiénes no. Varios gremios se las arreglaron para tener llegada directa a los más altos funcionarios, sea mediante petitorios, o invitando a legisladores a participar de algunas de sus actividades. Excepcionalmente, como vimos, un grupo de médicos pudo fundar su propio partido político de alcance municipal para promover sus intereses. Como parte de estos impulsos por potenciar la capacidad de presión frente al Estado hubo tempranas experiencias de solidaridad interdisciplinarias de diplomados. Los primeros antecedentes registrados son de 1911, cuando el Círculo, antecesor de la Asociación Odontológica Argentina, convocó a los gremios de médicos, farmacéuticos, químicos y veterinarios para redactar un proyecto de ley de reglamentación de las profesiones liberales que enviaron entonces al Congreso, sin lograr la sanción (Carrea, 1939). En 1914 el ingeniero Arturo Hoyo propició la constitución de una Federación Argentina de Gremios Intelectuales que llegó a recibir el apoyo de algunos gremios además del de ingenieros, pero que parece no haber prosperado (Hoyo, 1932). Ese mismo año el Centro Argentino de Ingenieros promueve la creación de una entidad llamada Vinculación de Sociedades de Diplomados Universitarios (VSDU), cuyo primer presidente fue Santiago E. Barabino, quien por entonces presidía también el CAI y estaba estrechamente vinculado al Museo Social Argentino. Participaron de la entidad, además del gremio de ingenieros, la Asociación Médica Argentina, la Sociedad Química Argentina, el Centro Nacional de Ingenieros Agrónomos, la Sociedad Nacional de Farmacia, la Sociedad de Medicina Veterinaria, el Centro Jurídico y de Ciencias Sociales, el Colegio de Contadores Públicos y el Círculo Odontológico Argentino, representado por Juan U. Carrea. La VSDU se dedicó a presionar por la sanción de una ley de reglamentación de las “profesiones universitarias” que las protegiera de quienes “usurpan el título” y sus “atribuciones” con “perjuicio evidente para los más sanos intereses del país” (Barabino, 1918; *La Ingeniería*, 1923). Como esta entidad no alcanzara éxito siguió habiendo iniciativas en el mismo sentido. En 1934, esta vez a instancias de los odontólogos, se establece un Comité Permanente de Sociedades Universitarias (CPSU), bajo la presidencia de Juan U. Carrea. En el comité participaban, además de la gremial de los dentistas, la Asociación de Abogados de Buenos Aires, la Asociación Farmacéutica y Bioquímica Argentina, la Asociación Química Argentina, la Cámara Sindical Farmacéutica de Buenos Aires, el Centro Argentino de Ingenieros, el Centro Argentino de Ingenieros Agrónomos, el Centro de Ingenieros Químicos, el Colegio de Abogados, el Colegio de Médicos de la Capital

Federal, el Colegio de Escribanos, el Colegio de Doctores en Ciencias Económicas, el Colegio de Procuradores de la Ciudad de Buenos Aires, la Sociedad Central de Arquitectos y la Sociedad de Medicina Veterinaria. Su objetivo era promover legislación apropiada para todos los gremios. Como consecuencia, Carrea fue designado presidente de una Comisión Honoraria nombrada ese año por el Poder Ejecutivo para redactar un proyecto de Ley Orgánica Reglamentaria de las Profesiones Liberales, que el gobierno envía luego al Congreso. Por esa época y en los años siguientes encontramos a Carrea dando varios discursos en mítines públicos en defensa de los derechos de las profesiones liberales (Carrea 1939; 1946). El gobierno intentó luego sacar rédito electoral de su gesto a favor de los profesionales.^[12] Pero el Congreso nunca sancionaría ese proyecto: todavía a principios de la década de 1940 encontramos al CPSU y a Carrea presionando sin éxito en ese sentido (véase *Revista del Notariado*, 1941).

Hemos visto también que en la década de 1920, pero más claramente tras la crisis de 1930, la mayoría de los gremios dieron muestras de mayor preocupación por los aspectos más generales y claramente económicos del bienestar de sus miembros, más allá de la cuestión de la legislación ansiada. En la medida en que esta segunda preocupación por la situación del país era compartida por gremios de sectores medios no diplomados, podría haberse convertido en la ocasión ideal para tender lazos de solidaridad transgremial con comerciantes, rentistas, empleados de cuello blanco, etc. Sin embargo no encontramos nada de esto entre los profesionales, cuyos vínculos se mantuvieron estrictamente dentro del mundo de los diplomados.^[13] En este contexto, no sorprende que no encontremos entre ellos identificaciones o apelaciones más generalistas a una clase media.

2. PERONISMO Y DESPUÉS

¿Modificó el vendaval del peronismo estas tendencias entre los diplomados? Ya que en estos años sí se verifican evidencias indudables de la existencia de una identidad de clase media ¿pueden hallarse ecos de ella dentro de las entidades gremiales de las que venimos ocupándonos?

[12] Véase el acto de campaña descrito en el folleto “Los profesionales universitarios en presencia del problema presidencial” (Anónimo, 1937).

[13] Una excepción a esta afirmación es el apoyo puntual que la Sociedad Central de Arquitectos brindó a la Unión de Contribuyentes para las elecciones porteñas de 1934 (véase *Revista Almacenera*, 1934).

La irrupción del peronismo tuvo un impacto ambiguo sobre el gremialismo de los profesionales. Al frente de la Secretaría de Trabajo y Previsión (STP), Perón prestó gran atención a los problemas de los diplomados. Así, el 17 de julio de 1944 se crearía, dentro de la STP, la Dirección de Acción Social Directa para Profesionales, conformándose varios consejos de asesores con representantes designados por las diferentes asociaciones de profesionales. Cada consejo se encargaría de colaborar en la redacción de estatutos profesionales para cada grupo (*Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión*, 1944a; 1944b). En estos consejos participaron ampliamente las instituciones tradicionales de los profesionales y algunos dirigentes de amplia trayectoria en el gremialismo profesional, entre otros el propio Carrea (Carrea, 1946). Sería finalmente por obra de Perón que el Estado reglamentaría el ejercicio de las profesiones liberales, medida largamente esperada. Además de esto, Perón tuvo toda una serie de políticas que beneficiaron al sector, desde la creación de una celebrada Dirección Nacional de Salud Pública —que pondría en 1944 en manos del doctor Manuel Augusto Viera, de amplia trayectoria gremial previa— (*Revista del Círculo Médico del Oeste*, 1943), hasta la creación de las facultades de Odontología y de Arquitectura de la UBA —1946 y 1947 respectivamente—, pasando por una fiebre de obras de infraestructura cuyos concursos de licitación eran patrocinados y organizados por la Sociedad Central de Arquitectos, y la designación de Jorge Sabaté —ex presidente de la misma entidad— como intendente porteño, etcétera.

Un Perón entusiasmado declaraba en septiembre de 1944 que, con el reciente otorgamiento de personería gremial a la Confederación Argentina de Médicos se iniciaba “una nueva etapa en el gremialismo argentino” y expresaba deseos de que otras profesiones siguieran el ejemplo de los galeños —sin duda porque esperaba entonces que las asociaciones de diplomados pudieran brindarle un punto de apoyo tal como las de los obreros (Perón, 1997-2002: VI, 378). Todo esto generó niveles de adhesión más altos entre los diplomados de lo que suele pensarse (Marcilese, 2006). Sin embargo, las relaciones con la mayoría de las organizaciones gremiales serían tormentosas. Uno de los peores casos fue el del CAI: desde fines de 1944 venían manifestando desacuerdos con la política oficial, en especial por la “crisis de mano de obra y materiales” que afectaba a la industria de la construcción. Durante 1945 las relaciones empeoraron, y el CAI decidió participar en la “Marcha de la Constitución y de la Libertad” y retirar a sus representantes de las comisiones técnicas que asesoraban a la STP. Para no comprometer demasiado a la entidad, crearon una agrupación llamada Acción Democrática de Ingenieros, Agrimensores y Técnicos para canalizar

a través de ella la campaña contra Perón. Ya electo Presidente, a mediados de 1946 Perón contraatacó cesanteando a ingenieros en las reparticiones públicas y finalmente, en julio, interviniendo el CAI, lo que pronto hizo desplomar el número de socios de tres mil a setecientos. Las autoridades desconocieron la decisión y continuaron funcionando en otro edificio y organizando diversos eventos en los años siguientes. Tras un pleito legal que llegó a la Corte Suprema de Justicia, en 1952, los directivos del CAI “en el exilio” deben darse por vencidos, aunque un núcleo continuó con actividades semiclandestinas, hasta que la Revolución Libertadora devolvió la institución a su funcionamiento normal (Durelli, 1946; Ondarts, 1956).

Otro caso particularmente difícil fue el de los abogados: desde junio de 1945 la Asociación de Abogados porteña pide el regreso al estado de derecho y denuncia la “abogadofobia” de Perón; llega incluso a llamar a un paro de actividades en septiembre en protesta por la represión oficial a opositores. La represalia no tarda en llegar: en 1948 el gobierno desaloja el local de la Asociación de Abogados de Buenos Aires (AABA) y promueve una entidad paralela, y en 1950 se decreta finalmente la intervención –un recurso de amparo para frenar la medida es rechazado por la Corte Suprema. En los años siguientes varios colegios de abogados del interior serían también intervenidos, bajo la acusación de que desarrollaban actividades “políticas”. En julio de 1955 la Federación Argentina de Colegios de Abogados llegó a emitir una declaración en la que se acusaba al gobierno de detenciones arbitrarias y hasta de “torturas” de abogados. Como era de esperar, AABA saludó aliviada el derrocamiento de Perón; en general, los colegios fueron también intensamente antiperonistas y el propio presidente de la Federación Argentina de Colegios de Abogados, Eduardo B. Busso, fue designado Ministro del Interior de la Revolución Libertadora (AABA, 1945a; 1945b; 1948; 1950a; 1950b; 1953; 1955a; FACA, 1955)

Otras entidades se salvaron de la intervención manteniendo un delicado equilibrio entre las demandas de sus asociados y las presiones del gobierno. La AOA adhirió a la Marcha de la Constitución y de la Libertad, y entre 1946 y 1947 sufrió tensiones internas graves cuando algunos socios, identificados con el régimen, pidieron la intervención de la institución. Más tarde sufrieron la competencia de organizaciones peronistas rivales, como el Sindicato de Odontólogos de la República Argentina, y hostigamientos personales –Carrea, por ejemplo, fue dejado cesante como profesor de la Facultad de Odontología de la UBA (Bagur *et al.*, s./f.; SORA, 1954; La Tribuna Odontológica, 1955). Cuando Perón fue derrocado la AOA saludó entusiasta a los golpistas (*Revista Odontológica*, 1955). La Asociación Médica Argentina experimentó turbulencias en este sentido en 1950, que

logró sortear adoptando un rumbo estrictamente científico (Reussi *et al.*, 1991). La Confederación Médica de la República Argentina manifestó reticencias a la candidatura de Perón, lo que le valió una breve intervención en 1946 tras la cual evitaron las opiniones políticas explícitas (Di Stefano *et al.*, 2002). La Sociedad Central de Arquitectos logró protegerse a sí misma –y a los buenos negocios que le proporcionaban las obras públicas– refugiándose en un “apoliticismo” que encubría los sentimientos antiperonistas de la mayoría de los socios. La estrategia defensiva debió tensarse al límite cuando en 1953, en un movimiento típico de esos tiempos, un grupo de adictos a Perón se lanzó a constituir una asociación rival que, si ganaba favor oficial, amenazaba con desplazar a la antigua y prestigiosa entidad. Bajo presión y a regañadientes, la SCA decidió apoyar entonces la iniciativa peronista de la Confederación General de Profesionales (CGP), que venía siendo resistida por la mayoría de las asociaciones de profesionales de antigua tradición. La entidad recibió a la Libertadora con beneplácito (SCA, 1953; 1993).

La creación de la CGP en 1953 constituía una avanzada inédita del régimen para “peronizar” completamente el gremialismo de los sectores medios, y contribuyó mucho a tensar las relaciones con los diplomados. La nueva Ley 14.348 de “Régimen legal de las asociaciones profesionales”, sancionada el 27 de septiembre de 1954 y promulgada pocos días después, significaba, en efecto, una violenta intromisión del Estado en la autonomía de los colegios y asociaciones tradicionales, los que, en virtud de esa ley, deberían someterse a esa nueva Confederación fuertemente controlada por el Estado (Adamovsky, 2006). Toda esta empresa, que estuvo acompañada de fuertes hostigamientos y presiones del gobierno para forzar a las asociaciones de profesionales a la afiliación –que incluyeron la formación de decenas de asociaciones peronistas paralelas allí donde las tradicionales se mostraban poco cooperantes–, encontró fuerte resistencia gremial y una intensa oposición política. Los profesionales universitarios, celosos de su autonomía, fueron los que más hicieron escuchar su voz: sobre el Congreso llovieron las protestas y los pedidos de informe por las intervenciones, clausuras u obstaculización de las actividades de varias de las asociaciones más representativas y tradicionales, como la Sociedad Argentina de Escritores, el Centro Argentino de Ingenieros, la Sociedad Científica Argentina, y la Asociación Médica Argentina, por mencionar solo algunos casos. Otras, como la Federación Argentina de Colegios de Abogados, la Confederación Médica de la República Argentina, la Federación Odontológica Argentina, y decenas de asociaciones del interior hicieron llegar al parlamento su oposición a la ley (Cámara de Diputados de la Nación, 1952-1955; 1954). Las

acusaciones de intenciones fascistas también fueron frecuentes –la AABA consideró la Ley 14.348 lisa y llanamente una “ley totalitaria”, y así lo hizo saber públicamente (AABA, 1955b).

Hubo sin embargo un gremio de profesionales que no solo no enfrentó a Perón, sino que fue su punta de lanza: el de los escribanos. Las políticas de Perón hacia el sector incluyeron importantes beneficios que alcanzaron estatuto legal con la sanción de la Ley 12.990 (1947), que otorgaba amplias atribuciones a los colegios de escribanos. Los dos presidentes del Colegio de Escribanos porteño durante las presidencias de Perón se identificaron muy claramente con el régimen. Raúl Felipe Gaucheron, que había comenzado su carrera gremial en 1944 como vocal suplente del Colegio de Escribanos de Capital (CE), resultó electo presidente en el período 1948-1952, para pasar a desempeñarse luego como presidente de la recientemente creada Federación Argentina de Colegios de Escribanos. Gaucheron era muy cercano al régimen a partir de su vinculación con la Fundación Eva Perón, de la que fue escribano personal. En octubre de 1954 lo encontramos en reuniones con Perón para analizar el problema de la “infiltración e interferencias en las organizaciones del pueblo”, y fue desde el año anterior una de las figuras centrales detrás del proyecto de la CGP. Luis F. Catalá ocupa el cargo de presidente del CE desde 1952 hasta poco después de la caída de Perón, respecto de quien profesaba simpatías, a juzgar por algunos de sus artículos. Tras la Revolución Libertadora el gobierno de facto puso fin al mandato del Consejo Directivo del CE a través de un decreto en el que se lo acusaba de haber “desarrollado actividades de índole política totalmente extrañas a la función específica que le compete”. Poco antes del decreto, en un vano intento por evitarlo, las autoridades “peronistas” del gremio de escribanos habían conseguido producir un gesto de fuerza infrecuente en tiempos de la Libertadora: convocaron a una Asamblea Extraordinaria de socios que, por amplia mayoría de votos, les ratificaba la confianza. Sin embargo, un nuevo Presidente fustigaría pronto a sus antecesores por sus indebidas actividades políticas, y al régimen depuesto por el “oscurecimiento ciudadano” que produjo (véase *Revista del Notariado*, 1903; 1945; 1946; 1947; 1950).

Los motivos del entusiasmo peronista en la gremial de los notarios, que contrasta con la frialdad u hostilidad de la mayoría de las otras asociaciones de profesionales, no están claros. A modo de hipótesis, podría pensarse que, además de las políticas de Perón en favor del CE y de los vínculos personales que pudieran haber existido, y sin desmedro del temor a la formación de entidades rivales –hay signos de ello en 1952 (*Revista del Notariado*, 1952)–, había un elemento peculiar del gremialismo de los escribanos que

pudo haberlo hecho más permeable. Si bien encontramos entre ellos, como en los otros gremios, signos de una identidad más amplia como “profesionales universitarios”, existieron desde muy temprano impugnaciones y dudas acerca del notariado como “profesión liberal”. Es que la naturaleza de la actividad supone que sea el Estado el que deposita en los escribanos la administración de la “fe pública”, por lo que su estatus, según algunos, estaba a mitad de camino entre el del funcionario público y el del profesional independiente. Aunque no eran nuevos, se registran en la prensa del CE, durante la época de Perón, numerosos signos de este cuestionamiento identitario, a veces relacionados con impugnaciones del liberalismo en general.^[14] Quizás esta valoración menos fuerte de su lugar como profesionales liberales hiciera que los escribanos recelaran menos de proyectos “estatalistas” como el de la CGP.

Luego del derrocamiento de Perón, ya disuelta por decreto la CGP, las entidades de profesionales retomaron el camino del gremialismo interdisciplinario según los lineamientos del período anterior al peronismo. En mayo de 1959, un encuentro nacional en Córdoba al que asistieron decenas de entidades de diplomados funda la Agrupación Argentina de Profesionales Universitarios. Casi al mismo tiempo en la ciudad de Buenos Aires, que a diferencia de muchas de las provincias todavía no tenía una organización interdisciplinaria local, se crea un Comité Permanente de Entidades de Profesionales Universitarios, en el que también participan varias de las entidades tradicionales; ambas organizaciones dejan claro en sus estatutos que cualquier actividad política o partidista quedaba estrictamente excluida (*Revista del Notariado*, 1959a; 1959b). El propio nombre elegido por la segunda evoca la entidad que se había formado en 1934, restableciendo así una continuidad interrumpida por la realidad. Las nuevas entidades tendrían una vida breve, y el gremialismo interdisciplinario solo adquirirá bases sólidas en 1973 con la creación de una nueva entidad, que es la que actualmente nuclea a las principales asociaciones de cada gremio profesional. El nombre no debe llamar a confusiones: la actual Confederación General de Profesionales de la República Argentina no es de afiliación peronista ni tiene ningún vínculo con la de 1953-1955.^[15] En estas entidades posperonistas no hay signos de otra identidad transgremial que no sea la de “profesionales”, ni lazos permanentes o sólidos de solidaridad con entidades representativas de gremios no diplomados.

[14] Véase *Revista del Notariado* (1903; 1945; 1946; 1947; 1950).

[15] Véase <<http://www.cgpra.com.ar>>.

CONCLUSIÓN

De este recorrido por el gremialismo de los profesionales es preciso concluir que, a diferencia de lo ocurrido en otros países, la experiencia de los diplomados argentinos en la defensa de sus intereses no dio lugar ni a lazos de solidaridad gremial más heterogéneos (es decir, que trascendieran el mundo de los profesionales universitarios), ni a la movilización de un discurso de clase media que identificara sus reclamos con intereses sociales más amplios. Es notable en los documentos y publicaciones de las asociaciones la ausencia casi total de alusiones a esa clase. No las encontramos ni siquiera en el período peronista, momento en el que los hostigamientos del gobierno a otros gremios de sectores medios (por ejemplo a los comerciantes minoristas) podrían haber hecho útil y factible la movilización de una identidad generalista.

Hay sin embargo una excepción que es necesario considerar. En al menos dos discursos públicos de julio de 1944, el doctor Manuel Augusto Viera identificó a los galenos como parte de la clase media en el contexto de estar promoviendo sus intereses. Viera tenía una amplia trayectoria como promotor de la agremiación profesional de los médicos: era dirigente del *Círculo Médico del Oeste* desde principios de la década de 1930 —llegó a ser su Presidente en 1940—, y fue vicepresidente segundo del *Colegio de Médicos de la Capital* en 1937-1938. Conoció a Perón a más tardar en junio de 1944, y pocos días después fue designado para trabajar en la Comisión de la STP encargada de redactar el Estatuto profesional del médico. Resulta interesante leer un pasaje del comunicado que emitió la Comisión en su primera reunión:

Nos ocuparemos, también, del aspecto de la previsión médica. En este sentido, respondemos a la labor que viene desarrollando el gobierno, a través de la Secretaría de Trabajo y Previsión, empeñado en una legislación social que proteja a todos los trabajadores del país. Dicha política social, comenzada lógicamente a favor de los sectores de la población económicamente más débiles, está en pleno desarrollo. Es deseo extenderla a la clase media de la cual formamos parte los trabajadores intelectuales, que necesitamos, igualmente, de la tranquilidad que significa ver cubiertos los riesgos de invalidez, vejez, muerte, enfermedad y desocupación involuntaria (*Círculo Médico del Oeste*, 1944b: 361).

Días después, en una “asamblea de la clase media” organizada por la STP en un cine porteño, Viera se expresaría en términos similares: “en nombre de los que ejercen las profesiones liberales” felicitó a Perón, presente en el acto,

por la nueva “preocupación por lo social” que se evidenciaba en “las altas esferas del gobierno”, y le aseguró que “la clase media del país está de pie” lista a responder al llamado.^[16] Considerando que en sus numerosos discursos previos como parte de su actuación gremial Viera nunca había mencionado a la clase media ni sus problemas en general, sino tan solo los de su propia profesión,^[17] y que el concepto de “clase media” tampoco formaba parte del vocabulario del gremialismo de los médicos en Argentina hasta entonces, es preciso concluir que la preocupación por esa clase, tal como aparece en las citas, se explica como una respuesta puntual que retomaba el lenguaje de las apelaciones que Perón y la STP lanzaban en ese preciso momento. En efecto, por esa misma época la STP debatía intensamente el problema de la clase media, y el acto referido formó parte de otras “asambleas de la clase media” realizadas durante la quincena siguiente por Perón, antes de perder completamente el interés por movilizar a ese sector —al menos nombrándolo como “clase media”.^[18] Las dos apelaciones a esa clase mencionadas, retomadas de manera “oportunistamente” —dicho esto sin carga peyorativa— de un vocabulario ajeno al gremialismo médico, son entonces la excepción que confirma la regla.

En conclusión, nuestro recorrido por el gremialismo de los profesionales universitarios muestra que, a pesar de la intensidad de su labor reivindicativa, no dio lugar al surgimiento de estrategias discursivas o alianzas concretas con otros gremios. La actividad interdisciplinaria fue muy rica, pero no trascendió los límites del mundo de los diplomados universitarios. Estos hallazgos parecen estar en sintonía con lo que aparece en los primeros análisis de esta misma problemática para otros sectores medios. Los primeros estudios sobre el surgimiento de la clase media argentina han presentado la hipótesis de que la identidad que le diera consistencia como tal no surgió como parte de la experiencia de la defensa gremial de intereses materiales, sino más bien en un plano estrictamente político. Dicho de otro modo, que fueron los enfrentamientos y antagonismos políticos —antes que los intereses gremiales— los que ofrecieron el terreno y las razones para que se extendieran sentidos de pertenencia generales, capaces de aglutinar a los diversos sectores de lo que hoy llamamos clase media (Garguín, 2007; Adamovsky 2009a). El trabajo que aquí concluye aporta indicios a favor de esa hipótesis, al menos en lo que concierne a los profesionales universitarios.

[16] Véase *Crítica*, 30 de julio de 1944; *La Prensa*, 30 de julio de 1944.

[17] Véanse *La Semana Médica* y, especialmente, la *Revista del Círculo Médico del Oeste*.

[18] Véase la *Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión* entre julio y septiembre de 1944 y Perón (1944).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Abadie, J. L. (1938), "El problema gremial", *La Semana Médica*, 8 de septiembre, pp. 572-574.
- Adamovsky, E. (2005), "Aristotle, Diderot, Liberalism, and the Idea of 'Middle Class': A Comparison of Two Formative Moments in the History of a Metaphorical Formation", *History of Political Thought*, xxvi, (2), pp. 303-333.
- (2006), "El régimen peronista y la Confederación General de Profesionales: Orígenes intelectuales e itinerario de un proyecto frustrado (1953-1955)", *Desarrollo Económico*, (182), pp. 245-265.
- (2009a), *Historia de la clase media argentina*, Buenos Aires, Planeta.
- (2009b), "Usos de la idea de 'clase media' en Francia: la imaginación social y geográfica en la formación de la sociedad burguesa", *Prohistoria*, 13, pp. 9-29.
- Anónimo (1937), "Los profesionales universitarios en presencia del problema presidencial", folleto.
- Anthias, F. (2002), "Where do I belong? Narrating collective identity and translocational positionality", *Ethnicities*, 2, pp. 491-514.
- Armus, D. y S. Belmartino (2000-2002), "Enfermedades, médicos y cultura higiénica", en Cataruzza, Alejandro (dir.) (2000), *Nueva Historia Argentina*, VII, Buenos Aires, Sudamericana, pp. 283-329.
- Bagur, D. B., L. Bronstein, J. R. Castro y S. Leyt (s./f.), *Asociación Odontológica Argentina: Libro del Centenario 1896-1996*, Buenos Aires, Rolnai.
- Barabino, S. E. (1918), "Reglamentación de la profesión de ingeniero", *La Ingeniería*, (481), pp. 525-529.
- Barros, J. R. (1938), "La función social del ingeniero", *La Ingeniería*, (764), pp. 414-416.
- Belmartino, S. (s./f.), "Hacia un enfoque histórico de la constitución de actores sociales y políticos: La profesión médica en Argentina a lo largo del siglo xx", Programa Buenos Aires de Historia Política, <<http://www.historiapolitica.com.ar/datos/biblioteca/Belmartino1.pdf>>, consultado el 14/12/2006.
- Bosio, B. (1935), "La plétora de profesionales y la elección de carrera", *La Semana Médica*, 7 de noviembre, pp. 1418-1422.
- (1942), "La crisis del ejercicio privado de la medicina", *La Semana Médica*, 24 de septiembre, pp. 750-752.
- Brubaker, R. y F. Cooper (2000), "Beyond 'Identity'", *Theory and Society*, 29 (1), pp. 1-47.
- Caletti, A. M. (ed.) (s./f.), *100 años del Colegio de Graduados en Ciencias Económicas 1891-1991*, Buenos Aires, CGCE.
- Cámara de Diputados de la Nación Argentina (1952-1955), Suplemento del Diario de Sesiones.
- Cámara de Diputados de la Nación Argentina (1954), Diario de Sesiones, vol. III.
- Cambaceres, E. (1985), *Pot-Pourri. Música sentimental*, Madrid, Hyspamérica.
- Caravaca, J. y M. Plotkin (2007), "Crisis, ciencias sociales y élites estatales: la constitución del campo de los economistas estatales en la Argentina, 1910-1935", *Desarrollo Económico*, 187, pp. 401-428.
- Carrea, J. U. (1939), "Ley y convenios de las profesiones liberales", *Revista Oral de Ciencias Odontológicas*, (1), separata.
- (1946), *Curriculum Vitae*, Buenos Aires, Denuble.
- Carrera, J. L. (1938a), "La estatización de la profesión médica y sus resultados", *La Semana Médica*, pp. 1074-1076, 12 de mayo de 1938.
- (1938b), "Los problemas de la profesión médica", *La Semana Médica*, pp. 1130-1132, 19 de mayo de 1938.
- Cernadas, P. V. (1935a), "La plétora profesional y la elección de carrera", *La Semana Médica*, pp. 366-369, 1° de agosto de 1935.
- (1935b), "La socialización de la medicina por ahora no es posible", *La Semana Médica*, pp. 1644-1646, 28 de noviembre de 1935.
- Cirvini, S. A. (2004), *Nosotros los arquitectos: campo disciplinar y profesión en la Argentina moderna*, Mendoza, Zeta.
- Confederación Farmacéutica Argentina (1938), *Por el mejoramiento económico del farmacéutico*, Buenos Aires, CFA.
- De Altube, R. S. (2007), *Entre el capital y el trabajo: la lucha de los ingenieros argentinos por la racionalización productiva*, Rosario, Revista Análisis Regional/Colectivo Editorial Último Recurso.
- Di Stéfano, R., E. Luna y E. Cecconi (coords.) (2002), *De las cofradías a las organizaciones de la sociedad civil. Historia de la iniciativa asociativa en Argentina 1776-1990*, Buenos Aires, Edilab/Gadis.
- Durelli, A. (1946), *La mochila del coronel*, Buenos Aires, ADIAT.
- Fayt, C. S. (2003), *La abogacía argentina y la colegiación legal*, Buenos Aires, La Ley.
- Federación Argentina de Colegios de Abogados (FACA) (1955), *Declaración de la Mesa Directiva del 28 de julio de 1955*, BUENOS AIRES, FACA.
- Garguin, E. (2007), "Los argentinos descendemos de los barcos. The Racial Articulation of Middle-Class Identity in Argentina (1920-1960)", *Latin American & Caribbean Ethnic Studies*, 2 (2), pp. 161-184.
- Giovannangelo, O. G. (s./f.), "Juan Ubaldo Carrea", <<http://www.cleber.com.br/carrea4.html>>, consultado el 13/12/2006.
- González Leandri, R. (1998), "Autonomía y subordinación: los farmacéuticos diplomados y la constitución de un campo médico en Buenos Aires

- (1852-1880)", *Llull: Revista de la Sociedad Española de Historia de las Ciencias y de las Técnicas*, 21 (40), pp. 63-88.
- (1999), *Curar, persuadir, gobernar: La construcción histórica de la profesión médica en Buenos Aires, 1852-1886*, Madrid, CSIC.
- Guillaume, Pierre (ed.) (1998), *Histoire et historiographie des classes moyennes dans les sociétés développées*, Talence, MSHA.
- Gutiérrez Zaldívar, A. (2002), "El notariado al servicio del país: apuntes para una historia del notariado de la Capital Federal", *Revista del Notariado*, (867), pp. 293-312.
- Hoyo, A. (1932), "Los conflictos sociales y económicos", *La Ingeniería*, (698), diciembre, pp. 516-524.
- Ivanishevich, L. (1936), "El ingeniero social", *La Ingeniería*, (743), septiembre, pp. 602-609.
- (1938a), "El profesional ante una nueva situación económica", *La Ingeniería*, febrero, p. 85.
- (1938b), "El sentido social de la profesión de ingeniero", *La Ingeniería*, abril, p. 239.
- Lucchini, A. P. (1981), *Historia de la ingeniería argentina*, Buenos Aires, Centro Argentino de Ingenieros.
- Marcilese, J. (2006), "Las asociaciones profesionales bonaerenses durante los años del primer peronismo. Una aproximación al tema a través de caso de Bahía Blanca", Programa Buenos Aires de Historia Política del Siglo xx, <<http://www.historiapolitica.com/datos/biblioteca/jornadas/marcilese.pdf>>, consultado el 18/12 2006.
- Mustapich, J. M. (1942), "El exceso de profesionales del Foro y del Notariado", *Revista del Notariado*, (486-87), pp. 17-18.
- Negri, J. A. (1930), "La crisis del notariado", *Revista del Notariado*, (373), pp. 48-51, marzo-abril de 1930.
- (1947), *Historia del notariado argentino*, Buenos Aires, Ateneo.
- Ondarts, R. (1956), El CAI y los ingenieros frente al gobierno, *La Ingeniería*, (951), mayo, pp. 5-16.
- Perón, J. D. (1944), *El pensamiento del Secretario de Trabajo y Previsión en el análisis de los problemas de la clase media*, Buenos Aires, STP.
- (1997-2002), *Obras completas*, 25 vols., Buenos Aires, Docencia Editorial.
- Pondé, E. B. (1967), *Origen e historia del notariado*, Buenos Aires, Depalma.
- Reussi, C., E. Hurtado Hoyo, R. Maino y R. Garriz (1991), *Historia de la Asociación Médica Argentina y de sus secciones, 1891-1991*, Buenos Aires, La Prensa Médica Argentina.
- Rodríguez, G. (1938), "Ideales del gremialismo", *CIMES*, (49), pp. 24-27.

- Ruhlmann, J. (2001), *Ni burgeois, ni prolétaires: La défense des classes moyennes en France au XXème siècle*, París, Seuil.
- Schapira, M. V. (1997-1998), "Construcción de legitimidad en una profesión de asistencia", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 4 (3), pp. 461-474.
- (2000), *La odontología en Argentina: del curanderismo a la consolidación profesional*, Rosario, Universidad Nacional de Rosario.
- (2003), "La odontología en Argentina: historia de una profesión subordinada", *História, Ciências, Saúde-Manguinhos*, 10, (3), pp. 955-977.
- Weiss, J. (1940), "El problema gremial", *La Semana Médica*, 31 de octubre, pp. 1017-1019.

Fuentes primarias

- Asociación de Abogados de Buenos Aires (AABA) (1934), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (1), agosto, p. 1.
- (1935a), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (5), mayo, p. 8.
- (1935b), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (6), julio-agosto, p. 8.
- (1936a), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (9), febrero, p. 1.
- (1936b), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (15-16), octubre-noviembre, p. 2.
- (1937), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (21-22), junio-julio, p. 5.
- (1938), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (28), abril, p. 2.
- (1945a), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (81), junio.
- (1945b), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (82), septiembre, p. 1.
- (1948), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (101), junio, p. 1.
- (1950a), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (110-12), febrero-abril, p. 1.
- (1950b), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (113-14), mayo-junio, p. 1.
- (1953), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (150-51), junio-julio, p. 1.

— (1955a), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (179-83), diciembre, p. 2.

— (1955b), *Boletín de la Asociación de Abogados de Buenos Aires*, (175-78), julio, p. 1.

Centro de Arquitectos Constructores de Obras y Anexos (CACOA) (1933), *Sobre la reglamentación de la profesión de arquitecto*, Buenos Aires, CACOA.

Crónica Mensual de la Secretaría de Trabajo y Previsión (1944a), (3), julio, pp. 957-961.

— (1944b), (4), agosto, pp. 20-21.

Diario *Crítica*, 30 de julio de 1944.

Diario *La Prensa*, 30 de julio de 1944, pp. 8-10.

Diario *La Vanguardia*, “El Sindicato de Médicos y las próximas elecciones comunales”, 9 de noviembre de 1924.

La Ingeniería (1923), “Santiago E. Barabino, ingeniero civil, fallecido el 22 de septiembre de 1923. Biografía y bibliografía del extinto”, *La Ingeniería*, (588), separata.

La Semana Médica (1932a), 28 de abril, p. 1360.

— (1932b), 1° de septiembre, p. 636.

— (1933), 6 de julio, p. 71.

— (1936), 22 de octubre, p. 1176.

— (1937), 6 de mayo, p. 1304.

— (1938), 2 de junio, pp. 1254-1256.

— (1940), p. 558; 5 de septiembre de 1940.

La Tribuna Odontológica (1955), noviembre-diciembre, p. 380.

Revista Almacenera (1934), (711), 1° de marzo, p. 7.

Revista del Círculo Médico del Oeste (1943), (141), octubre-noviembre, pp. 223-224.

— (1944a), (146), junio, pp. 386-389.

— (1944b), (147), julio, pp. 360-363.

— (1947), (177), agosto, pp. 10-14.

Revista del Notariado (1903), (63), 15 de enero, pp. 87-88.

— (1941), (484), noviembre, pp. 603-604.

— (1945), (529), agosto, pp. 607-626.

— (1946), (537), abril, pp. 213-219.

— (1947), (549), abril, pp. 269-279.

— (1950), (584-85), marzo-abril, pp. 96-97.

— (1952), (603), mayo-junio, pp. 179-80.

— (1959a), (645), mayo-junio, pp. 305-306.

— (1959b), (645), mayo-junio, pp. 367-375.

— (1978), (762), noviembre-diciembre, pp. 2482-2497.

Revista Odontológica (1955), 43, (9), septiembre, p. 377.

Sindicato de Odontólogos de la República Argentina (SORA) (1954), (1), mayo.

Sociedad Central de Arquitectos (SCA) (1953), *Revista de Arquitectura*, (371), octubre, pp. 20-33.

— (1993), *100 años de compromiso con el país 1886-1986*, Buenos Aires, SCA.



LA INVESTIGACIÓN CLÍNICA EN LA ARGENTINA: LA TRADICIÓN LANARI^[1]

Lucía Romero^[2]

RESUMEN

Este trabajo trata sobre la conformación y el desarrollo de la tradición de investigación clínica médica de Alfredo Lanari, radicada en el Instituto de Investigaciones Médicas (IIM) de la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires, entre 1957 y 1976, en un contexto temporal de avanzada institucionalización de este ámbito de investigación en el medio local e internacional. La conformación de esta tradición fue resultado de la convergencia que realizó Alfredo Lanari de las dos vertientes de la tradición médica argentina: la de Bernardo Houssay, orientada al desarrollo de la medicina experimental y la de Mariano Castex y Raúl Francisco Vaccarezza, circunscripta a la clínica médica. Esta confluencia dio por resultado una articulación cognitiva e institucional *sui generis*, de cara a la medicina clínica local.

La “tradición Lanari” se institucionalizó en el IIM y su proyecto radicó en la combinación del hospital con el laboratorio; la imbricación de prácticas de investigación experimental y clínica con prácticas de asistencia a pacientes, y la convivencia de perfiles profesionales de practicantes, investigadores y docentes bajo una ideología de dedicación *full time*.

A lo largo de los casi veinte años estudiados, las mayores líneas de continuidad se visibilizaron en dimensiones tales como los mecanismos de reclutamiento, las generaciones de discipulado y los estilos de investigación;

[1] Este trabajo es una reelaboración de las conclusiones de mi tesis doctoral “Conformación y desarrollo de una tradición de investigación clínica médica: Alfredo Lanari y el Instituto de Investigaciones Médicas (IIM), 1957-1976”.

[2] Becaria posdoctoral Conicet y docente UNQ-UBA. Correo electrónico: <laromero@unq.edu.ar>.

en cambio, los perfiles profesionales en juego fueron la dimensión de la tradición que presentó mayores rupturas.

PALABRAS CLAVE: LANARI – TRADICIÓN – INVESTIGACIÓN CLÍNICA MÉDICA.

INTRODUCCIÓN

A lo largo de los tres primeros cuartos del siglo xx, la investigación clínica médica se constituyó como resultado de una composición de prácticas, formas institucionales y estilos profesionales de la medicina clínica y experimental. Esta naturaleza compuesta, por momentos con fronteras difusas, sin embargo, no impidió que este ámbito adquiriera especificidades y demarcaciones respecto de otras especialidades y disciplinas que fueron ejerciendo su influencia conforme avanzaba la segunda mitad del siglo.

En este marco, el punto de partida más amplio y general de mi investigación fue dar cuenta de las prácticas y organizaciones institucionales características de este ámbito, y los cambios ocurridos a lo largo de los años de su evolución, para responder a un interrogante central: ¿en qué sentidos el desarrollo de la investigación clínica médica conllevó la incorporación de la ciencia (en tanto conjunto de prácticas, estilos y culturas institucionales) en la medicina, transformando su carácter de profesión liberal clásica? ¿Qué conflictos y tensiones surgieron en relación a dichos cambios?

De cara al surgimiento y la evolución de la investigación clínica en el medio local, busqué conocer los espacios institucionales, figuras y prácticas que dieron origen y caracterizaron dicho ámbito de investigación en la Argentina. Mis primeras indagaciones dieron rápidamente con una figura, un espacio institucional y una época que cautivaban y hacían converger las miradas de casi todos los protagonistas de la medicina y la ciencia local. La mía también fue capturada y allí me detuve a estudiar la investigación clínica médica desarrollada por Alfredo Lanari en el Instituto de Investigaciones Médicas (IIM), entre 1957 y 1976, años en los cuales ejerció su dirección.^[3]

[3] Durante estos años se asistió asimismo a un proceso de avanzada institucionalización de este ámbito de investigación en el medio local e internacional. En el primero, en 1960 se creó la Sociedad Argentina de Investigación Clínica (SAIC). En el plano internacional, entre 1950 y 1960, en los Estados Unidos y en Francia se conformaron programas de

La experiencia inaugurada por Lanari en el IIM modificó de un modo *sui generis* la articulación y la entidad del ámbito de la investigación clínica médica local, dando paso a una nueva fase de su institucionalización. El proyecto en el IIM radicó en la combinación del ámbito institucional del hospital con el del laboratorio; la imbricación de prácticas de investigación experimental y clínica con prácticas de asistencia a pacientes y la convivencia de perfiles profesionales académicos (orientado hacia colegas) y de consulta (orientado hacia una clientela, propio de las profesiones liberales) (Freidson, 1970). Es decir, la integración de actividades asistenciales, de investigación y de enseñanza bajo una ideología de dedicación *full time*.

Así, la convergencia que él generó y encarnó entre dos estilos de la tradición médica argentina; el de Bernardo Houssay, orientado al desarrollo de la medicina experimental, y el de Mariano Castex y Raúl Francisco Vaccarezza, circunscripta a la clínica médica, posibilitó la conformación de una tradición singular. Si bien otros referentes de la clínica médica local, predecesores y contemporáneos de Lanari, también recibieron formación y socialización científica con ambas tradiciones, no fue sino hasta la aparición de esta figura en un contexto disciplinar y local favorables, que sendas vertientes adoptaron una fuerza e imbricación singular.

A partir de entonces, las preguntas que también organizaron la aproximación al análisis del objeto han sido formuladas sobre la base de retomar rasgos conceptuales de los estudios sobre tradiciones y rasgos específicos del campo clínico médico argentino. Por un lado, los interrogantes ordenadores fueron los siguientes: ¿qué implicancias y ventajas heurísticas conlleva estudiar este objeto en términos de una tradición? ¿En cuáles dimensiones cognitivas e institucionales permite colocar el énfasis? ¿Qué supone hacerlo en el nivel de las prácticas situadas?

Reconstruir la historia del Instituto de Investigaciones Médicas, de Lanari, sus maestros y sus discípulos, en términos de una tradición implicó partir de la idea de que tanto la medicina como la ciencia tienen vida a partir de las prácticas que se desarrollan en su nombre, en particulares contextos organizacionales. Lejos de colocar el énfasis en el conjunto de teorías, conocimientos y conceptos que las caracterizan y distinguen de otras disciplinas, la noción de tradición permite analizarlas como realizaciones humanas, mayormente de naturaleza grupal, aunque también individual, que conforman y sedimentan culturas de trabajo y estilos profesionales que son



financiación e instituciones que hicieron de la investigación clínica médica un ámbito más dinámico y con mayores recursos financieros (Gaudillière, 2002).

transmitidos de maestros a discípulos, formando con el tiempo diferentes generaciones.^[4]

En este trabajo, la noción de tradición ha permitido vincular las prácticas con la dinámica institucional de la vida del IIM, el peso de las figuras individuales en el contexto de la Facultad de Medicina y en otros espacios institucionales y, a su vez, con el nivel más amplio de la vida política de la universidad y la sociedad argentina y de los condicionamientos de la disciplina y sus distintas especialidades. Asimismo, dicha noción me permitió trabajar históricamente a partir de mostrar diacrónica y sincrónicamente tanto dinámicas de continuidad y de ruptura en la conformación y el desarrollo de la tradición Lanari –intra e intergeneracionalmente– como en su relación con los tres niveles de interacción señalados.

La tradición Lanari implicó pensar la tradición no solo en términos de “la figura” ni como una mera propiedad de ella. Si bien su posibilidad de desarrollo (como el de toda tradición) se encuentra fuertemente asociada a un nombre propio o una figura (con fuertes caracteres carismáticos), este no es el único componente en juego. Antes bien, y como intentaré mostrar a lo largo de este trabajo, mi punto de partida para hablar de tradición de investigación clínica médica implicó también poner el énfasis en específicas prácticas y estilos de investigación, modelos institucionales y profesionales, generación de discípulo y mecanismos de reclutamiento. Aun cuando el conjunto de tales elementos no hubiera sido posible sin la figura que los originó y transmitió, no se agotaron ni se comprendieron solo por aquella.

Por otro lado, con relación a las inquietudes en torno a los rasgos específicos del campo clínico médico argentino que también organizaron este trabajo, tomé como punto de partida las siguientes preguntas: ¿cómo se conformó e institucionalizó la tradición Lanari de cara a las institucionalidades preexistentes, a los actores y su contexto social y político universitario local y según la evolución de la disciplina? ¿Cómo logró desarrollarse y consolidarse en su relación con estos diferentes planos? ¿Qué ocurría en la

[4] La noción de tradición, en el campo sociológico, inevitablemente remite al pensamiento moderno cuyo uso corriente ha sido el de contraponerla a la idea de modernidad (Giddens, 1999). En ese marco, “tradición” significaba comunalismo, dogma, costumbre y cargaba asimismo con fuertes valoraciones tendientes a ser identificadas con elementos irracionales; mientras “modernidad”, lo era con la idea de progreso racional. No es este el sentido de tradición que aquí retomo sino el que fue recuperado por los referentes de la sociología de la ciencia, tales como Kuhn (1993) y King (1970), quienes a su vez trazaron filiación con el uso de la noción de tradición que hicieron las perspectivas interpretativas wittgenstenianas y winchianas, preocupadas centralmente en el énfasis que dicha noción permitía para dar cuenta de las prácticas situadas (Bargero, 2007).

investigación clínica en el mundo? ¿El proyecto cognitivo e institucional impulsado por Lanari fue relativamente innovador, fuera de Argentina, o simplemente realizó lo que de todos modos hubieran hecho otros dado que estaba en el “aire de la época”?

La condición de posibilidad del origen de la tradición Lanari radicó en el modo mediante el cual recuperó elementos característicos de las vertientes médicas experimentales y clínicas locales al tiempo que descartó otros. En este proceso también ocupó un lugar muy significativo la experiencia de formación profesional que aquel tuvo en el exterior junto a figuras que marcaron finalmente su orientación por el estilo de investigación clínica e influyeron de manera crucial en sus visiones posteriores en torno a los modelos institucionales y perfiles profesionales adecuados para el desarrollo de tal ámbito de investigación.

A su vez, la institucionalización de la tradición en el IIM a partir de 1957 se dio gracias a la intersección entre dicho itinerario y una serie de circunstancias históricas particulares. En otras palabras, su intervención individual en un contexto académico-político local y otro disciplinar favorable a ella.

Finalmente, el desarrollo y la consolidación de esta tradición se asentó en cuatro dimensiones centrales: 1) la objetivación de específicos mecanismos de reclutamiento y de generaciones de discípulo; 2) la estructuración cognitiva a partir de las investigaciones y desarrollos asistenciales sobre trasplantes renales y diálisis; 3) la organización de un modelo institucional que combinaba el ámbito hospitalario con el del laboratorio –y sus respectivos perfiles profesionales de practicantes e investigadores–, sostenido sobre una ideología y práctica *full time*; y 4) la autoridad científica y social asentada en el “estilo Lanari”. Estas cuatro dimensiones mantuvieron tanto líneas de continuidad como de ruptura durante los años que transcurrieron entre 1957 y 1976.

A continuación, el trabajo se divide en tres secciones que se corresponden con los tres momentos de la tradición identificados: el de su conformación, su institucionalización y, finalmente, su desarrollo y consolidación.

CONFORMACIÓN

Durante las dos últimas décadas del siglo XIX, en la medicina se afianzó la anatomía patológica^[5] como base de su enseñanza y aprendizaje, haciendo

[5] El pensamiento clínico que prevaleció dentro del modelo médico en Europa, desde principios del siglo XIX, fundó dos estilos intelectuales distintos hacia 1850: la mirada médica anatomopatológica y la mirada médica fisiopatológica. Ambas miradas legitimaron

hincapié en la confrontación empírica y la observación, al tiempo que se institucionalizó el hospital como lugar para la experiencia clínica (Souza, 2005). En forma simultánea, por otro lado, se inició su modificación por la emergencia y expansión de la microbiología y la fisiología,^[6] con nuevas bases científicas para la medicina (Buch, 2006).

La expresión de estos dos procesos en el ámbito local principalmente se dio con la apertura del Hospital de Clínicas como hospital escuela en 1883 (Souza, 2005) y con los desarrollos de las especialidades microbiológicas, tales como la bacteriología y parasitología en el conglomerado estatal en formación, en el Departamento Nacional de Higiene, creado en 1880. La fisiología, por su parte, se radicó más tarde y lo hizo principalmente dentro del ámbito de la universidad, siendo sus referentes Houssay y el Instituto de Fisiología,^[7] a partir de 1919 (Buch, 2006). Así, mientras la bacteriología se



experiencias de trabajo distintas en la práctica médica, dando lugar a diferentes nociones de enfermedad y, por ende, de normalidad y patología. Según la mirada anatomopatológica, en el estudio de la enfermedad ocupaba un lugar central la lesión anatómica. Bajo su influencia, se consolidó la experiencia médica “al pie de la cama” siguiendo la evolución de las patologías en el cuerpo del paciente. En cambio, la fisiopatología entendía a la enfermedad como un desvío comprobable por vías positivas del proceso material y energético en que consiste la vida. El estudio de estas funciones precisaba de la colaboración de las ciencias básicas, quitándole centralidad al conocimiento de las lesiones anatómicas. El modelo clásico de pensamiento clínico implicó la hegemonía intelectual de la mirada anatomopatológica, siendo la fisiopatología un estilo subordinado cuya influencia y autoridad en la disciplina médica comenzó a tener peso hacia fines del siglo XIX (Laín Entralgo, 1978).

[6] A partir de 1850, la medicina clínica comenzó a verse influida por otra mirada, aquella que privilegiaba el trabajo de laboratorio así como la relación con las ciencias físico-naturales, tales como la química y la biología, la fisiología, y su aplicación al estudio de las enfermedades, la fisiopatología. Durante estos años se dio, en paralelo, la introducción de las prácticas experimentales en medicina, desde la fisiología, auspiciada por Claude Bernard, y a partir del desarrollo de la microbiología, en Francia, con el modelo de investigación inaugurado por Louis Pasteur y, en Alemania, con el iniciado por Robert Koch. Desde la última década del siglo XIX, los conocimientos y técnicas de la fisiología y la microbiología pasaron a constituir el basamento científico central de la enseñanza y la práctica médicas, ocupando el lugar que hasta entonces había tenido el saber anatomopatológico (Canguilhem, 1971; 2009).

[7] Houssay no solo fue responsable del impulso de la endocrinología y la fisiología en el campo biomédico argentino y mundial, del establecimiento de las primeras prácticas experimentales y de los laboratorios de investigación en el país, sino que también ocupó un lugar protagónico en los inicios de la institucionalización de la política científica local. Como presidente de la Sociedad Argentina de Biología, una institución “paraguas” creada en 1919 y, luego, de la Asociación Argentina para el Progreso de la Ciencia, fundación privada creada en 1934, se posicionó como el portavoz de la ciencia argentina. Su actividad

ubicó y desarrolló mayormente en ligazón con los intereses y problemas propios de las políticas públicas de salud, como ciencia aplicada, la fisiología fue el modelo de ciencia básica que prosperó en el entorno académico (Buta, 1996).

A su vez, a partir de 1910 este viraje de la clínica médica desde el paradigma anatomopatológico hacia el de las ciencias básicas (la fisiología) y de laboratorio se plasmó en una serie de reformas producidas en la enseñanza médica de las universidades estadounidenses, a raíz del “informe Flexner”. Este informe fue el resultado del trabajo que la Fundación Carnegie le había encargado a Abraham Flexner sobre el estudio de la enseñanza de medicina en las universidades norteamericanas. Inspirado en su venerado modelo germánico de universidad que destacaba el fundamento científico de la medicina, su diagnóstico estableció la necesidad de introducir la enseñanza y práctica de las ciencias básicas. Justamente eso conformó el eje de su innovación: la consideración de la medicina apoyada en tales ciencias y, por ende, la importancia de estas en la formación del médico. En este marco, las escuelas de medicina de los Estados Unidos sufrieron una importante transformación en su estructuración organizacional y pedagógica: se crearon departamentos, se incentivó la enseñanza y la investigación en ciencias básicas y se incorporó el hospital para ser utilizado como campo fundamental de adiestramiento clínico. Estos cambios comenzaron en la Universidad John Hopkins y luego se extendieron a las restantes escuelas de medicina.

En la Argentina (y en América Latina en general) estos cambios recién se concretaron a partir de las reformas de enseñanza introducidas con las residencias médicas a finales de 1950 (De Asúa, 1984), es decir, la vinculación entre clínica y fisiología en medicina tardó unas décadas más en comparación con los Estados Unidos.

De hecho, a principios de siglo, en el medio local los impulsores de la fisiología y de la medicina experimental estaban concentrados en consolidar su posición y ganar terreno en el ámbito de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, lo cual los conducía a diferenciarse, particularmente de la cultura clínica:

En la Argentina, en la segunda mitad de la década de 1910 la investigación en general, y la fisiología en particular, comenzaron a diferenciarse crecientemente de la clínica. La investigación debía ser una práctica autónoma, con



en la política científica local llegó a la cúspide siendo mentor y primer presidente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), creado en 1958 (Buch, 2006).

una lógica y unos objetivos propios, independientemente de los usos que pudieran darse a sus hallazgos. La fisiología comenzó a ser pensada a partir de aquí, en algunos ambientes, como una disciplina (Buch, 2006: 166).

La ciencia y la clínica implicaban actividades netamente diferentes [...] No hay aún la suficiente compenetración entre clínicos y fisiólogos. Suelen atribuirse, fatuamente, a sí mismos, diversas superioridades y señalar defectos en los otros (Buch, 1994: 260).

Así, entre 1910 y 1930, se crearon los primeros institutos de investigación y asistencia clínica; el Instituto Modelo de Clínica Médica en 1914, dirigido por Luis Agote,^[8] y como mencioné antes, en 1919 el Instituto de Fisiología, dirigido por Houssay, manteniendo entre sí casi nulos intercambios y vinculaciones.

En cambio, en los años comprendidos entre 1930 y 1957 dicha bifurcación comenzó a revertirse a partir de que algunos médicos se volcaron al trabajo dentro del ámbito de la clínica médica asistencial y de investigación experimental, liderando la creación de un conjunto de institutos cuyas misiones y objetivos se establecieron sobre la conjunción de actividades de tal naturaleza. Dichos médicos fueron Alberto Taquini, Alfredo Pavlovsky, Rodolfo Pasqualini, Norberto Quirno y Alfredo Lanari, quienes no solo compartieron los años de formación de grado sino también visiones y acciones sobre la profesión médica y su ejercicio en la investigación, la docencia y la asistencia. Conformaron un conjunto al cual denominé la “generación de 1930”. Este grupo, en su mayoría, se formó tanto con Houssay en el Instituto de Fisiología, como con Mariano Castex, en la Primera Cátedra de Clínica Médica a su cargo.^[9]

[8] Luego de recibido de médico en 1893, Luis Agote inició su carrera hospitalaria ocupando el puesto de jefe de sala en el servicio clínico del Hospital Rawson. En 1902 se inició en la docencia, en calidad de profesor libre de Clínica Médica en la Facultad de Ciencias Médicas de la UBA. Su mayor contribución científica, que le valió reconocimiento en el medio local y en el extranjero, fue su aporte en la especialidad de hematología, con el tema de la transfusión sanguínea humana con sangre citrada. Este logro fue el resultado de su estudio sobre las sustancias que, agregadas a la sangre, impedían su coagulación y no la alteraban (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General. Legajo de Agote, Luis, 8722).

[9] Mariano Castex fue titular de la Primera Cátedra de Clínica Médica (entre 1918 y 1940) y director del Instituto de Investigaciones Físicas Aplicadas a la Patología Humana (desde 1938), una figura central, luego de Luis Agote, en el desarrollo de la medicina asistencial en la Argentina (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General. Legajos personales, Legajo de Castex, Mariano, 33920, tomos I y II). La formación de Lanari y de sus contemporáneos con dicha figura fue crucial en

Sin embargo, la conjunción de la mirada clínica con la fisiológica, y la imbricación de investigación, asistencia y docencia clínica médica obtuvieron su máximo exponente con Lanari y el IIM, a partir de 1957. Esto se debió a fenómenos de orden individual y contextual.

La singularidad del “estilo Lanari”^[10] radicó, entonces, en la combinación de dos elementos: 1) el legado clínico asistencial de Mariano Castex y de investigación clínica aprendido con Raúl F. Vaccarezza^[11] lo conectó con el de Houssay. En el estilo Lanari se estimaba que las actividades asistenciales eran relevantes en sí mismas siempre que fueran utilizadas como insumos para realizar investigación clínica; 2) la importancia de la modalidad *full time* universitaria y hospitalaria para realizar investigación clínica que adquirió de sus maestros en el exterior, Luco, Cannon y Rosenblueth.^[12] Mientras el primero de estos elementos señalados fue llevado adelante, en forma relativa, por sus contemporáneos pertenecientes a la generación de 1930, el segundo no tuvo presencia ni desarrollo alguno entre ellos. Esta



cuanto a la valoración de la atención y docencia en el desarrollo de la profesión médica. Para ampliar sobre dicha figura y los médicos que conformaron “la generación del 30”, véase Romero (2010, capítulo 2: 65-66; 67-80 y capítulo 3: 102-104).

[10] Para una revisión exhaustiva del uso de la noción de “estilo” en la historia y sociología de la ciencia, véase Gayon (1999).

[11] Titular de la Cátedra de Patología y Clínica de la Tuberculosis, Vaccarezza tuvo una influencia central en la formación de Lanari y otros médicos que integrarían junto con él el IIM a partir de 1957 (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General. Legajos personales, Legajo de Vaccarezza, Raúl Francisco, 34030, tomo I, II, III, IV). La formación de Lanari en dicha cátedra, entre fines de 1930 y mediados de 1940, fue crucial para la imbricación de los estilos clínico y experimental que luego desarrollaría. Especialmente, a partir de las investigaciones experimentales sobre injertos de aorta y pulmón iniciadas en 1945 en el marco de dicha Cátedra. Se puede ampliar sobre el rol de Vaccarezza en la medicina local en Romero (2010, capítulo 3: 104-112).

[12] Entre septiembre de 1938 y mayo de 1939, Lanari fue asistente voluntario en el Servicio del profesor Minot en Boston, donde conoció a Arturo Rosenblueth y a Joaquín V. Luco. Con ellos trabajó en la discusión y comparación entre la teoría eléctrica y teoría química sobre la transmisión sináptica del impulso nervioso, pero principalmente trazó lazos de suma importancia para la maduración de sus visiones sobre la medicina y su ejercicio profesional. Ambos fueron más tarde referentes de la neurofisiología. Pero cuando Lanari los conoció en Boston, Walter Cannon era la otra figura detrás de ellos. Una de las más reconocidas personalidades científicas de la medicina mundial, desde su servicio en la Primera Guerra Mundial hasta su muerte a fines de la Segunda, Cannon fue uno de los precursores en el campo de la fisiología, ocupando el cargo de jefe de fisiología de la Escuela de Medicina de Harvard entre las décadas de 1920 y 1940. También allí Lanari realizó una estadía de perfeccionamiento, entre 1938 y 1939, donde trabajó junto a Cannon (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General. Legajos personales, Legajo de Lanari, Alfredo, 51456).

diferencia se debió, en parte, a la experiencia que Lanari tuvo con dichos referentes en el exterior y sus legados introyectados para su posterior radicación socioprofesional en el medio local y, por otra parte, al contexto político académico y disciplinar en el cual encastró.

Estas relaciones entabladas con Luco y Rosenblueth constituyeron las experiencias más importantes para Lanari, pues a partir de allí sedimentó su visión singular respecto a romper la dualidad entre la medicina clínica y la experimental (de laboratorio) y afianzó su inclinación por la investigación. Cannon era un impulsor de la conjunción de ambas, en particular, de la fisiología y su aplicación en la clínica:

Trabajé con Cannon y Rosenblueth no más de ocho o nueve meses, se publicaron algunos trabajos y después supe exactamente lo que quería hacer. Volví a Buenos Aires con la idea de que me dedicaría en forma *full time* a la investigación clínica (*Ciencia Nueva*, 1970: 26).

Efectivamente Cannon reforzó la vocación por la fisiología que Lanari había recibido de Houssay y contribuyó a que la llevara –con sus métodos, prácticas e ideas– a la medicina clínica. Luego de su estadía en Harvard, Lanari desarrolló más formalmente su predilección por la fisiopatología pulmonar clínica. Más tarde, la influencia de esos referentes fue más allá de la elección de una línea de investigación. El estilo de Cannon, Luco y Rosenblueth se vería plasmado en el proyecto institucional y cognitivo del IIM.

Tanto la evolución de las líneas de investigación abiertas y desarrolladas por Lanari entre 1933 y 1957 como sus diferentes inserciones institucionales durante su formación muestran cómo el “estilo de laboratorio” (Cueto, 1994) de la vertiente experimental de Houssay, “el estilo de los practicantes” (Camargo, 2002) representado por Castex y Vaccarezza, contribuyeron a forjar el “estilo de investigación clínica” de Lanari: aquello que no tomó de la figura pionera en la fisiología argentina, y sí en cambio de Castex, fue la alta valoración por las actividades asistenciales. Vaccarezza y sus maestros de Boston, Cannon, Luco y Rosenblueth, le proveyeron el interés por el paciente y su enfermedad como eje orientador del interés médico y de la formulación de problemas de investigación.

INSTITUCIONALIZACIÓN

En el contexto disciplinar de la segunda posguerra, en los dos centros de referencia mundial de la investigación, organización y financiamiento

médico, los Estados Unidos y Francia, ocurrieron transformaciones de envergadura en las instituciones estatales que tenían a su cargo la promoción y ejecución de tales actividades. Los años entre 1955 y 1968 se conocieron como “los años de oro” de la expansión presupuestaria y de capacidad financiera del National Institute of Health (NIH) y, a su vez, con la transformación del Institut National d’hygiène de Francia en el Institut National de la Santé et la Recherche Médicale (INSERM), en 1964, se concretó un nuevo entrelazamiento entre actividades de investigación, atención y docencia médica hospitalaria, y comenzó a redefinirse el perfil profesional del investigador clínico y las relaciones entre las ciencias de laboratorio y la práctica clínica médica (Gaudillière, 2002).

En el plano de la enseñanza médica, comenzaron a darse un conjunto de innovaciones, fruto de un largo proceso a nivel mundial y regional con fuertes repercusiones locales, de revisión y discusión sobre los modelos de educación médica prevalecientes. En la década de 1950 y durante la siguiente se desarrollaron un conjunto de propuestas de reformas de la enseñanza médica en espacios tales como los congresos de educación médica mundiales y regionales (García, 1972). En el medio local las que cobraron mayor importancia fueron la creación de residencias médicas como ciclo de formación médica de posgrado y la ampliación del ciclo clínico quirúrgico de los últimos tres años de la carrera de grado de medicina en el ámbito hospitalario.^[13]

Por su parte, la universidad argentina vivió a partir de 1955 un proceso de renovación cuya característica más destacada fue el inicio de la profesionalización de las actividades de investigación y docencia, es decir, la creación y ampliación de cargos ocupacionales *full time* en la universidad. Esta cobró un singular dinamismo a partir de la gestión de Risieri Frondizi al frente del rectorado de la Universidad de Buenos Aires (UBA) en 1957, así como también desde la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales (FCEN), con el decanato de Rolando García (Prego, 2010).^[14]

En la Facultad de Medicina se constituyó un frente modernizador con los profesores que orbitaban alrededor de la personalidad de Bernardo

[13] Así, se retomaba y plasmaba en estas reformas aspectos de los cambios que habían sido impulsados en Estados Unidos en la década de 1910, dando origen a la enseñanza de la denominada “medicina científica”, la cual abrevaba en el mencionado “Informe Flexner”.

[14] Sobre la conexión de estos sujetos y sus transformaciones impulsadas en la universidad con el clima de ideas desarrollistas y sus clivajes, prevaleciente por entonces en el medio local y en la región, véase Prego (2010).

Houssay.^[15] Los puntos sobre los cuales se conformaron las mayores convergencias entre los contenidos centrales de los procesos de modernización en ciernes en la UBA y en FCEN, y las visiones sustentadas y cambios impulsados por parte del grupo de profesores modernizadores de Medicina (y por parte de Lanari en particular) se centraron en lo concerniente a las acciones y proyectos de reformas en la enseñanza médica y la implementación y extensión del régimen *full time* en docencia e investigación. Esto quedó plasmado en la celebración del 1º Congreso Argentino de Educación Médica, realizado por la Asociación Médica Argentina (AMA) en noviembre de 1957.^[16]

A su vez, el proyecto emprendido en la Facultad de Medicina por el grupo de Houssay impulsó los puntos sustantivos de una medicina clínica científica.^[17] Dentro de este se destacó la figura de Alfredo Lanari en la discusión acerca de la urgencia de extender la figura del *full time* en Medicina y, particularmente, en el ámbito de la clínica médica. Para este último caso, dejaba planteadas las dificultades que la introducción de tal modalidad de trabajo académico suponía, por un lado, de cara al carácter históricamente profesionalista particular de dicho ámbito en la Facultad y, por el otro, según las condiciones de toda profesión médica, caracterizada, en general,

[15] En el año 1958 Florencio Escardó fue nombrado como decano normalizador de Medicina, apoyado desde el Consejo Directivo por Eduardo Braun Menéndez, Eduardo De Robertis, Alfredo Lanari, Mario Brea, Eduardo Manzini, Armando Parodi y Venancio Deulofeu (miembros del “grupo de Houssay”).

[16] Ambos frentes de cambio provocaron distintos grados de resistencia y conflicto con distintos actores: estudiantes, médicos profesionales y personal paramédico hospitalario. Se estableció un frente de conflicto con los consejeros estudiantiles reformistas de Medicina tanto debido al lanzamiento de la departamentalización en la Facultad como por el proyecto de delimitar el ingreso a la Facultad de Medicina impulsado por algunos modernizadores de esa casa de estudio. Sin embargo, y más allá de estas dos cuestiones de relativo enfrentamiento, en lo fundamental los estudiantes reformistas fueron apoyos significativos para el grupo de los modernizadores en Medicina (Romero, 2010).

[17] Ya en el Congreso Mundial de Educación Médica de 1953, algunos referentes médicos habían identificado como un avance de las ciencias básicas y de laboratorio sobre otras ramas y prácticas de la medicina –preventiva, social y familiar– (Bustíos Romani, 2003), constituyendo a estas, tempranamente, en miradas alternativas (de contrapeso o de reacción) al monopolio que, sobre la definición de la naturaleza del conocimiento médico y de la práctica médica, la medicina de laboratorio comenzaba a detentar y a acrecentar en el ámbito de la clínica médica. Si bien el frente modernizador en Medicina reservó un espacio de reflexión a los temas de la medicina social y preventiva, este fue poco significativo si se lo compara con el interés y espacio cedidos a preocupaciones tales como la instalación y extensión del régimen de *full time* y la ampliación de las residencias médicas.

por rasgos proclives a desempeños propios de las profesiones de consulta, y en cuyos esquemas la actividad académica (de investigación, docencia y asistencia) tendía a ocupar un espacio *part time*.

El *full time* para Lanari no solo era una ideología sino una práctica: su regreso de Estados Unidos y radicación en el país en 1956 habían estado supeditados a la obtención de un puesto docente y de investigación con tal dedicación. Así, concursó y ganó en dicho año la titularidad de la Tercera Cátedra de Clínica Médica, fue el primer profesor de tal ámbito en la Facultad de Medicina de la UBA con una dedicación exclusiva.

Ahora bien, ¿cuál fue la relación entre estos sujetos y procesos de cambio ocurridos en la universidad argentina, en la disciplina y en la Facultad de Medicina con la creación del IIM, plataforma desde la cual comenzaría a institucionalizarse la tradición Lanari?

Las ideas y acciones de reformas en torno a la enseñanza de la medicina, su organización asistencial y sus perfiles profesionales, impulsadas desde el plano regional e internacional, fueron compartidas por los modernizadores de la UBA, por el grupo de Houssay en la Facultad de Medicina y por los integrantes de la Tercera Cátedra de Clínica Médica. Todos ellos funcionaron como apoyos programáticos y acciones concretas que enmarcaron el proceso de construcción institucional del IIM.

Si bien existió esta dimensión colectiva en la base de la proyección y la creación del IIM, la forma particular que este adquirió se debió también a estrategias personales y socioprofesionales de intervención y diferenciación en el ámbito clínico médico local que desplegó Lanari, a poco de su regreso de Estados Unidos, donde tuvo sus estadías de trabajo con Cannon, Luco y Rosenblueth.

El rol estratégico e impulso singular que tuvo Lanari en esta creación institucional y en su modelado organizacional y cognitivo inicial radicó en sus rasgos personales de liderazgo pero también en posiciones objetivas que ya en 1957 había logrado acumular dentro de la Facultad de Medicina: ese año había sido elegido decano de dicha Facultad, cargo al que renunció sin asumir dado que optó por el *full time* y la dirección del IIM. El hecho de haber sido elegido para dicho cargo –si bien no lo asumió– muestra que detentaba una posición de poder y de referente político académico en el contexto médico de entonces.^[18]

En este encuadre, el IIM conformó una de las principales estrategias de Lanari orientadas a configurar y validar la investigación clínica médica

[18] Asimismo, cuando al año siguiente, en 1958, se creó el Conicet, integró la Comisión de Medicina de dicho Consejo.

como un espacio diferenciado del resto de las ciencias médicas, produciendo su diferenciación socioprofesional.

El proyecto del IIM radicó en la combinación del hospital con el laboratorio; la imbricación de prácticas de investigación experimental y clínica con prácticas de asistencia a pacientes y la convivencia de perfiles profesionales académicos y de consulta. Es decir, la integración de actividades asistenciales, de investigación y de enseñanza bajo una ideología de dedicación *full time*. Ello fue el contenido sustantivo de su proyecto cognitivo e institucional que fue plasmado en el IIM con la apertura de secciones de investigación y asistencia, con la implementación de nuevos mecanismos de reclutamiento y entrenamiento médico, todos los cuales fueron reflejados en la misma ecología arquitectónica y organizacional del IIM.^[19]

En forma subsidiaria, la proyección del IIM fue una estrategia de Lanari para fortalecer una política de alianzas con quienes estaban interesados en fomentar un proceso de innovación y modernización dentro del conjunto de la UBA y de la Facultad de Medicina.^[20]

Entre esta serie de estrategias desplegadas por Lanari y su contexto social favorable, tanto el del medio local universitario como el de las transformaciones en el plano de la disciplina, el IIM fue creado el 31 de julio de 1957, y fue designado Lanari su director *full time* –manteniendo su cargo docente con igual dedicación, obtenido un año antes en el concurso de la Tercera Cátedra de Clínica Médica– (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Consejo Directivo, Actas de Sesiones (1957), Resolución 564 y 639/57). La ubicación física para el nuevo Instituto se estableció en el Centro de Investigaciones Tisiológicas y Tercera Cátedra de Semiología en el Hospital Tornú, existente desde 1937, constituyendo el ámbito institucional donde, en adelante, se asentó y desarrolló la tradición Lanari.

[19] En este punto, recuerdo la metáfora de varios investigadores relativa a denominar la particularidad del IIM en términos de los dos edificios, el de los laboratorios y el de la clínica de sala de internación que, si bien eran separados por un patio, se mantenían unidos debido a las prácticas desempeñadas durante la gestión Lanari. El “bar” del IIM era representado como sitio informal de encuentro de ambas culturas así como también lo eran los ateneos, pero como situación formal de dicho intercambio (Hevia, Jorge, Clínico de Sala del IIM, entrevista personal, 16 de diciembre de 2008).

[20] El acopio inicial de los recursos para el equipamiento del IIM fue facilitado por el rector Risieri Frondizi.

DESARROLLO Y CONSOLIDACIÓN

Mecanismos de reclutamiento: las residencias médicas, la UDH y la EPC

En la fase inicial del IIM, entre fines de 1950 y la primera mitad de la década de 1960, el sistema de residencias médicas –ciclo de formación de posgrado en el hospital– y la Unidad Docente Hospitalaria (UDH) –ciclo clínico quirúrgico de los últimos tres años del grado en el hospital– fueron impulsadas en el IIM así como también en otros espacios del entramado hospitalario universitario local y se ubicaron en el contexto de discusiones y reformas sobre la formación del médico ocurridas en la región y en el medio internacional (De Asúa, 1984).

Ambas reformas de enseñanza médica, rápidamente se proyectaron como nuevos mecanismos de reclutamiento, jugando un rol crucial en adelante en tanto permitieron ampliar la base y el modo de incorporación de investigadores, bajo una modalidad de entrenamiento *full time*. Por cierto, no solo impactaron en las modalidades de ingreso sino también en la organización y en las prácticas asistenciales y de investigación del IIM. La implementación del sistema de residentes y de la UDH significó un cambio sustantivo en múltiples planos.

Desde la óptica asistencial, la residencia y la UDH modificaron el enfoque del médico hacia el paciente, instaurando entre ambos un nuevo tipo de interacción al interior del medio hospitalario, basado en una mayor frecuencia y cotidianeidad en sus contactos e intercambios, aumentando el personal y las horas de atención médica. Por su parte, la UDH significó que estudiantes avanzados no solo aprendieran en el hospital sino también asistieran enfermos, así fuera en tareas supervisadas o con apoyos de médicos. Por otra parte, las residencias reconfiguraron los roles y las jerarquías de la organización hospitalaria con la incorporación de las nuevas figuras encarnadas por el residente y jefe de residentes. Estas transformaron las relaciones horizontales y verticales de poder y autoridad tanto con el personal médico, como con los auxiliares técnicos, los administrativos y, por último, con el paciente mismo. Dentro de este encuadre, en los comienzos de la introducción del sistema de residencias en muchos espacios institucionales no faltaron resistencias por parte de los médicos estables de planta y jefes de servicios, quienes vieron amenazado su territorio de acción y control en el hospital a la vez que aumentadas sus tareas y responsabilidades docentes.

En lo atinente a la formación y entrenamiento médicos, tanto desde el punto de vista del aprendiz como del docente, introdujeron nuevos desempeños, posiciones y destrezas para cada uno de ellos. La convivencia diaria

entre residentes y jefes de residentes, alumnos del último ciclo clínico de grado con médicos e instructores y con los pacientes, en el espacio de aprendizaje dado por el hospital, facilitó y multiplicó la posibilidad de incorporar los conocimientos teóricos y las habilidades y técnicas prácticas. Por un lado, tenían la posibilidad de estar en contacto con el material de estudio en tiempo y forma real (los pacientes) y, por el otro lado, la ventaja de la socialización en el día a día, pudiendo consultar e intercambiar con sus docentes médicos y con sus compañeros, con quienes compartían jornadas completas de trabajo y aprendizaje. Por su parte, la UDH se conformó como la etapa previa preparatoria para la residencia, en cuanto a experiencia de contacto cotidiano con enfermos y conocimiento de la organización hospitalaria, su estructura interna de jerarquías profesionales (médicas) y administrativas. Por cierto, con el establecimiento de la UDH el sistema de residencias se aproximó al modelo del *resident* norteamericano, disponiendo de mayor tiempo para la investigación y el desarrollo académico de formación —previamente, el sistema de residencias se aproximaba a un internado ya que, al menos durante el primer año, consistía en el establecimiento de los primeros contactos con los enfermos, la organización del hospital y las rotaciones por especialidades diferentes. Se conformaba así un mecanismo de reclutamiento hospitalario integrado y continuado (desde el último ciclo del grado hasta el de posgrado) que se perfilaba como plataforma desde la cual sería posible diseñar, extender y consolidar una carrera médica hospitalaria asentada en la imbricación de destrezas de atención, docencia e investigación dentro del hospital.

Desde el punto de vista de la estructura hospitalaria entonces consolidada, la UDH y el sistema de residencias, en tanto condiciones implícitas para la proyección de una carrera médico hospitalaria basadas en el compromiso de trabajo *full time*, significaron un esquema de amenaza a perfiles médicos de consulta (*part time*) prevaletentes, tanto en su plano más estructural como de interacción cotidiana y de organización de roles y jerarquías de poder en el ámbito hospitalario.

Una tercera reforma se ubicó en un contexto de rápidos y profundos cambios disciplinares. A partir de mediados de 1960 se inició un proceso de crecimiento y avance de la medicina experimental, de la biología y la bioquímica, respecto a la investigación clínica médica, en simultáneo con cambios regulatorios en estas prácticas —se estableció la primera regulación para la investigación médica con humanos. Dicha evolución se aceleró, poco tiempo después, debido a cambios epistémicos y técnicos, producto del advenimiento de la biología molecular y la genética en la década de 1970 (Kreimer, 2010).

En sintonía con la dirección que tomaron los cambios disciplinares mencionados —sumado a los intereses de algunos actores locales de cara a la situación de la enseñanza masiva en la Facultad de Medicina—, en 1970 en el IIM se diseñó e introdujo la Escuela Pedagógica Curricular (EPC). Esta reforma consistió en acentuar la formación básica de la carrera de medicina en el ámbito hospitalario en una relación alumno/docente más personal.

Al igual que en los casos de las residencias y de la UDH, la EPC introdujo al alumno en una modalidad de entrenamiento *full time* desde su formación temprana, constituyendo una novedosa experiencia de formación médica basada en una intensiva socialización en el ámbito hospitalario de asistencia e investigación. Asimismo, al igual que las otras dos, recibió apoyo desde el decanato de la Facultad de Medicina y desde el rectorado de la Universidad de Buenos Aires.

La EPC estableció así fuertes puntos de continuidad con las reformas suscitadas con el sistema de residencias médicas y la UDH aunque, a diferencia de estas, se llegó a implementar solamente en el IIM, y se hizo hincapié en las ciencias básicas en el hospital, mientras aquellas lo hicieron para el caso de la práctica y la investigación clínica. Asimismo se originó como una experiencia piloto que luego, según su grado de éxito, se pensaba trasladar a otros espacios hospitalarios. Sin embargo esto nunca sucedió, frustrándose a los pocos años de haber empezado. La idea de contar con un grupo de estudiantes de excelencia que iniciara sus estudios de grado en el ámbito hospitalario respondía al ideario de Lanari, consistente en extender el *full time* a todo el arco del desarrollo profesional. Sin embargo, esto fue visto como un régimen selectivo y elitista, que atentaba contra la educación universitaria masiva. El rechazo por parte de la Facultad, sumado al inicio del gobierno de facto y la jubilación de Lanari en 1976, significó la clausura de la EPC.

GENERACIONES DE DISCIPULADO

Entre 1957 y 1976, años de desarrollo y consolidación de la tradición Lanari en el IIM, es posible distinguir al menos tres generaciones de discípulos diferentes. Si bien hay una decena de médicos que tomaron contacto con Lanari como docente y director del IIM, solo algunos pueden pensarse como sus discípulos.

El vínculo maestro-discípulo se asienta en la pretensión de autoridad social y cognitiva por parte del primero y su otorgamiento por parte del segundo, mediante modalidades de identificación moral con elementos de

la personalidad del maestro, como también con modos de trabajo. Pueden darse mediante experiencias más subjetivas, en el marco de relaciones de familiaridad (cara a cara), hasta las más anónimas, mediatizadas y objetivadas: 1) mediante el entrenamiento personal y directo de trabajo con un maestro; 2) a través de una primera generación de discípulos que transmiten su estilo de investigación; y 3) vía los trabajos, metodologías e ideas objetivados en materiales escritos.

La primera generación de discípulos se formó con Lanari desde antes de la existencia del IIM, en el espacio de la Cátedra de Patología y Clínica de la Tuberculosis en el Hospital Muñiz y en la Tercera Cátedra de Clínica Médica, y continuó haciéndolo los primeros años del IIM. Aquello que caracterizó esta construcción de discipulado fue el contacto y entrenamiento personal con Lanari y, fundamentalmente, la internalización de su estilo de investigación, aún en proceso de conformación.

En cambio, en los años posteriores, como los que vivieron la segunda y tercera generación de discípulos, el sistema de residencias fue el mecanismo mediante el cual una gran mayoría ingresó al IIM. Por ello, para quienes integraron las últimas dos generaciones el proceso de entrenamiento y aprendizaje ya no solo se basó en la adquisición del “estilo Lanari” sino en una socialización más amplia dada por su inserción institucional en el IIM, teniendo también como maestros a los de la primera generación.

En este marco de inserción institucional diferencial, la primera generación se formó en las especialidades practicadas por Lanari en la época del Hospital Muñiz o de la Tercera Cátedra, tales como Anatomía patológica y Fisiología cardiopulmonar, y los miembros de la segunda y tercera generación se desempeñaron en las especialidades que mayor dinamismo habían adquirido en el IIM, tales como nefrología, hematología e inmunología.

Asimismo, otro punto de discontinuidad remite al hecho de que mientras los primeros discípulos se desempeñaron profesionalmente fuera del IIM (resultado de las estrategias iniciales desplegadas por Lanari relativas a extender la experiencia del IIM), los de segunda y tercera generación tuvieron mayormente un arraigo institucional en el IIM –si bien hubo casos que marcaron la excepción, como los residentes y discípulos de segunda y tercera generación que fueron el vehículo de propagación por el país de las residencias médicas o los conocimientos sobre trasplantes renales y la diálisis.

Así, esta tradición se desarrolló a los largo de casi 20 años a través de la objetivación de diferentes mecanismos de reclutamiento y generaciones de discípulos. El denominador común intra e intergeneracional fue la permanente actualización del “estilo Lanari”, tanto entre quienes continuaron en el IIM como entre aquellos que se fueron a otra institución.

LA ESTRUCTURACIÓN COGNITIVA DE LA TRADICIÓN A PARTIR DE LAS INVESTIGACIONES Y DESARROLLOS ASISTENCIALES SOBRE TRASPLANTES RENALES Y DIÁLISIS

Desde el inicio, el IIM se organizó sobre la base de una multiplicidad de especialidades, a pesar de que esa nunca fue la idea inicial de Lanari. Desde su visión, ello conspiraba contra el criterio de excelencia, esto es, la concentración intelectual y material en una línea de investigación que mereciera todos los esfuerzos y apuestas cognitivas y económicas para destacarse. Pero al mismo tiempo para aquel también pesaba otro criterio: posibilitar y alentar la radicación institucional a todo médico que quisiera realizar investigación clínica *full time*.

Dado que en el país no sobraban espacios institucionales para tal actividad, el IIM se configuró y posicionó como el lugar que brindaba la plataforma adecuada para su desarrollo. Este fue el criterio sobre el que se asentó la organización del IIM y por el cual ingresaron tantas especialidades como vocaciones *full time* existieron.

Ahora bien, dentro de esta modalidad múltiple de especialidades abiertas, no todas tuvieron igual peso y desarrollo en el IIM. Nefrología se constituyó como una de las principales apuestas cognitivas de la institución y, en particular, la especialización e innovación en trasplantes renales y el tratamiento con diálisis para combatir enfermedades de riñón.

La adquisición de la técnica del riñón artificial por parte del IIM en 1957, central para el desarrollo de la diálisis, fue resultado del contacto de entrenamiento personal que había entablado individualmente un integrante del IIM, Alfonso Ruiz Guiñazú, con el grupo pionero de John P. Merrill en Boston.^[21]

[21] El trasplante renal fue el primero de los realizados en órganos complejos en la medicina mundial (le siguió el de hígado, luego el de corazón y después el de pulmón). Las primeras experiencias clínicas de trasplantes renales en humanos fueron realizadas, en 1952, por el grupo de Jean Hamburger en el Hospital Necker, en París y, en 1954, por parte del grupo de John Putman Merrill en el Hospital Peter Bent Brigham en Boston; el grupo norteamericano logró la experiencia con mayor éxito entre gemelos idénticos. En 1952 Alfonso Ruiz Guiñazú fue becado para trabajar en el Hospital Peter Bent Brigham, en Boston, en el laboratorio de riñón que dirigía John Merrill. Allí, se integró rápidamente al equipo encargado del riñón artificial y, con ayuda de ese aparato, llevó a cabo un trabajo de investigación sobre la función renal y desarrolló también investigación clínica de la acción de diferentes inhibidores de la anhidrasa carbónica en enfermos con edemas. Al regreso de su estadía de trabajo en Boston, Ruiz Guiñazú logró trasladar al país un riñón artificial Kolff Brigham. Primero se exhibió en una exposición privada en un centro cultural en Buenos Aires y luego se instaló en el Instituto del Diagnóstico, donde comenzó a ser utilizado en la atención privada de pacientes renales. Luego, con la colaboración de un ayudante logró realizar una réplica del modelo Kolff. Este se hizo en forma completamente

La convergencia de esta adquisición técnica y de recursos humanos formados en tales temas con la acumulación local previa de investigación sobre injertos y trasplantes, en la Cátedra de Patología y clínica de la tuberculosis, y con la demanda de enfermos renales, conformaron la plataforma sobre la cual Lanari y los miembros de la sección Nefrología del IIM realizaron una apuesta cognitiva e institucional en torno a la investigación y asistencia en diálisis y trasplantes.

Los enfermos renales, quienes hasta la llegada de dichos tratamientos no disponían de terapéutica alguna para su cura ni para una mejor calidad de vida, se constituyeron como dispositivos de investigación y de asistencia para los miembros de las subsecciones Diálisis y Trasplantes. Por un lado, sirvieron de material de estudio y análisis sobre el cual aquellos produjeron conocimientos científicos que les otorgaron reconocimiento local e internacional. Por otra parte, los enfermos fueron el objeto sobre el cual intervinieron al mismo tiempo en términos asistenciales y terapéuticos, obteniendo por ello reconocimiento público.

Así, el desarrollo de la diálisis en el IIM fue posible debido a la disposición de los contactos internacionales con los grupos pioneros en el tema, la temprana adquisición de la técnica (el riñón artificial), el reclutamiento de personal entrenado para utilizarla y socializar sus conocimientos, y la disponibilidad de enfermos renales con quienes ensayar su uso y darle racionalidad sanitaria a su inversión y desarrollo. Por cierto, el desarrollo del tratamiento de diálisis en el IIM, tan cercano en el tiempo a las experiencias realizadas en los centros científicos pioneros, se vio posibilitado por las estancias de trabajo de varios investigadores de la sección Nefrología del IIM con Merrill en Boston. Estos fueron contactos e intercambios centrales para la transmisión de conocimientos técnicos y teóricos sobre el tema, sentando las bases para su posterior desarrollo en el país. De hecho, la estancia de Alfonso Ruiz Guiñazú, primer jefe de la sección de Nefrología del IIM, en Boston, implicó el aprendizaje personal (y luego su socialización a más de tres generaciones de nefrólogos) del manejo de la técnica de diálisis y la importación del primer riñón artificial al país.

Con respecto al desarrollo de trasplantes, no solo fueron centrales los contactos que el grupo del IIM estableció con el de Merrill en Boston, sino



artesanal, gracias a los esquemas y diseños manuscritos que había traído desde Estados Unidos. Dicha réplica resultó un modelo exitoso y fue utilizada para diálisis en el IIM. En este marco, Ruiz Guiñazú comenzó su tesis “El riñón artificial y su uso en clínica”, bajo la dirección de Lanari (Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General, Legajos personales. Legajo de Ruiz Guiñazú, Alfonso, 8944).

también la acumulación que en ese campo de conocimiento existía previamente en el medio local: aquella inserta en la tradición clínica de Vaccarezza en cuya cátedra se habían investigado y realizado experiencias en dicho campo de estudio (injertos de aorta y pulmón), tanto por parte de Lanari como por otros miembros del IIM que provenían de dicho espacio.

Así, la conformación y el desarrollo de la tradición Lanari se estructuró cognitivamente en torno a la investigación experimental y clínica sobre trasplantes y diálisis, dado que fue el campo de problemas de conocimiento que reunió la mayor colaboración de otras secciones/especialidades en el IIM –anatomía patológica, hematología, inmunología y clínica médica.

Esta estructuración cognitiva se plasmó también en los respectivos referentes y masa crítica generada a través de las tres generaciones identificadas, entre quienes en su mayoría predominaron y sobresalieron aquellos inscriptos en alguna de estas tres especialidades/secciones (Cuadro 1).

A su vez, las investigaciones en trasplantes y diálisis le otorgaron identidad a la tradición, haciendo converger los temas y estilos de investigación de las vertientes experimentales y clínicas: por un lado, estos desarrollos continuaron las líneas inauguradas y llevadas adelante en la Cátedra de Tuberculosis, a cargo de Vaccarezza, relativas a la investigación experimental sobre injertos, por otro, las investigaciones experimentales sobre fisiología renal que habían sido encaradas desde el Instituto de Fisiología por parte del grupo de Houssay (relativo al desarrollo sobre el sistema renina angiotensina).

En el marco de la modalidad de la construcción del nombre de una tradición (autoridad científica y social), fue sobre estas prácticas asistenciales y de investigación (entre otras, como los modelos de enseñanza y formación médica) que el IIM se posicionó en el campo clínico médico local como una institución de referencia, de cara a sus colegas, diseminando las prácticas de diálisis y de trasplantes^[22] como también respecto a los pacientes.

Si en un primer momento estos desarrollos cognitivos implicaron centralmente apuestas de investigación pioneras y sobre ello el IIM recibió reconocimiento científico local e internacional, a medida que dichos tratamientos fueron estabilizándose como prácticas de rutina fueron utilizados para legitimarse ante la población enferma.

[22] Así ocurrió en el Instituto Pombo Rodríguez, el Hospital Militar, el Centro de Educación Médica e Investigaciones Clínicas (CEMIC) y el Hospital Italiano. El CEMIC fue el centro con el cual el IIM trazó lazos de mayor colaboración. Esto se debió a la afinidad de los proyectos institucionales sostenidos por sus directores, Quirno y Lanari, y debido al intercambio fluido entre su personal, en lo atinente a docencia y manejo técnico de diálisis (Romero, 2010).

Cuadro 1. Generaciones de discípulos

	<i>Período de egreso</i>	<i>Vía de contacto</i>	<i>Especialidad desarrollada</i>	<i>Radicación institucional</i>
<i>1ª generación 1947-1956</i>				
Agrest		Hospital Muñiz	Clínica	IIM/Sanatorio Güemes
Roncoroni		Hospital Muñiz	Neumonología	IIM / Centro de Rehabilitación María Ferrer
Barousse		Hospital Muñiz	Neumonología	IIM /Hospital Posadas
Barcat		Informal	Anatomía patológica	IIM
Bastaroli		Tercera Cátedra	Cardiología	IIM /Hospital Posadas
<i>2ª generación 1957-1964</i>				
Molinas		IIM Residencia	Hematología	IIM
Arrizurieta		IIM Residencia	Nefrología	IIM
Manni		IIM Residencia	Inmunología	IIM
Sánchez Ávalos		IIM Residencia	Hematología/ Inmunología	IIM
<i>3ª generación 1965-1970</i>				
Zucchini		IIM Residencia	Nefrología	IIM
Martín		IIM Rotación UDH	Nefrología	IIM
Elizalde De Bracco		IIM Personal	Inmunología	IIM Academia

Fuente: Elaboración propia sobre Legajos Personales disponibles en Archivo General de la Biblioteca Central, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires, y entrevistas personales (Romero, 2010).

EL MODELO INSTITUCIONAL DEL LABORATORIO Y DEL HOSPITAL: PERFILES PROFESIONALES DE INVESTIGADORES Y PRACTICANTES EN UN MODO FULL TIME

El modelo organizacional e institucional en el cual se asentó esta tradición reunió la cultura de investigación del laboratorio con las culturas asistencial-hospitalaria y con la de la enseñanza médica –de grado y posgrado. Esta articulación dio por resultado la imbricación de perfiles profesionales de consulta –o practicantes– y doctos –o de investigadores–. Esta conjunción

de perfiles y su modalidad de ejercicio, bajo una ideología del *full time*, definió los sellos identitarios que caracterizaron lo que he denominado el estilo Lanari.

¿Cuál era la base social y cognitiva que legitimaba la extensión del *full time* a una cultura médica hospitalaria *part time*? ¿Cuáles fueron las razones de su relativo fracaso hacia el final de la década de 1960?

La introducción de este perfil profesional médico compuesto y su modo *full time* tuvo una evolución auspiciosa en los momentos iniciales del IIM y luego sufrió embestidas tanto debido al devenir cognitivo de la medicina y de otras disciplinas aledañas, como por el derrotero político universitario argentino.

La fuerza del perfil profesional del investigador clínico *full time*, tanto en términos de idea como de posiciones ocupacionales efectivas, tuvo la mayor legitimidad en los comienzos del IIM y su pico mayor fue entre 1965 y 1967.^[23] En términos sustantivos, esta inserción ocupacional implicó una nueva sociabilidad en el trabajo de investigación, de asistencia a pacientes y de formación de nuevos médicos, basado en la convivencia de trabajo prolongada en el tiempo en un mismo espacio compartido.

Durante sus primeros años, la organización asistencial del IIM se configuró así como un insumo para la investigación y se estableció la práctica de los ateneos semanales como un espacio de discusión sobre casos clínicos operando, al mismo tiempo, como una instancia de control y de aprendizaje. Por eso, sus funciones más importantes fueron conformar una modalidad colegiada y a la vez jerárquica de monitoreo asistencial cotidiano del IIM y constituir un espacio pedagógico y de formación continua de los investigadores formados y en formación.

Este modelo institucional se vio reforzado con la creación, en 1960, de un nuevo espacio de sociabilidad, complementario y adyacente del IIM, la Sociedad Argentina de Investigación Clínica (SAIC), y con la adopción de la revista *Medicina* como su canal de comunicación. En adelante, dicha Sociedad, la revista y el IIM fueron proyectándose como los referentes

[23] En 1960, de 60 investigadores *full time* en la Facultad de Medicina, seis eran del IIM; y dado que aún no existía la carrera de investigador de Conicet, se asume con certeza que los seis provenían del presupuesto de la Facultad. En 1966, de 65 investigadores *full time* en el ámbito facultativo, 13 pertenecieron al IIM. Teniendo en cuenta que el aumento (duplicación) de estas dedicaciones en el IIM se debió fundamentalmente a los recursos que aportó la carrera de investigador de Conicet desde 1961, su relación con el número absoluto de la Facultad me pareció igualmente significativo dado que mostraba la ideología *full time* de Lanari en acto y, a la vez, al IIM como un enclave de un proceso intensivo de profesionalización académica (Romero, 2010).

espaciales, sociales y cognitivos del ámbito de la investigación clínica médica local, teniendo como misión inicial reunir y fomentar este tipo de investigación.

Con el correr de los años, a partir de mediados de la década de 1960, otros grupos profesionales, tales como los biólogos e inmunólogos, encontraron en el espacio de la SAIC un ambiente propicio para discutir sus resultados. Esto provocó un conjunto de disputas por la definición de la naturaleza y misiones de dicha sociedad, de aquello que constituía un trabajo “de investigación clínica”, del peso que este tipo de investigación debía tener en la SAIC y de cómo y por cuáles razones esta no debía perder su naturaleza de origen.

Los investigadores clínicos, congregados en la SAIC, no tuvieron una posición monolítica: mientras algunos valoraron dichos cambios como una “evolución inevitable” y sinérgica para la Sociedad y para la investigación clínica, otros alertaron sobre la erosión y declinación que ello significaba de cara a la configuración y el peso del investigador clínico en la SAIC y en el campo clínico médico.

Esta evolución se ubicó en un contexto más amplio dado por el crecimiento y el avance de la medicina experimental respecto a la investigación clínica médica. A este devenir cognitivo se sumó, a partir de 1960, la aparición de las primeras regulaciones éticas para la investigación con humanos. Con el correr de los años, crecieron en número y se volvieron más restrictivas respecto a metodologías, etapas y condiciones de realización, todo lo cual volvió más burocrática y administrativa dicha actividad y menos atractiva como desempeño profesional desde el punto de vista individual del médico.^[24] En forma simultánea, la investigación clínica comenzaba a ser vista como un ámbito de oportunidad de explotación comercial para los actores económicos que comenzaban a interesarse por la investiga-

[24] Otro proceso que también reorientó perfiles de investigación en clínica médica fue el siguiente. El imperativo “*publish or perish*” cada vez más urgente y excluyente para la reproducción de los investigadores en el sistema científico fue haciendo que se privilegiara la investigación experimental ya que sus resultados eran más rápidamente convertibles en un *paper* mientras que la investigación con humanos (muestras clínicas) demoraba por sus mayores cuidados éticos y pasos burocráticos, pudiendo dar resultados/productos de publicación en tiempos mucho más prolongados. Sobre estos puntos, el miembro del IIM, Alberto Agrest, ya en 1965 declaraba en una editorial de *Medicina*: “Nuestro terreno es aún el complejo ámbito del hombre enfermo, aunque en él las programaciones de las experiencias sean más difíciles y sus resultados menos rendidores en publicaciones” (Agrest, 1965: 252).

ción biomédica y sus productos, adquiriendo un rol protagónico en el sector salud a partir de los años de la década de 1970.^[25]

En 1970 se inició un proceso de molecularización de las ciencias de la vida (Kreimer, 2010), en el cual nuevas áreas de conocimiento –tales como la genética y la biología molecular– tuvieron un protagonismo inusitado en la producción de conocimiento médico. Esto implicó un cambio en los niveles de análisis y la proliferación de lenguajes cada vez más lejanos e inconmensurables para los médicos (incluso para aquellos insertos en investigación). Sus consecuencias fueron un menor caudal de producción de investigación clínica y una reorientación de los perfiles profesionales del ámbito que comenzaron a alejarse de la investigación dado que tales perfiles dejaron de constituir una opción profesional atractiva para quienes lo desempeñaban. Esto se debió a la imposibilidad o a lo costoso que a sus ojos implicaba alcanzar los nuevos lenguajes y técnicas introducidos por la biología molecular y la genética. El resultado fue la disminución paulatina del número de investigadores clínicos en este ámbito en general y en el IIM en particular –especialmente de aquellos que tenían una dedicación *full time*.

Esta declinación también se vinculó con una dinámica local: la percepción negativa de los investigadores clínicos respecto a esa opción profesional, vislumbrando límites económicos y vocacionales en la opción exclusiva de la vida académica argentina, atravesada por ciclos de inestabilidad e interrupción institucional. Estos, por un lado, excedían las motivaciones vocacionales y las opciones profesionales individuales de este ámbito de investigación en particular y, por el otro lado, incidían en la configuración y direccionamiento de tales motivaciones y opciones individuales.^[26]

[25] Estos nuevos actores fueron los laboratorios farmacéuticos. Aunque no tuvieron incidencia en la “tradicción Lanari” durante los años analizados, el ámbito de la investigación clínica médica fue radicalmente modificado con este nuevo actor: poco a poco aquel se fue restringiendo a la realización de tareas de servicios y asesoramiento a medida que los laboratorios fueron monopolizando la orientación de las agendas de investigación, atadas exclusivamente a la producción de pruebas de productos comerciales y a sus principales criterios de evaluación, de igual naturaleza. Ello implicó que en la investigación clínica perdieran peso dos criterios: la originalidad de la producción de conocimiento (excelencia) y la importancia sanitaria o social (relevancia) para generar agendas de investigación en salud. Las preguntas que surgen son: ¿cómo se modificó el ámbito de la investigación clínica médica con el ingreso de los laboratorios? ¿Qué papel tuvo el Estado en dichos procesos? ¿Cuáles fueron sus capacidades de direccionamiento y control sobre la injerencia de tal actor económico en el establecimiento y desarrollo de agendas de investigación en salud?

[26] Si 1966 fue un año de inflexión para la vida universitaria y de la política nacional argentina, en la vida interna del IIM tuvo también sus efectos aunque no en el modo e intensidad con los que impactarían otros años de altos niveles de contestación gremial y

De este modo, desde mediados de 1965, el perfil profesional del investigador clínico, a poco tiempo de su propagación e institucionalización en la SAIC, comenzó a verse puesto en cuestión ya no solo ni fundamentalmente, como hasta entonces, por quienes desempeñaban un ejercicio profesional de consulta, sino por nuevos grupos profesionales, biólogos e inmunólogos, alentados por una nueva dinámica cognitiva disciplinar de las ciencias de la vida.

En este marco he sostenido que la tradición Lanari permaneció, a pesar de estos cambios disciplinares y técnicos, y sus repercusiones en el medio local en cuanto a los conflictos de intereses suscitados en la SAIC, los procesos de retroceso del perfil del investigador clínico en la medicina local –y en términos de posiciones ocupacionales *full time* dentro del IIM.

Esto fue posible a través de la introyección y reproducción de su estilo de investigación y de procesos de identificación personal por parte de la segunda y de la tercera generación de discípulos, dentro mismo del IIM o en otras instituciones médicas, y mismo a través de una cuarta generación formada por algunos alumnos que transitaron la EPC. Aun con su jubilación y el consecuente final de la gestión como director del IIM en 1976, con el cese de la EPC y con su desaparición en 1985, el estilo Lanari se mantuvo con vida –y con ello cierta mística del IIM como “el Lanari”–, actualizado en representaciones pero también en prácticas por quienes alguna vez pasaron por allí.

LA AUTORIDAD CIENTÍFICA Y SOCIAL ASENTADA EN EL ESTILO LANARI

Un elemento que fue central en la estructuración de esta tradición fue la pretensión de autoridad científica y social con marcados rasgos carismáticos y su efectivo e influyente ejercicio por parte de Lanari en la conducción del IIM, en buena parte del escenario de la Facultad y del ámbito clínico médico nacional de su época. Logró así fuertes procesos de identificación con su estilo de investigación y con el IIM, especialmente en el interior de la tradición y del círculo de innovadores de Medicina (aunque al mismo tiempo suscitó resistencias de otras figuras médicas del medio local profesional y académico de entonces, en cuestiones tales como la expansión de la dedicación médica *full time*, antes mencionadas).



politización radicalizados como fueron los transcurridos entre 1970 y 1973. En estos años, de 13 posiciones *full time* en el IIM, quedaron apenas cinco para 1975.

El liderazgo carismático que ejerció Lanari dentro del IIM y en el contexto de la Facultad de Medicina le permitió hacer confluír y potenciar su pretensión y efectucción de la autoridad social y científica en tales espacios. Ambas se basaron fundamentalmente en el estilo de investigación que él inauguró. Este estilo reunió un conjunto de modos de trabajar y ejercer autoridad, a un tiempo científico y social, visibilizadas en las tres actividades pilares del IIM: investigación, asistencia y docencia, bajo un modo de hecho o de derecho *full time*. Esto significaba que aun quienes no poseían un puesto de tal dedicación tenían el imperativo institucional y personal de Lanari de trabajar lo más próximo a dicha modalidad.

Por ejemplo, las rutinas de “recorridas de sala” cotidianas, el control y monitoreo que Lanari mismo realizaba y las exigencias respecto a su cumplimiento por parte del personal eran una resignificación y traslado del estilo de monitoreo y control de Houssay, dentro de una cultura de laboratorio, hacia la cultura clínica asistencial.^[27] Asimismo, la importancia otorgada por parte de Lanari a la dinámica asistencial y al paciente en dicho engraje era un legado de Mariano Castex.

El liderazgo carismático funcionó, como en toda tradición, como un rasgo central, actualizándose en dinámicas de interacción cotidiana dentro del IIM, mediante las cuales intentaba ejemplificar con su conducta y rutinas y así crear disciplina transversal (con los jefes de las distintas secciones) y vertical (con los residentes, el personal de sala, los técnicos de laboratorio, las enfermeras) y con ello obtener legitimidad.

Así, a pesar de las diferencias que existieron en las tres generaciones de discípulos y de los desprendimientos de grupos, después del cese del ejercicio de Lanari como director del IIM en 1976, las identificaciones y reconocimientos de los investigadores del IIM continuaron colocando la figura del maestro en Lanari (en términos del “estilo Lanari”) y el vínculo maestro-discípulo generado en el marco específico dado por la institución (el IIM).

CONSIDERACIONES FINALES

El proyecto cognitivo e institucional impulsado por Lanari, y que sostuvo el origen y desarrollo de su tradición, fue relativamente innovador dado que fue convergente con cambios disciplinares, institucionales, profesionales y

[27] Otro aspecto muy practicado por Lanari, del estilo Houssay, fue la orientación y monitoreo personal de todos los intereses y líneas de investigación en el Instituto así como del ingreso de nuevos miembros al mismo.

pedagógicos que estaban en el “aire de la época” internacional y local. Sin embargo, su mayor innovación fue de cara al ámbito clínico médico existente en el país, en el cual la cultura de investigación había sido escasamente desarrollada en relación con la cultura asistencial.

La fuerza del nombre propio, esto es, el carisma de Lanari, como cualidad extraordinaria e intransferible, tuvo un papel estructurante crucial hacia el interior de la tradición y hacia fuera de la misma, permitiendo su desarrollo y consolidación sobre dinámicas constructivas y disruptivas con respecto a las institucionalidades preexistentes. De estas últimas, el frente profesional fue el más representativo.

Lanari y el grupo de innovadores de Medicina fueron partes activas en la disputa por una renovación del perfil profesional médico clínico. Teniendo en cuenta esta dimensión interesada, la valoración negativa que en general manifestaron respecto al sistema *part time* hospitalario y académico implicó una gama de intervenciones que derivaron en un conjunto de reformas de enseñanza proclives a modificar aquella situación.

En este encuadre, las estrategias que desplegaron para legitimar su proyecto *full time* en la clínica médica local se basaron en la utilización de sucesos, espacios institucionales y referentes de renombre de la disciplina local e internacional como recursos de autoridad científica y social, y en vinculación con un proceso de renovación universitario de “modernización”. En este sentido, utilizó la ola de renovación pedagógica disciplinar (las residencias médicas y la UDH) a favor de su proyecto, poniendo en cuestión la amplia y hegemónica extensión del perfil profesional médico de consulta y el *part time*. En los distintos momentos identificados, la tradición Lanari estuvo asociada no solo a ese nombre propio, sino a otros referentes: la “medicina científica o de investigación” de filiación norteamericana, tanto en sus dimensiones de legitimidad institucional como simbólica.

Su modalidad de acción política, basada en la construcción de un nombre propio y de relaciones de influencia en el medio local y en la medicina norteamericana, de vanguardia por entonces, fue condición de posibilidad y parte crucial de la aceptación, difusión y concreción de su proyecto cognitivo, epistemológico e institucional en la Facultad de Medicina de Buenos Aires. Posiblemente, sin el “éxito” de aquella modalidad no hubiera sido posible lo segundo —o, antes bien, dicha modalidad política no fue sino, en un sentido, parte inseparable de lo que llamamos proyecto cognitivo e institucional.

La tradición Lanari, en tanto un conjunto de estilos de investigación y de modos de habitar la profesión médica, aunque modificado en términos de prácticas y objetos con el paso de más de 30 años, desde el final

de su dirección del IIM en 1976, siguió viva mediante las generaciones de discípulos aquí identificadas, en sus evocaciones y prácticas de muchos de los primeros investigadores que, a pesar de los años transcurridos, nunca se fueron y persisten ligados institucional o vocacionalmente al IIM, así como también en quienes han seguido su trayectoria fuera de aquel. En todos ellos, el Instituto o mismo “el Lanari” (así denominado por ellos) constituyó algo más que un sitio de investigación, docencia y asistencia, dejando marcas personales, organizacionales y sociales que se entremezclaron con las dimensiones científico técnicas, englobadas en un estilo de trabajo o en determinadas líneas y temas de investigación, y cuya reproducción en el tiempo a través de la producción de distintas generaciones de maestros y aprendices nos permitió hablar de la conformación y desarrollo de una tradición.

BIBLIOGRAFÍA

- Agrest, A. (1965), “Sociedad Argentina de Investigación Clínica. Discurso de apertura por el Doctor Alberto Agrest, IX Reunión Científica en Buenos Aires, el 12 y 13 de julio de 1965”, *Medicina*, 25, (4), pp. 251-252.
- Bargero, M. (2007), “¿Cómo analizar una tradición?”, tesis de Maestría, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes.
- Buch, A. (1994), “Institución y ruptura: la elección de Bernardo Houssay en la cátedra de Fisiología de la Facultad de Ciencia Médicas”, *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*, 4 (2), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 161-179.
- (2006), *Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Bustíos Romani, C. (2003), “Notas sobre la historia de la educación médica 1933-1980. Segunda parte”, *Acta Médica Peruana*, 20 (3), pp. 133-149.
- Buta, J. (1996), “Los inicios de la cultura científica argentina: los precursores de Houssay”, en Albornoz, M., P. Kreimer, y E. Glavich (comps.) (1996), *Ciencia y sociedad en América Latina*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.
- Camargo, K. (2002), “The thought style of physicians: strategies for keeping up with medical knowledge”, *Social Studies of Science*, 32 (5-6), pp. 827-855.
- Canguilhem, G. (1971), *Lo normal y lo patológico*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- (2009) [1965], “La idea de medicina según Claude Bernard”, en Canguilhem, G. (2009), *Estudios de historia y de filosofía de las ciencias*, Buenos Aires y Madrid, Amorrortu.

- Ciencia Nueva* (1970), "Editorial. Investigación en clínica médica. Reportaje a Alfredo Lanari", *Ciencia Nueva*, (3), pp. 26-33.
- Cueto, M. (1994), "Laboratory styles in Argentine Physiology", *Isis*, (85), pp. 228-246.
- De Asúa, M. (1984), "La formación del médico en la República Argentina. Análisis histórico-sistemático del perfil curricular de las Facultades de Medicina de la Argentina desde su creación hasta 1982", tesis de doctorado, Buenos Aires, Facultad de Medicina, Universidad de Buenos Aires.
- Freidson, E. (1978) [1970], *La profesión médica: un estudio de sociología del conocimiento aplicado*, Barcelona, Península.
- García, J. C. (1972), *La educación médica en la América Latina*, Washington, OPS.
- Gaudillière, J. P. (2002), *Inventer la biomédecine. La France, l'Amérique et la production des savoirs du vivant (1945-1965)*, París, La Découverte.
- Gayon, J. (1999), "On the uses of the category of style in the history of science", *Philosophy & Rhetoric*, 32 (3), pp. 233-246.
- Giddens, A. (1999), "Tradition", BBC Reith lectures 1999, <http://www.lse.ac.uk/Giddens/reith_99/week3/week3.htm>, consultado el 10 de abril de 2009.
- King, M. (2005) [1970], "Razón, tradición y el carácter progresivo de la ciencia", *Redes. Revista de estudios sociales de la ciencia*, 21 (11), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 21-154.
- Kreimer, P. (2010), *Ciencia y Periferia. Nacimiento, muerte y resurrección de la biología molecular en la Argentina. Aspectos sociales, políticos y cognitivos*, Buenos Aires, Eudeba.
- Kuhn, T. (1993) [1977], *La tensión esencial. Estudios selectos sobre la tradición y el cambio en el ámbito de la ciencia*, Madrid, Fondo de Cultura Económica.
- Laín Entralgo, P. (1978), *Historia de la Medicina*, Barcelona, Salvat.
- Prego, C. (2010), "La gran transformación académica y su política a fines de los años 50. El proyecto de reorganización institucional y los inicios del debate del cientificismo en la Universidad de Buenos Aires", en Prego, C. y O. Vallejos (comp.) (2010), *La construcción de la ciencia académica: actores, instituciones y procesos en la Universidad argentina del siglo xx*, Buenos Aires, Biblos.
- Romero, L. (2010), "Conformación y desarrollo de una tradición de investigación clínica médica: Alfredo Lanari y el Instituto de Investigaciones Médicas (IIM), 1957-1976", tesis de doctorado, Buenos Aires, Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales.
- Souza, P. (2005), "Formación histórica de un partido de la ciencia en la medicina argentina. El círculo médico argentino y la configuración de una experiencia científica de base clínica en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires (1875-1890)", tesis de Maestría en Política y Gestión de la CyT, Buenos Aires, Univrsidad de Buenos Aires.

Entrevistas

- Hevia, Jorge, Clínico de Sala del IIM, entrevista personal, 16 de diciembre de 2008.

Fuentes documentales

- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Consejo Directivo, Actas de Sesiones (1957), Resolución 564 y 639/57.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina., Biblioteca Central, Archivo General, Legajo de Agote, Luis, 8722.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General, Legajos personales, Legajo de Castex, Mariano, 33920, tomos I y II.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General, Legajos personales, Legajo de Lanari, Alfredo, 51456.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General, Legajos personales, Legajo de Ruiz Guiñazú, Alfonso, 8944.
- Universidad de Buenos Aires, Facultad de Medicina, Biblioteca Central, Archivo General, Legajos personales, Legajo de Vaccarezza, Raúl Francisco, 34030, tomos I, II, III y IV.



NOTAS CRÍTICAS SOBRE LOS ESTUDIOS EN CIENCIA, TECNOLOGÍA Y SOCIEDAD. ENTREVISTA A DOMINIQUE PESTRE

Luciano Levin^[1]
Pablo A. Pellegrini^[2]

Dominique Pestre es un historiador de la ciencia, y uno de los autores más desafiantes dentro de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología. Se desempeña en la École de Hautes Études en Sciences Sociales (EHESS) en París y dirige el Centre Alexandre Koyré Histoire des Sciences et des Techniques.

Pero no siempre se dedicó a la historia de la ciencia. De hecho, estudió física y trabajó durante un tiempo dentro de esa disciplina. Comenzó su doctorado a principios de la década de 1970, con un tema que requería un arduo trabajo en computadoras con tarjetas perforadas, que Pestre ha calificado como una tarea muy monótona. Al mismo tiempo, la cuestión del conocimiento en la sociedad comenzaba a ser muy discutida. De modo que decidió cambiar de disciplina. Mientras daba clases de matemática para ganarse la vida, cursó la carrera de historia. Luego, cuando hubo finalizado, empezó su doctorado sobre la historia de la física en Francia durante el período de entreguerras. Su idea era tomar la física teórica de Francia, en las décadas de 1920 y 1930, y compararla con la de Alemania y la de los Estados Unidos, en el mismo período, para poder comprender qué significaba hacer física en un contexto social o político particular. Eligió ese tema porque ya antes le había llamado mucho la atención que el modo en que se hacía física en Francia era muy distinto al de Alemania, donde se enseñaba la disciplina de forma diferente y donde también se utilizaban otros libros de texto.

En sus obras, Pestre analiza las relaciones entre política, mercados y producción de conocimientos desde un punto de vista históricamente situado.

[1] Centro de Ciencia, Tecnología y Sociedad-Universidad Maimónides (CCTS).

[2] Instituto de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología-Universidad Nacional de Quilmes (IESCT)/Conicet - Centro de Ciencia, Tecnología y Sociedad-Universidad Maimónides (CCTS).

En ese sentido, desarrolló la noción de “regímenes de saberes”. Esta noción discute con las ideas predominantes hasta el momento según las cuales la ciencia, sobre todo antes de la segunda mitad del siglo xx, estaba fuertemente organizada en torno a las disciplinas y a un solo tipo de institución, la universidad. Estudiando el desarrollo de la física en diferentes países, Pestre pudo comenzar a reconocer que, lejos de seguir este patrón simplificado, la ciencia nunca estuvo estructurada de una forma que pueda reducirse al “Modo 1 de producción de conocimientos”, propuesto por Gibbons en 1994. De algún modo, Pestre acusa a estos autores de incurrir ellos mismos en un Modo 1 de producción de conocimientos al describir la ciencia en forma internalista, sin situarla históricamente. Al intentar esto, es decir, al incorporar la mirada histórica en el desarrollo de la ciencia, argumenta Pestre, uno descubre que el Modo 1 ha coexistido siempre con el nuevo modo, “el Modo 2”, caracterizado por Gibbons. Esto vuelve inútil en gran medida esa caracterización puesto que, al coexistir, ambos pasan a formar parte de una misma realidad.

Por el contrario, la noción de regímenes hace de la ciencia una categoría muy dinámica. Este dinamismo es intrínseco, y no depende de externalidades, como en el caso de las ideas de Gibbons. La idea de “régimen” evoca grandes variaciones, cada una de las cuales mantiene cierta coherencia interna pero no reglas estrictas ni predeterminadas. Antes bien, cada régimen es una construcción continua llevada a cabo por una serie de actores, instituciones, valores, normas, economías, políticas y muchos otros elementos que provocan un movimiento de conjunto que solo puede ser descripto conforme a una mirada histórica. Finalmente, la idea de regímenes no puede entenderse sin una correcta y profunda situación local. De este modo, tiempo y lugar se vuelven dos elementos centrales de la descripción que hace Pestre de la historia del conocimiento, dos elementos que lo diferencian, en gran medida, de las perspectivas que él viene a criticar.

En julio de 2010 Dominique Pestre estuvo en Buenos Aires, en la octava edición de las jornadas ESOCITE, oportunidad que aprovechamos para realizarle una entrevista, con el fin de explorar sus ideas y sus críticas hacia el campo de los estudios sociales de la ciencia. A continuación, presentamos la entrevista que le realizamos.

—¿Cómo fue que desarrolló su idea de los “regímenes de conocimiento”?

Cuando ingresé al CNRS,^[3] era probablemente el primer historiador en hacer historia de la física. En Francia, la historia de la ciencia era territorio

[3] Centre National de la Recherche Scientifique (Centro nacional de investigación científica, Francia).

de los filósofos. Luego fui a hacer mi posdoctorado a Ginebra, escribiendo la historia del CERN^[4] junto con historiadores británicos de la ciencia. A comienzos de la década de 1980, aparte de Bruno Latour en Francia y Karin Knorr-Cetina en Alemania, todo el resto de los estudios sociales del conocimiento era británico. De modo que cuando regresé del CERN, ya conocía bastante bien los estudios sociales del conocimiento.

Conocí a Bruno Latour en 1983, cuando él recién había publicado su libro sobre Pasteur, y se convirtió en otro entrenamiento para mí. Entre 1985 y 1995, me dediqué básicamente a investigar la historia de la física. Pero también tenía en Francia muchos alumnos que comenzaban a trabajar con cuestiones históricas pero empleando herramientas conceptuales de los estudios sociales del conocimiento, mezclando esas herramientas con lo que yo conocía mejor, con la historia política de las ciencias.

Luego fui desplazándome más y más hacia cuestiones teóricas, y comencé a publicar artículos y libros teóricos. Entonces, en 1997, fui reclutado por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales, donde comencé a impartir un seminario. Allí comencé a preguntarme cómo podíamos concebir, desde el siglo xviii, los diversos regímenes de producción de conocimiento, de producción de ciencia, de producción de tecnología, de regulación. Desarrollé esto junto con otra gente; los principales colaboradores fueron Amy Dahan (es una matemática que trabajó en historia de las matemáticas y en modelizaciones), Jean-Paul Gaudillière (que se ocupa más bien de la biomedicina), Christophe Bonneuil, Nathalie Jas y otra gente. Teníamos una perspectiva de largo plazo. No nos interesaban tanto los procesos de decisión, sino más bien una larga serie de decisiones y el modo en que se implementaban o no. Lo que es importante, en el largo plazo, es el modo en que se hacen las cosas.

Por ejemplo, si tomamos el trabajo de Nathalie Jas sobre los pesticidas desde comienzos del siglo xx, nos encontramos con muchas agencias y expertos trabajando en la regulación de los pesticidas. El arsénico, por ejemplo, es un pesticida muy eficiente, pero también afecta a los seres humanos, de modo que es necesario tener una regulación: usarlo de determinada manera, almacenarlo de modo independiente, aislado del resto, usarlo con máscara, solo durante determinado tiempo en un mes. Pero al ver cómo se usa de hecho en las granjas, resulta que esto nunca se cumple. Al poner esto dentro de una amplia perspectiva, podemos ver formas de producción y formas de regulación, en lo que llamamos regímenes de conocimiento.

[4] Conseil Européen pour la Recherche Nucléaire (Consejo Europeo para la Investigación Nuclear).

—¿Cuáles son los vínculos entre el concepto de “regímenes de saberes” y las nociones de Modo 1 y Modo 2 de producción de conocimiento?

La primera conferencia que organizaron Nowotny y otros en Europa fue alrededor de 1993 o 1994 en Viena.^[5] Esa fue la primera vez que oí hablar de ese tema. Para un historiador, cuando se le dice “ahora estás en el Modo 2, y antes de eso estaba el Modo 1”... eso no tiene sentido. Es obvio que había múltiples modos antes, y no uno solo. Además, el modo en que describen el Modo 1 es muy poco realista en términos históricos. No es que haya carecido de importancia para mí; fue una gran experiencia leer ese libro, pero históricamente no era nada convincente.

La noción de “Modo 1 y Modo 2” probablemente jugó un rol en la reformulación que hicimos en términos de “regímenes”; aunque no se trata de dos regímenes, sino de muchos regímenes, que además se superponen en el tiempo, etcétera.

Recuerdo que en esa conferencia de Viena señalé que Buffon, en el siglo XVIII, no era Modo 1, ya era otra cosa, estaba trabajando para la marina. Cuando Buffon analizaba los grandes árboles, no lo hacía simplemente porque le gustaban los árboles, sino porque trabajaba para la marina, y se necesitaban grandes árboles para construir barcos. Tampoco era Modo 1 lo que sucedía con el álcali en el siglo XVIII en Francia; que esos químicos estaban en la academia, pero que también había empresarios, que había una industria vinculada al Estado, muy cercana a Napoleón. Todo eso, obviamente, no era Modo 1.

Lo interesante era comparar ese momento con lo que ocurría a fines del siglo XIX, durante la Guerra Fría, y ahora. Pero desde sus orígenes, la ciencia siempre ha tenido vínculos con poderes. Siempre se ha vinculado con la producción, con políticos, con militares, siempre ha sido así. Es interesante ver como ha cambiado con el tiempo, pero no porque antes estuviera el Modo 1, sino porque era otro modo de articulación entre formas de producción, formas de regulación legal, formas de experticia, formas de regulación administrativa, etcétera.

[5] Se refiere a los trabajos desarrollados por Nowotny, Gibbons y otros, acerca de la idea de que la sociedad contemporánea se caracterizaría por un determinado modo general de producción de conocimiento, al que denominan “Modo 2”, y que se caracterizaría por un fuerte vínculo entre la academia, la industria y el Estado. Esta sería una de las diferencias con el “Modo 1”, el cual habría reinado anteriormente, a través de una separación más tajante entre estas esferas.

—Esto alude a la trayectoria de los “regímenes de saberes” a los largo del tiempo. Pero, ¿qué ocurre con la simultaneidad de regímenes de saberes, cómo se da su coexistencia, tienen alguna relación con las disciplinas?

Lo que nos interesa es ver cuáles son, en determinado momento, las formas del conocimiento, de la ciencia, de la tecnología, de los tecnoproductos o lo que sea, cómo son producidos, dónde. Nunca es de una sola manera.

Si tomamos, por ejemplo, los comienzos del siglo XX, resulta completamente diferente lo que ocurre con la agronomía, de lo que ocurre con las ciencias de los materiales o con los comienzos de la física nuclear. El comienzo de la radioactividad como campo científico es un tipo de ciencia básica. Pero al mismo tiempo, la gente que trabajaba con materiales podía tener vínculos muy directos con la industria. El modo de regular los productos era muy distinto para los pesticidas que para la radioactividad. Nunca es solo un régimen.

No miramos esas cosas en términos de disciplinas, sino como una situación tecno-científica. En los comienzos de la radioactividad, los Curie estaban trabajando con médicos, y también estaban construyendo la industria química de la radioactividad en Francia, porque eran los únicos que tenían la experticia. Claro que había gente interesada en hacer productos radioactivos para tener trazas en medicina, para curar el cáncer, etc. Antes de que hubieran terminado su trabajo sobre el radio, ya estaban trabajando para la industria química.

—La idea de “regímenes de conocimiento” implica entonces una gran carga histórica. ¿Pero cómo aplicar eso en América Latina, si nuestra ciencia y nuestra industria no tienen tanta historia?

No creo que sea una cuestión de tener una historia más larga. La cuestión es cómo definir los tópicos. Si tuviera el tiempo pasaría dos años en Brasil y haría una historia de los regímenes de conocimiento, ciencia, tecnología, producción y regulación en Brasil desde comienzos del siglo XIX. Porque había formas de conocimiento, formas de ciencia, uno puede preguntarse cuál es el régimen de producción de saberes a mediados del siglo XIX en Río de Janeiro. A comienzos del siglo XX había un claro régimen para la física, para el conocimiento astronómico, para las vacunas, para la biomedicina, etcétera.

Creo que la diferencia está en las categorías que usamos. Probablemente, para los historiadores sean categorías interesantes para analizar largos períodos de tiempo (para entender qué significaba hacer ciencia, tener producción tecnológica, innovar), porque son lo suficientemente macro y distantes para ver diferentes períodos en los que hay diferentes regímenes. Pero

cuando discuto en Francia que son más bien politólogos o sociólogos, como Terry Shinn, no necesariamente utilizan estas nociones para describir regímenes, sino para lo que sociólogos y politólogos hacen. Ahí probablemente puedan encontrarse diferencias, no en el hecho de que la historia sea diferente en Europa y aquí.

—*Un uso apropiado del concepto de “régimen de producción de saberes” parece necesitar de una gran cantidad de datos, de elementos históricos que le den forma al concepto.*

En realidad, soy básicamente un historiador, y como tal estoy más interesado en comprender situaciones que en hacer una teoría rigurosa, por lo que este concepto quizás sea blando. Cuando discuto con filósofos o sociólogos, pueden ver lo interesante que resulta el modo en que uso esta noción, pero al mismo tiempo pueden considerarlo poco riguroso. Siempre es complicado; en todo caso, yo lo utilizo como un concepto muy blando.

Voy a dar un ejemplo de cómo trabajo. Uno de mis estudiantes comenzó conmigo en 2003, un momento en que en Francia hacía furor la “sociedad del riesgo” y la referencia a Ulrich Beck. La “sociedad del riesgo” estaba muy a la moda, todo era “riesgo”. Lo que sugerí entonces es que si queríamos comprender en qué sentido somos una “sociedad del riesgo”, si queríamos comprender cuál es el sentido histórico y cultural detrás de ese concepto, debíamos preguntarnos si podíamos escribir una historia del desarrollo de la ciencia y la tecnología a fines del siglo XVIII o comienzos del siglo XIX, hace doscientos años. ¿Podíamos escribir la historia de esos momentos como si ya fuera una sociedad del riesgo?

Hay que ser realista, no se trata de decir “sí lo es” o “no lo es”. Se parte de describir a la sociedad del riesgo de determinado modo. ¿Puedo usar ese concepto para describir algo doscientos años atrás? Si lo haces descubres que sí es posible. Descubres que todas las historias sobre ese período están escritas como una historia heroica y progresiva, y empiezas escribiendo otro tipo de historia. La gente escribió la historia de ese período, sobre la química y los inicios de la industria, sin mirar la cuestión del riesgo. O bien, miraron la cuestión del riesgo como lo hacía la gente a fines del siglo XIX. Entonces, puedes escribir otra historia. Lo que vimos, por ejemplo, es que alrededor de Marsella, en el sur de Francia, había un montón de grandes fábricas desarrollando álcalis y ácidos. Se puede describir el modo en que la gente reaccionaba a eso. Lo hacían exactamente como la gente reacciona ahora ante los OGM.^[6] La gente consideraba que esas plantas estaban

[6] Organismos genéticamente modificados.

destruyendo su ambiente. Debido a las emanaciones de gases, los árboles eran destruidos a kilómetros a la redonda. Claro que la gente se quejaba. Se comenzaron a realizar estudios epidemiológicos, hubo médicos que empezaron a asociar los problemas de salud de los niños con los gases. También estaban los grandes propietarios de tierras que producían aceite de oliva y otras cosas, que también se quejaban. Había conflictos judiciales. La Corte debía decidir sobre el mismo tipo de cuestiones que hoy en día, debía determinar si aquellos gases eran responsables de la mala condición que presentaban los olivos. Es decir, uno podría describir esa sociedad que circulaba alrededor de las primeras fábricas a fines del siglo XVIII, del mismo modo en que uno podría describir un conflicto con cualquier fábrica hoy en día en India, Francia o Argentina. Lo que ello te demuestra es que a partir de allí podemos empezar a ver qué hay de similar y qué hay de diferente con la situación actual, y entonces podemos discutir por qué ahora lo llamamos “sociedad del riesgo” cuando antes no se llamaba así.

Se trata entonces de una herramienta heurística. ¿Cuál es el régimen de producción? ¿Qué tipos de crítica había? ¿Qué consecuencias había para el Estado? ¿Cómo reaccionaba el Estado? ¿Cómo reaccionaban los empresarios? La gente podía ir a la Corte y quejarse, y la Corte podía cerrar la fábrica. Pero los empresarios y el Estado no querían cerrar fábricas, pues había una competencia internacional, los británicos tenían sus plantas. Los argumentos eran los mismos que ahora. En esa época, había un complejo estatal científico-industrial-militar. La gente que estaba en la academia al mismo tiempo eran grandes empresarios químicos, uno de ellos era incluso Ministro del Interior. La gente se quejaba, había mucho dinero invertido en esas fábricas, se quería controlar el riesgo financiero. Era la invención de cómo lidiar con el progreso. No son preguntas nuevas.

Como historiadores, podemos ver que nunca es lo mismo, pero nunca es tan nuevo tampoco. Entonces comenzamos a redefinir qué entendemos por “sociedad del riesgo”.

—*Pero Beck parece considerar que en la actualidad los objetos científicos y tecnológicos son radicalmente distintos del pasado. Que la ingeniería genética y la energía nuclear serían inherentemente riesgosas, y por lo tanto, para él, hay un quiebre radical con el pasado.*

Sí, pero si él cree eso, es su problema. No quiero sugerir que lo que Beck dice no sea interesante. “Estamos viviendo en una sociedad del riesgo”... ¿qué es eso? Hay algo de poco creíble en eso; es interesante, pero demasiado simple. Diría que es heurísticamente interesante, pero al mismo tiempo es una nueva ideología. Como historiadores, sabemos cómo lidiar con eso.

Transportar todo eso a otros tiempos y desplegar una comparación, y las cosas se presentan de un modo más rico.

Leer a Beck fue muy importante. Como lo fue leer a Nowotny y a Gibbons. Pero para mí, era importante porque ofrecía nuevas preguntas. No me interesaban las soluciones que proponían –Modo 1 y Modo 2, o que las nuevas tecnologías son esencialmente distintas– no creo demasiado en esas cosas. Pero sus nociones nos forzaban a reescribir la historia de un modo diferente.

Puedes decir que la cuestión nuclear es inherentemente diferente porque la radioactividad durará por siempre; y que no se puede contar con seguros apropiados, porque el riesgo es muy pequeño, ni siquiera es calculable, pero que si ocurre algo las consecuencias serán enormes. Todo eso es cierto de alguna manera. Pero con las fábricas químicas de aquella época, en otra escala, la gente consideraba que el riesgo de una explosión era mínimo, pero que aun así era muy peligroso...

Por ejemplo, las ciudades comenzaron a iluminarse hacia 1820 –Londres y París, en particular– a través del gas. ¿Cómo era una planta para producir gas para iluminar eso? Era como un edificio de cinco pisos, enorme, y en su momento querían ubicarlo en el medio de París. Una planta de gas tan grande, en el medio de París, eso huele, la gente se queja. ¿Y qué pasa si explota...? Entonces, ¿era tan distinto a la energía nuclear? Era 1820, pero cuando uno observa los modos en que la gente describía eso, no parece tan distinto de lo que la gente se queja ahora sobre las plantas nucleares.

No estoy diciendo que sea lo mismo. Uno puede decir que “objetivamente” una planta es más peligrosa que otra. Pero en ese momento, para aquella gente, era un problema enorme.

Beck es importante. Pero para los historiadores, a menudo el modo en que los sociólogos, politólogos, o filósofos, nos cuentan la historia, resulta demasiado acotada en el presente. Nos gustan las ideas que proponen, y al reescribirlas en largos períodos de tiempo podemos iluminar el presente de un modo distinto.

No estoy diciendo que la relación de hoy en día entre la población y el progreso de la ciencia y la tecnología sea el mismo que hace doscientos años. Pero tampoco es que antes la gente confiaba en la ciencia y ahora no. Como dije, a comienzos del siglo XIX la gente alrededor de Marsella desconfiaba muchísimo de la ciencia. No menos que los europeos frente a los OGM en la actualidad. No quiere decir que siempre ha sido igual. La cuestión es que en cualquier época hay un régimen particular de confianza y desconfianza que hay que comprender.

Por ejemplo, probablemente a fines del siglo XVIII alrededor de las nuevas fábricas, en Marsella y otros lugares, había mucha desconfianza en cier-

tas partes de la población. Campesinos, propietarios de tierras y la burguesía tradicional de Aix, Marsella, etc., tenían mucha desconfianza. Porque ese nuevo sistema de producción en masa desde condiciones completamente artificiales –lo que ya lo convertía en una tecnociencia– les generaba desconfianza por muchas razones. Destruía su modo de vida, y esa es una buena razón para rechazar algo. Es decir, si tienes un hermoso castillo en las afueras, con un alto nivel de vida, y de pronto tienes a un tipo produciendo álcali a dos kilómetros, y ya no puedes seguir viviendo allí; tienes una buena razón para quejarte. De modo que, como es usual, el progreso implica al mismo tiempo la destrucción de ciertos modos de vida, y la gente que es afectada protesta. Pero también produce ventajas para otros sectores de la población, y estos están a favor del progreso. Entonces, lo que hay que dilucidar es quién es afectado, quién no lo es, quién se beneficia, quién siente las ventajas del progreso y quién no. Y siempre hay que analizar cómo eso está articulado. Pero siempre ha sido así. Cuando hoy decimos que la gente ya no confía en la ciencia, es completamente ridículo.

En California, probablemente como en ningún otro lado, hay un montón de gente absolutamente fanatizada con la modificación genética de todo el organismo. Ellos quieren ser cyborgs. Ellos confían –más que confían– en la ciencia y la tecnología. Bien puede ser que la misma persona desconfíe de otra forma de ciencia vinculada con el medio ambiente. O sea, no es que la gente confíe o desconfíe. Es de acuerdo a quién eres y dónde estás, que ciertas formas de progreso te afectarán positiva, negativa, o neutralmente, y porque eres una persona particular serás más optimista, pesimista, confiada o no. Hay que dar cuenta de esa variedad.

Mi punto es que nunca estuvimos en un Modo 1 y ahora estamos en un Modo 2, ¡eso es ridículo! La forma en que las cosas funcionan no es tan distinta. Los resultados pueden serlo. Por ejemplo, en la Segunda Revolución Industrial, a fines del siglo XIX, con la electricidad, las tecnologías eléctricas, la química, la radio, el telégrafo, etc., aparentemente había una especie de entusiasmo, se podría decir que se sentía una idea de progreso expandida en la sociedad. Eso no quita que había personas que se oponían a determinados productos químicos o lo que fuere. Pero de un modo general había una sensación de progreso, que no había a comienzos del siglo XIX ni ahora. De modo que también se puede ver un régimen fluctuando. Creo que eso es importante describirlo.

Hoy en día, el problema se formula en términos de transformación del cuerpo (¿quiero ser un cyborg?, ¿quiero ser clonado?) y de la Tierra como sistema (ambientalismo, cambio climático). Esas dos cuestiones son muy importantes ahora. No lo eran hace 50 años, no lo eran hace un siglo, no

eran un tema en el 1800. Yo no diría entonces que fuimos de la confianza a la desconfianza. Lo que varía son los modos en que se formulan los problemas, las escalas en las que son formulados en la esfera pública.

—*En un régimen de producción de saberes se ven involucrados diversos elementos, tales como prácticas científicas, valores, normas y regulaciones políticas. ¿Hay algún aspecto que sea más determinante que otro en la construcción del conocimiento científico? ¿Son las relaciones económicas más importantes en la definición de un régimen de saberes? ¿O quizás la propiedad intelectual? ¿O todos los aspectos se encuentran al mismo nivel?*

Diría que no es posible responder a esa pregunta en términos generales. Podría intentar sintetizar los determinantes clave del régimen en el que nos encontramos ahora, que comenzó hace unas tres o cuatro décadas. Probablemente, en términos económicos, la reafirmación del neoliberalismo es un elemento importante, porque transformó la escala del régimen. Estamos en un nivel de integración muy alto en el ámbito planetario, en relación al comercio. Eso es un elemento importante en este contexto particular. No quiere decir que nunca antes haya pasado, pues hacia el 1800 ya teníamos una primera globalización. O debería decir una segunda globalización, porque la primera fue en el siglo XVI. Es decir que probablemente estemos en la tercera ola de la globalización, que está relacionada con la apertura de los mercados, no con los imperios. La segunda sí estaba vinculada a los imperios —al francés, al británico, etc. Esa integración es un elemento importante, pero no se puede decir que siempre sea un elemento dominante, hay que ver otras cuestiones.

Por ejemplo, el modo en que la ciencia y la tecnología producen cosas, es algo importante en sí mismo. En la actualidad, con las ciencias de la computación podemos disponer de enormes simulaciones, es algo que antes era imposible de hacer. Cuando yo estaba haciendo mi doctorado en física no había computadoras. Las que había se usaban con tarjetas perforadas. Para hacer funcionar un pequeño programa se necesitaban días enteros y un montón de tarjetas perforadas. Pero ahora es muy distinto. La disponibilidad de esa herramienta, que es una herramienta tecnocientífica, nos permite dictaminar algo, por ejemplo, sobre el cambio climático. Antes era imposible, solo podían decir algo sobre el cambio climático los que trabajaban con esas enormes computadoras; había que creerles o no, pero no había otra forma de considerar eso.

Con la biotecnología de los cuerpos humanos, la idea de que el futuro de la humanidad puede estar en los cyborgs es una realidad. No se puede hacer ahora, pero bien podemos presentir que es una cuestión de décadas.

Pero esa idea era absurda hace tres décadas. Lo que la ciencia y la tecnología permiten hacer puede ser algo decisivo.

No se puede saber de antemano cuál es el elemento decisivo. Hay que ver las cosas y pensar por qué en cada caso se volvieron importantes.

Las computadoras y las biotecnologías son actores fundamentales en la transformación actual, pero no se reduce a eso. Porque el otro lado de la generalización del liberalismo, en términos de mercado, implicó un violento ataque político al Estado: el fin del Estado de bienestar. Como consecuencia, si el Estado se debilita, el modo en que el cuerpo social se organiza debe cambiar, es lo que llamamos la emergencia de la sociedad civil. Eso también es un fenómeno complejo. Podría tratarse de un fenómeno social, técnico, político, económico, o lo que sea. De alguna manera, eso es lo que intenté explicar en mi libro *Ciencia, dinero y política*, y lo que ahora volví a trabajar en un extenso artículo: qué es lo específico de la actualidad.^[7]

—*En este abordaje que realiza, ¿cómo se involucra el campo de los estudios “ciencia, tecnología y sociedad” (CTS)? ¿Cuál es su relación con ese campo?*

Nunca me sentí parte del campo CTS. Soy un historiador que intenta comprender lo que ocurrió en los últimos doscientos años. No siento que pertenezca a una disciplina, tanto en el sentido de estar disciplinado como de pertenecer a un campo científico.

Me interesa el cuadro general. Lo miro principalmente desde una dimensión tecnocientífica, pero también necesito de otras cosas. De la literatura que intenta dar cuenta de lo que ocurrió en las últimas décadas, del nuevo rol del individuo, de la autoorganización de la sociedad civil, de esos aspectos trato de identificar lo que me interesa para construir el cuadro general.

No conozco el campo CTS en América Latina, pero mi impresión del campo CTS en Estados Unidos y en Europa es que se trata de un campo demasiado estrecho en cuanto al modo de formular problemas, en particular en términos de filosofía política o ciencia política. Creo que el campo CTS tiene una debilidad intrínseca en filosofía política y ciencia política, con nociones, por ejemplo, como la de democracia. Si tomo la noción de “democracia técnica” de mi buen amigo Michel Callon, por ejemplo, no sé qué hacer. Para mí la democracia es un concepto muy complejo, no es solo la idea de que tenemos que participar juntos y debatir, es realmente mucho más complicado que eso.

[7] El artículo al que se refiere es Pestre, D. (2010), “Des sciences et des productions techniques depuis trente ans. Chronique d’une mutation”, *Le Débat*, 3, 160, pp. 115-131.

El otro tipo de debilidad tiene que ver con cierto tipo de repeticiones. Al principio, surgieron los estudios sociales del conocimiento. El campo CTS es posterior, es una invención de los años noventa dentro de los estudios sociales del conocimiento, lo cual está bien, todos reescriben su propia historia. ¿Cuáles eran las fortalezas de los estudios sociales del conocimiento? Mirar las cosas a un nivel micro y antropológico. El programa de los estudios sociales del conocimiento era ver qué es lo que hace que alguien entienda algo de determinada manera, qué significa que algo tenga un determinado sentido para alguien. Para eso, se pueden estudiar las controversias, se puede seguir a los actores, se pueden hacer diversas cosas, que se han constituido en un fantástico conjunto de herramientas. Esa caja de herramientas es realmente fantástica. Pero una vez que se consiguió eso, después de un tiempo (y un tiempo, a esta altura, ya son unas cuatro décadas, pues esto empezó en los años setenta) creo que llegamos a las repeticiones. Estamos demasiado contentos haciendo las mismas cosas. En mi opinión, lo que ha pasado con nuestras sociedades en las últimas décadas amerita ser estudiado como tal. Creo que ahora la ciencia, la tecnología, las tecnociencias y las innovaciones son elementos sumamente decisivos de nuestra modernidad contemporánea. Están relacionados con otros cambios importantes: tercera globalización, nuevos mercados, etc. Para entender esto necesitamos un nuevo tipo de sociología general y un nuevo tipo de filosofía política.

Cada región está impregnada de su situación particular. Lo llamativo del campo CTS en Europa es la enorme importancia que se le da a la “democracia participativa”, a la “democracia técnica” (al estilo Callon), todo eso en Europa es sumamente importante. Creo que eso se debe a las transformaciones políticas en el continente en las últimas dos décadas. El hecho de que la Unión Europea tenga una institución, la Comisión, sin legitimación democrática (sus miembros no son elegidos, como sí lo es, por ejemplo, el presidente de Francia), dio lugar a una intensa búsqueda de legitimidad de esas instituciones. Fue precisamente la Comisión la que propició el giro participativo en los noventa, a través de la creación de comisiones de expertos, para construir una sociedad con democracia participativa y verdadera legitimidad. Eso no es independiente del contexto político de Europa. Si ese tema es importante en el campo CTS, es debido a Europa. Porque no es tan importante en los Estados Unidos, allí hay otros temas más importantes, como la comercialización de la ciencia, lo cual se vincula al contexto de los Estados Unidos. Si uno toma a los estudios sociales de la ciencia como síntoma, uno observa que las cuestiones políticas no aparecen, son completamente marginales. La impresión que tengo de América Latina es que el debate deviene mucho más fácilmente político, aquí hay muchos tópicos impregnados por amplias cuestiones políticas.

JUAN PABLO ZABALA, LA ENFERMEDAD DE CHAGAS EN ARGENTINA. INVESTIGACIÓN CIENTÍFICA, PROBLEMAS SOCIALES Y POLÍTICAS SANITARIAS, BERNAL, UNIVERSIDAD NACIONAL DE QUILMES, 2010, 360 PÁGINAS

Gabriela Mijal Bortz^[1]

La enfermedad de Chagas afecta actualmente a dos millones y medio de personas en la Argentina y a ocho millones en América Latina. Es causada por el parásito *Trypanosoma cruzi*, capaz de ocasionar una serie de lesiones en el corazón, aparato digestivo o el sistema nervioso de los infectados y puede llegar a provocar la muerte. Su principal vía de contagio es a través de la vinchuca (en Brasil, *barbeiro*), insecto que anida en las paredes y techos de los ranchos. Se trata, en esencia, de una “enfermedad de la pobreza”, en la medida que su reproducción se haya asociada a condiciones materiales deficitarias de vivienda, alimentación, escasez de información y falta de servicios sanitarios.

Uno de los principales problemas de la enfermedad de Chagas es ser considerada una “enfermedad negada”. Esto se debe a la falta de síntomas externos, el bajo porcentaje de personas infectadas que derivan en la enfermedad, la falta de información y la naturalización del problema, por parte de la población, allí donde la enfermedad es endémica, la tendencia de los infectados a ocultar la situación para evitar sufrir discriminación laboral y la falta de interés de los laboratorios por desarrollar nuevos tratamientos para la enfermedad por el escaso poder adquisitivo de los enfermos.

A pesar de esta condición de “enfermedad negada”, la investigación en Chagas en Argentina se remonta hasta comienzos del siglo xx y, sobre todo en los últimos treinta años, ha recibido creciente atención por parte de los investigadores del círculo biomédico, quienes han permitido la inserción de la enfermedad en círculos de prestigio en el país, asegurando posibilidades

[1] Instituto de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología, Universidad Nacional de Quilmes. Correo electrónico: <gbortz@unq.edu.ar>.

para la reproducción de la investigación (condiciones de trabajo, financiamiento, becas, conexiones internacionales). La investigación en Chagas en las últimas décadas muestra el desplazamiento del objetivo de desarrollo de drogas y vacunas por la producción de conocimiento básico manteniendo la utilización discursiva del primero para reafirmar la legitimidad del Chagas como objeto de investigación científica.

Desde el plano cognitivo podemos preguntarnos: ¿cómo un conjunto de fenómenos dispersos, que hasta cierto momento permanecía desconocido, se transforma –y retransforma– en un objeto de investigación científica con entidad ontológica, observable y manipulable? Y desde el plano socio-político, ¿cómo pasa la enfermedad a tener “realidad” como problema social?, ¿qué lugar ocupa en la agenda política y en la agenda de política científica y tecnológica?

En el libro que nos ocupa, Juan Pablo Zabala estudia la dinámica de un mundo indisociablemente social y cognitivo que surge, se define y redefine en el horizonte de una trama en la que interactúan elementos heterogéneos: investigaciones, médicos, conocimientos científicos, centros de investigación internacionales, instituciones, redes, funcionarios y políticas públicas. Se muestra cómo la trayectoria de la enfermedad de Chagas estuvo fuertemente ligada a los contextos políticos e institucionales a los que pertenecían los actores que impulsaron su reconocimiento, a las disciplinas científicas que se erigieron en cada momento como las principales productoras de conocimiento (y las formas de intervención en ellos implicadas), a las circunstancias políticas (cambios de gobierno, golpes de Estado y persecuciones políticas) y a las iniciativas surgidas en el plano internacional.

La enfermedad de Chagas en Argentina presenta así un relato histórico y sociológico en cuyas etapas se entrelazan tres niveles principales de análisis: *a)* la conformación de un objeto epistémico y la producción del conocimiento científico (¿cómo se construyen el objeto y los problemas de investigación?); *b)* el modo en el que el conocimiento científico participa de las instancias de intervención sobre la enfermedad (¿qué tipo de soluciones se proponen en función del problema?); y *c)* la forma en que los resultados de la investigación científica participan de la definición de la enfermedad como problema social y sanitario, y cómo estas definiciones, a su vez, condicionan las estrategias de intervención sobre la sociedad. A través del estudio de caso y la imbricación de estos tres niveles a lo largo de las distintas épocas, el libro de Zabala llama a la reflexión sobre la utilidad social de la ciencia y la orientación de las políticas científicas y tecnológicas a nivel nacional.

En la trayectoria delineada por Zabala podemos identificar un primer período de construcción o definición de la enfermedad, donde los principales

actores involucrados fueron un grupo reducido de científicos interesados en develar los vínculos entre el agente patógeno y un conjunto de síntomas clínicos (capítulos II y III). En esta fase, se distingue un primer momento de identificación del agente causal (el parásito), del vector y de una serie de manifestaciones clínicas por parte de Carlos Chagas. La pertenencia institucional de Chagas al Instituto Oswaldo Cruz de Río de Janeiro, su formación en protozoología y la inserción del instituto en amplias redes internacionales de investigación en Medicina tropical, otorgó gran visibilidad y prestigio al trabajo de Chagas y capacidad de incidir en las políticas sanitarias de la época. Luego de una década de cuestionamiento de los argumentos de Chagas, en Argentina el interés resurgió a mediados de la década de 1920 con la Misión de Estudios de Patología Regional Argentina (MEPRA), encomendada a Salvador Mazza. En este segundo momento, bajo el paradigma de la microbiología, se produjo la sistematización de la enfermedad en su etapa aguda, la definición del cuadro clínico y la identificación de la inflamación del ojo (“signo de Romana”) para el diagnóstico por la comunidad médica no especialista. Esto permitió redefinir algunos de los aspectos de la enfermedad que estaban en estado controversial y el ingreso –aunque de modo incipiente– del Chagas en el mapa de intereses de la comunidad médica y de la salud pública del país.

El autor identifica entre 1940 y 1960 un segundo período a partir del reconocimiento del Chagas como problema relevante sanitario y social (capítulos IV y V). En esta fase se involucraron nuevos actores (sobre todo, funcionarios y *policy makers*, entre los cuales se destaca la figura de Ramón Carrillo) que incorporaron nuevas prácticas de intervención y una nueva concepción de la enfermedad, ahora como enfermedad cardíaca crónica de gran extensión epidémica, en un primer momento solo rural y luego, con los movimientos migratorios internos, también urbana. A nivel político, esta época implicó nuevas lógicas de actuación a partir de la instrumentación de medidas de tipo sanitarista y de combate a enfermedades infecciosas, la creación de nuevos espacios institucionales, dedicados a la identificación, medición, diagnóstico y control de la transmisión, lo cual se evidencia en el plano institucional con la creación del Servicio Nacional de Profilaxis contra la Enfermedad de Chagas –luego Instituto Nacional de Parasitología Dr. Mario Fatale Chaben– y el Programa Nacional de Chagas dedicado a la fumigación de viviendas rurales.

Finalmente, a partir de la década de 1970, Zabala distingue un tercer período en el cual se estabilizaron las políticas de intervención y el tema fue retomado por nuevos actores, investigadores biomédicos ligados a la investigación básica, fundamentalmente en el campo de la bioquímica,

la inmunología y la biología molecular (capítulos VI y VII). En el plano cognitivo, la enfermedad se insertó en círculos de prestigio en el país, lo cual aseguró las posibilidades para la reproducción de la investigación. En este escenario, la investigación científica dejó de estar orientada a brindar herramientas técnicas para el diagnóstico y cuantificación de la enfermedad y se convirtió en una herramienta de intervención legítima sobre esta, con el fin de desarrollar drogas o vacunas. Sin embargo, con el creciente estímulo a la investigación básica este objetivo fue desplazado, se produjo un retroceso de la importancia de la enfermedad en las políticas públicas nacionales y el debilitamiento de las instituciones dedicadas a la intervención sobre la enfermedad.

Como sostienen Shapin y Schaffer (2005), “las soluciones al problema del conocimiento están incorporadas en las soluciones prácticas dadas al orden social y diferentes soluciones prácticas al problema del orden social involucran soluciones prácticas distintas al problema del conocimiento”. Del mismo modo, para Zabala la producción de conocimientos y la elección de ciertas prácticas de intervención sobre los problemas sociales son procesos estrechamente vinculados: tanto la disponibilidad de ciertos conocimientos prefigura ciertas políticas de intervención como la imposición de ciertas líneas políticas condiciona la producción de conocimiento. El autor se enmarca en una tradición de trabajos de la sociología e historia de la ciencia y la tecnología, recurriendo para el análisis a una triangulación de conceptos y herramientas heurísticas provenientes tanto de la corriente constructivista como del enfoque de la sociología de la ciencia neoinstitucional.

Desde el constructivismo, Zabala traza un recorrido por los sentidos que distintos grupos sociales relevantes atribuyeron a la enfermedad de Chagas como problema (cognitivo y social) y las acciones de intervención que se llevaron a cabo a partir de la consideración de la inserción de los diversos actores en distintos marcos tecnológicos. Ello implicó, por un lado, negociaciones de sentido entre actores en la fabricación del Chagas como entidad mórbida, como objeto de salud pública y como tema de investigación científica y, por el otro, la existencia a lo largo del tiempo de distintas relaciones problema-solución: los distintos tipos de intervenciones sobre el Chagas se sustentaban sobre distintos modos de reconocimiento y representación del problema, originados, a su vez, en las dimensiones sociales y tecnocognitivas del objeto epistémico. Así, Zabala muestra cómo, a lo largo del siglo XX, se generaron cambios en la identificación de los síntomas atribuidos a la enfermedad, las formas de diagnóstico, el tipo de actores involucrados, los espacios de producción de conocimientos, la

consideración de los enfermos y el tipo de instituciones y disciplinas dedicadas a su atención.

Por el otro lado, para poder comprender cómo se estructuraron las relaciones entre la producción de conocimientos y el reconocimiento e intervención sobre los problemas sociales, desde la sociología de la ciencia neoinstitucional, el texto da cuenta de la especificidad de las prácticas de investigación, sus restricciones y condicionamientos específicos. Así, una de las principales dimensiones de análisis es el marco disciplinario en el cual se producen los conocimientos. Para esto, Zabala retoma la noción de “cultura científica” de Terry Shinn para dar cuenta de la existencia de subculturas sustentadas en las disciplinas que definen, en su interior, un conjunto de operaciones que incidieron en la forma en la que los científicos (parasitólogos, microbiólogos, entomólogos, inmunólogos, bioquímicos, biólogos moleculares) constituyeron su problema de investigación, se formularon preguntas, produjeron conocimiento y construyeron el problema social. La segunda dimensión es el marco institucional en el que se desarrollaron las actividades científicas, en tanto condicionó las posibilidades de producción del conocimiento científico, su contenido, el desenvolvimiento de las trayectorias individuales, la vinculación con redes institucionales de producción de conocimientos y la participación de los actores científicos en espacios de toma de decisiones políticas (y viceversa, de actores políticos en las decisiones sobre la orientación de la producción científica).

De este modo, Zabala capta la complejidad de la construcción de la biografía de la enfermedad de Chagas como “cosa epistémica”, como problema social y como objeto de intervención al abordar la imbricación de distintos niveles: *a)* procesos de conformación de representaciones, objetos epistémicos y producción de conocimientos científicos, *b)* modo en el que los procesos de decisión política operaron sobre las distintas representaciones de los hechos en cada momento histórico, *c)* modo en el que el conocimiento científico participó de las instancias de intervención sobre la enfermedad, y *d)* las interacciones entre actores, grupos e instituciones que llevaron a la aceptación y estabilización de ciertas representaciones en detrimento de otras y a la asignación de recursos hacia ciertas formas de intervención y no a otras.

La enfermedad de Chagas en Argentina recupera la trayectoria científica, conceptual, institucional, social y política de la enfermedad. Ahora bien, ¿qué lecciones podemos extraer del caso del Chagas? ¿Cómo contribuye esta investigación a la reflexión sobre la orientación de la política científica y tecnológica nacional?

A través de las diversas etapas y a pesar de las múltiples (re)definiciones de la enfermedad (a nivel biológico, epidemiológico, económico,

científico y social), hay tres elementos que persisten: la consideración de la enfermedad como “problema social” a nivel político, la participación de los científicos en la definición de dichos procesos y la condición de pobreza intrínseca de las personas infectadas por el parásito. En relación a este último punto, y a pesar de la pluralidad de actores heterogéneos que han cargado de significado y construido las diversas representaciones de la enfermedad, en esta historia se observa un gran ausente: los enfermos. Hasta ahora, la población afectada por la enfermedad de Chagas no se ha constituido como un grupo social relevante del proceso de lucha contra la enfermedad, sus necesidades han sido siempre traducidas por otros actores (Kreimer y Zabala, 2006).

El texto de Juan Pablo Zabala nos permite interrogarnos, por un lado, por las razones por las cuales la erradicación del Chagas no se ha convertido aún en un problema científico-tecnológico estratégico para el desarrollo nacional, incluso a pesar de existir capacidades científicas, tecnológicas y productivas para ello. La última convocatoria financiada por el Ministerio de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva, en el marco de los Fondos Nacionales Sectoriales, ha destinado fondos para el desarrollo de nuevos kits diagnósticos para la enfermedad, sin embargo no se ha dispuesto aún financiamiento para I+D en drogas y vacunas para infectados y poblaciones en riesgo, con miras a la erradicación de la enfermedad del país. Por el otro lado, el libro muestra que en las últimas décadas la investigación científica ha desplazado el problema social en busca del objeto científico. Sin embargo, ¿cuáles son las posibilidades para el desarrollo de una agenda de investigación local que se oriente a la resolución de problemas y necesidades sociales si los mecanismos locales de evaluación, ascenso en la carrera científica y asignación de fondos de investigación se guían mayoritariamente por parámetros y agendas internacionales?

La enfermedad de Chagas en Argentina. Investigación científica, problemas sociales y políticas sanitarias de Juan Pablo Zabala presenta un modelo de análisis que resulta de sumo interés, no solo para el estudio de otras patologías derivadas de la pobreza y prevalentes en Argentina (tuberculosis, dengue, leishmaniasis) sino también, y en un sentido más amplio, para reflexionar acerca de en qué medida podemos orientar la política científica y tecnológica nacional hacia la efectiva resolución de las necesidades y problemas locales, para que el conocimiento producido con fondos públicos sea (en la práctica y no solo discursivamente) conocimiento socialmente útil.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Kreimer, P. y J. P. Zabala (2006), “¿Qué conocimiento y para quién. Problemas sociales, producción y uso social de conocimientos científicos sobre la enfermedad de Chagas en Argentina”, *Redes. Revista de Estudios Sociales de la Ciencia*, 12 (23), Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 49-77.
- Shapin, S. y S. Schaffer (2005), *El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes, Boyle y la vida experimental*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.



KEITH DOUGLASS WARNER, *AGROECOLOGY IN ACTION: EXTENDING ALTERNATIVE AGRICULTURE THROUGH SOCIAL NETWORKS*, CAMBRIDGE, THE MIT PRESS, 2007, 270 PÁGINAS

Sebastián Montaña^[1]

¿Cómo y de dónde viene lo que comemos? Si miramos a nuestro alrededor, una enormidad de signos nos interpelan sobre nuestros hábitos culinarios pero son menos las señales acerca del origen de lo que ingerimos. Algunos de los que se preocuparon por la relación entre alimentación y salud fueron los agroecólogos (Vos, 2000). Ellos, como a menudo los subalternos en cualquier campo, tienen que enfrentar día a día resistencias de distinto tipo para que sus ideas y prácticas ocupen lugar en la vida cotidiana de granjeros y consumidores. Entonces ¿que características presentan y de donde provienen las razones a favor y los obstáculos antiagroecología?

Keith Douglass Warner ofrece una serie de respuestas a esos interrogantes a partir del análisis de un conjunto de casos donde granjeros y otros actores ponen la agroecología en acción. Al mismo tiempo *Agroecology in Action* (una referencia implícita al libro de Bruno Latour, 1999) hace una atractiva y novedosa invitación a explorar la disciplina de la agroecología desde el enfoque de los estudios CTS. Warner apela al modelo de análisis de la ciencia que Latour esboza en *Ciencia en acción*, el “modelo circulatorio”, aunque lo manipula de un modo limitado ya que entre otras cosas integra al análisis el polo de “la naturaleza”. Warner retoma y resignifica la forma de análisis que Margaret Fitz Simmons ha utilizado para su trabajo sobre el desarrollo de la ecología en los Estados Unidos (Fitz Simmons, 2004).

En otro sentido, el trabajo de Warner toma partido por los agroecólogos en un intento de efectuar un aporte desde los estudios CTS al debate sobre la sustentabilidad de los sistemas productivos agrícolas en los Estados

[1] Instituto de Estudios sobre la Ciencia y la Tecnología, Universidad Nacional de Quilmes; becario Conicet. Correo electrónico: <sebamontana@gmail.com>.

Unidos. Por ello *Agroecology in Action* es presentado como heredero de *Silent Spring*, la obra clásica de Rachel Carson (con la que dialoga permanentemente). *Silent Spring* (Carson, 1962) tuvo gran repercusión y constituyó en la década de 1960 una denuncia temprana de las consecuencias del modo de producción industrializado aplicado al sector agrícola. De hecho, el trabajo de Carson tuvo tan amplia acogida que logró proveer argumentos y sustento científico a muchos interesados en cuestiones del medio ambiente que luego generaron desde movimientos sociopolíticos ambientalistas hasta disciplinas académicas e instituciones relacionadas al ambientalismo, a nivel mundial y en los Estados Unidos, en particular.^[2]

Warner analiza en *Agroecology in Action* una serie de casos sobre agroecología como si fueran derivados de la puesta en práctica de la propuesta de Rachel Carson. Los casos seleccionados tienen lugar en los Estados Unidos y principalmente en California. El autor analiza cómo la necesidad de resolver diferentes problemáticas llevó a los productores agroecológicos a generar, en distintas regiones y sistemas productivos, novedosos arreglos socioinstitucionales para la producción agrícola.

En los relatos de esas experiencias, Warner destaca la ligazón entre el impacto del libro de Carson y la disciplina de la agroecología. Muestra que muchos individuos, actualmente partidarios de la agroecología, eran en el pasado parte de grupos que contribuyeron a la creación de la “ecología social”. En ese sentido, también destaca que esos actores participaron de forma protagónica en la construcción *silenciosa* de nuevos modos de ejercicio de la extensión rural. Ello es descrito de forma amena en casos donde técnicos extensionistas crearon espacios en las instituciones públicas y en el ámbito privado para poner en acción modos de respuesta agroecológicos a los requerimientos de los productores.

El libro se estructura en ocho capítulos, en los que presenta puntos problemáticos para la agroecología en acción. Al comienzo de cada capítulo el autor construye una narrativa con la que ofrece una introducción para el lector no especializado en aspectos técnicos clave de las soluciones agroecológicas. De forma general, cada capítulo presenta resultados de varios estudios de caso, propios y ajenos, sobre problemas de producción agropecuaria para los que un grupo de productores elaboraron soluciones agroecológicas.

[2] Numerosos movimientos sociales recogieron e hicieron suyas sus propuestas. Luego, tras un proceso de institucionalización complejo, esos movimientos generaron modificaciones en el nivel de las políticas públicas. Un ejemplo de esa ligazón es la creación de numerosas normativas e instituciones nuevas como la Agencia de Protección Ambiental (Environmental Protection Agency-EPA) en los Estados Unidos (Jamison, 2001; Smith, 2007).

Esas soluciones son analizadas por Warner y contrastadas con las respuestas convencionales que ofrecen las instituciones de ciencia y tecnología del sector agrícola en los Estados Unidos.

En los relatos de las experiencias agroecológicas, Warner presenta una heterogeneidad de actores entre los que se encuentran productores agropecuarios, agentes de extensión, investigadores, funcionarios de universidades e institutos públicos de investigación, el público general o los consumidores y agentes de la sociedad civil. Estos actores son analizados a partir de la conformación de redes agroecológicas. El autor describe el accionar de esas redes y los cambios que promueven al asociarse para *compartir* conocimientos agroecológicos sobre los sistemas de producción.

En ese sentido, en los capítulos I, II y III Warner analiza casos que identifica como respuestas individuales y colectivas a la crisis de ideas desatada por el movimiento ambientalista. Así, son descritas experiencias de productores de peras, almendras y vides que, al enfrentar problemas productivos, generan soluciones imaginativas al margen de los lineamientos de la agricultura convencional. Los problemas y soluciones que los productores ponen en juego generan a su vez originales combinaciones de actores, conocimientos y prácticas. Esos arreglos posibilitan también el surgimiento de entramados organizativos novedosos.

A través de dos casos de pioneros de la agroecología el autor explica que algunos productores agropecuarios toman los problemas en sus manos y consiguen por sus propios medios la colaboración de algunos técnicos e investigadores. Esa asociación produce una reconversión de saberes y capacidades no solo en los productores y técnicos, sino también en varios grupos de actores que se suman a las redes. Para Warner, las alternativas presentadas en la obra resultan ser muy exitosas e incluso logran motivar la utilización de los modelos organizacionales creados en otros lugares y en otros sistemas productivos. Un ejemplo de esos modelos es el *agroecological partnership model* (modelo de asociación agroecológica) generado en California.

El *agroecological partnership model* se presenta en la obra como un ejemplo clave, dado que surgió a partir del rescate y la puesta en práctica de protocolos productivos realizados por un productor aislado de almendros en California. Ese productor había desarrollado unos protocolos de trabajo para su propio emprendimiento que luego fueron reconocidos por otros actores como ambiental y económicamente sustentables.

Pero ¿por qué un productor se involucra en estos problemas? ¿No hay aversión al riesgo de la agroecología? Warner responde a estos interrogantes en el capítulo IV, donde agrega información sobre los motivos de los actores que eligen insertarse en las redes agroecológicas. En ese marco reflexiona

y esquematiza los obstáculos comunes que devienen de la conformación y los objetivos del sistema público de cyt agrícola. En ese sentido asocia la cyt convencional con el modelo socioproductivo hegemónico en el agro, dominado por los intereses de las corporaciones de productores de gran escala. Por ello, para Warner, las respuestas generadas desde las organizaciones de productores agroecológicos a través de las redes se encuentran expresamente enfrentadas a las redes jerarquizadas y poco participativas de la tecnología *mainstream*.

En el capítulo v, Warner continúa el análisis de experiencias concretas de productores y organizaciones pero enfocando en las prácticas y conocimientos generados en las redes agroecológicas que los contienen. En ese sentido, el modo de enseñanza y aprendizaje de prácticas agroecológicas se realiza a través de la generación de eventos de capacitación informal.

En el capítulo vi describe las redes sociales agroecológicas identificadas en los casos y analiza el modo en que son reforzadas por el accionar de una diversidad de actores que interactúan en búsqueda de resolver problemas de producción. Un caso significativo es el de la respuesta desarrollada por un productor ante la resistencia a la aplicación de pesticidas que presentaban algunas plagas, como el gusano de la manzana. Dado que la resistencia desarrollada por la plaga afectaba a varios cultivos de la región, el productor buscó soluciones en el marco del paradigma agroecológico, poniendo en práctica las ideas sobre el manejo integrado de plagas (*Pest Management*). Warner muestra asimismo el juego de interconexiones que se establece para vencer a las plagas; este se realiza a partir de redes preexistentes que son reforzadas y reorientadas hacia nuevos objetivos.

En el capítulo vii el autor presenta a un grupo de actores de Lodi, una región vitivinícola marginal, en California, y describe cómo generan condiciones propicias para el ingreso de su producción al mercado de vinos finos. A partir de este caso, considerado exitoso, el autor tipifica la serie de componentes necesarios que considera que son importantes para que las redes agroecológicas produzcan resultados adecuados, tanto social, como ambiental y económicamente. El caso le permite a Warner argumentar de qué forma los componentes humanos, institucionales (públicos y privados) y cognoscitivos se articulan oportunamente para la construcción de funcionamiento de la vid agroecológica de Lodi.

En el último capítulo, el autor postula una serie de recomendaciones sobre lo que considera el único camino posible a seguir para superar los problemas ambientales provocados por la agricultura moderna. Warner ofrece ese diagnóstico para los Estados Unidos aunque resalta que la forma estándar de resolución de los problemas de alimentación es compartida por

la mayoría de los sistemas agroalimentarios del mundo. Esquemáticamente, presenta una serie de recomendaciones alternativas para funcionarios públicos, instituciones de cyt y universidades para realizar un viraje hacia una agricultura sustentable.

En ese apartado Warner identifica una contradicción entre las recomendaciones sobre la agricultura de las instituciones encargadas de controlar el medio ambiente y las respuestas por parte de la mayoría de las empresas del sistema agroalimentario. Señala que, en ese marco adverso, los agroecólogos están demostrando que otra producción es posible aunque no consigan obtener repercusión pública. En ese sentido, el autor también apunta que las políticas públicas sobre agricultura alternativa poco pueden hacer enfrentadas con el sentido común de la opinión pública sobre el mundo agrícola. En efecto, el mito del campesino familiar norteamericano dificulta el trabajo de los agroecólogos frente a la opinión pública, lo que crea una narrativa que contribuye a encubrir la realidad de la concentración de la producción agropecuaria.

Otro aspecto destacado del libro es la interpelación a las instituciones de cyt públicas. En cada estudio de caso Warner concluye que la participación de las instituciones de cyt del sector agropecuario es lateral, realizada por individuos aislados, en su mayoría provenientes de programas de grado y posgrado surgidos alrededor de las ideas de Rachel Carson y el movimiento ambientalista. Esos actores son portadores de una gran voluntad para enfrentar las orientaciones predominantes del sistema agroalimentario. Por ello es importante potenciar ese modo de involucramiento y la vertiente de pensamiento que lo fundamenta. En efecto, el marco de trabajo para la agricultura alternativa es adverso en los Estados Unidos donde tan solo una docena de *land-grant universities* cuentan con programas de agricultura sustentable.

Warner destaca en su obra que el “aprendizaje social” juega un rol significativo en las experiencias alternativas de agricultura. Para el autor, la agroecología descansa en gran parte en ese intercambio de conocimiento generado y reconvertido en el espacio de la redes. De esa forma, el planteo se acerca a los de la sociedad del aprendizaje y a los análisis de interacción usuario-productor, abogando por el establecimiento de canales comunicativos abiertos y flexibles entre los participantes del hecho innovativo (Oudshoorn y Pinch, 2003; Lundvall et al, 2009a; 2009b). Sobre ese punto, la visión de Warner es muy crítica de las instituciones de ciencia y tecnología del sector agrícola en los Estados Unidos. De hecho, en los casos analizados en el libro, estas instituciones se encuentran en abierta oposición

ción, o incluso relegadas, ante las iniciativas de los productores agroecológicos, quienes aportan las respuestas a los cuellos de botella tecnológicos.

El libro de Warner es una excelente muestra de que los trabajos del campo de los estudios CTS pueden ser politizados. Esto se combina con una investigación empírica rigurosa realizada a lo largo de varios años en los que el autor siguió de cerca al movimiento de la agricultura sustentable en los Estados Unidos. *Agroecology in Action* es un libro recomendable para todos aquellos que buscan desarrollar caminos alternativos en temas de innovación y desarrollo. También ofrece un análisis interesante acerca de los obstáculos comunes que los agroecólogos tienen que enfrentar en el desandar de esos caminos hegemónicos y que pueden ser extrapolables, en su medida, a todos aquellos interesados en hacer políticas de CYT alternativas.

En términos estrictos, la defensa de la agroecología realizada en el libro presenta una paradoja: es tanto su fortaleza como su debilidad, dado que la esencialización de las características de la agroecología, así como de las características del modelo agroindustrial hegemónico limita la capacidad de comprensión de los contextos específicos y los problemas presentados (Vos, 2000). De todas formas, los méritos de *Agroecology in Action* lo convierten en un libro de lectura imprescindible para todos aquellos que desean comprender cómo comemos, por qué producimos lo que comemos de esa forma y qué significado tiene esto en la dinámica de nuestras sociedades.

BIBLIOGRAFÍA

- Carson, R. (1862), *Silent Spring*, Boston, Houghton Miffling [*Primavera silenciosa*, Madrid, Crítica, 2005].
- FitzSimmons, M. y D. Goodman (1998), “Incorporating Nature: Environmental Narratives and the Reproduction of Food”, en Braun, B. y N. Castree (eds.) (1998), *Remaking Reality: Nature at the millennium*, Nueva York, Routledge.
- Jamison, A. (2001), *The Making of Green Knowledge. Environmental Politics and Cultural Transformation*, Cambridge, Cambridge University Press.
- Oudshoorn, N. y T. Pinch (2003), *How users matter: the co-construction of users and technology*, Cambridge, The MIT Press.
- Latour, B. (1999), *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers through Society*, Harvard University Press [*Ciencia en acción*, Barcelona, Labor, 1992].

Lundvall, B-Å, J. Vang y C. Chaminade (2009a), “Innovation system research and developing countries”, en Lundvall, B-Å (ed.), *Handbook of Innovation System and Developing Countries*, Cheltenham, Edward Elgar.

— K. Joseph y C. Chaminade (2009b), “Bridging Innovation System Research and Development Studies: challenges and research opportunities”, 7th Globelics Conference, Dakar, Senegal.

Smith, A. (2007), “Translating sustainabilities between green niches and socio-technical regimes”, *Technology Analysis & Strategic Management*, 19 (4), pp. 427-450.

Vos, T. (2000), “Visions of the Middle Landscape: Organic farming and the politics of nature”, *Agriculture and Human Values*, (17), pp. 245-256.



DIEGO PARENTE, DEL ÓRGANO AL ARTEFACTO. ACERCA DE LA DIMENSIÓN BIOCULTURAL DE LA TÉCNICA, LA PLATA, EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE LA PLATA, 2010, 264 PÁGINAS

Pablo Esteban Rodríguez^[1]

Diego Parente (Mar del Plata, 1975) es doctor en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, docente de la Universidad Nacional de Mar del Plata e investigador asistente del Conicet. Es autor de *Márgenes del lenguaje* (Ediciones Suárez, 2002), editor de *La verdad a 24 cuadros por segundo. Estudios sobre el cine* (Ediciones Suárez, 2005), compilador de *Encrucijadas de la técnica. Ensayos sobre tecnología, sociedad y valores* (Edulp, 2007) y coeditor de *Decir el abismo. Lecturas de Heidegger y su obra de la década del treinta* (EUDEM, 2010). El libro que aquí se reseña, *Del órgano al artefacto*, deriva de su tesis doctoral, defendida en 2007.

Estos datos revelan que Parente, a pesar o quizás en razón de su juventud, ha publicado frondosamente como autor y también como compilador. Un examen de algunos de estos libros permite afirmar que no ha publicado simplemente “por publicar”, por exigencias del sistema científico y académico, sino que hay en ellos sustancia. Estos datos también revelan que durante la elaboración de su tesis, Parente exploró varias líneas temáticas y puntos de contacto de su investigación con otras corrientes de lo que se conoce hoy clásicamente como “la filosofía de la técnica”. Esto es particularmente visible en *Encrucijadas de la técnica*.

Es necesario comentar que Diego Parente, junto a Diego Lawler y Andrés Vaccari, están consolidando en la Argentina, desde hace por lo menos un lustro, un campo de reflexión sobre la filosofía de la técnica a través de diversas publicaciones y de coloquios en los que reúnen a investigadores procedentes de diversas universidades del país y de América Latina.

[1] Docente de la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) e investigador asistente del Conicet con sede en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA). Correo electrónico: <prodriguez@sociales.uba.ar>.

Esta actividad de Parente es fácilmente rastreable en *Del órgano al artefacto*, pues se trata de una obra clara, exhaustiva y actualizada, que dialoga con diversas corrientes de la filosofía de la técnica.

Para quien efectivamente quiera introducirse en esta disciplina, que nació hace poco más de un siglo y cuya consagración institucional tiene 50 años, fundamentalmente en el hemisferio norte, el libro de Parente es en algún punto insustituible. Hay dos grandes orientaciones clásicas de la filosofía de la técnica: la analítica, generalmente de inspiración anglosajona, que está consagrada al estudio de la agencia técnica, de la intencionalidad de los diseñadores, de la funcionalidad y la ontología de los artefactos; y la hermenéutica-fenomenológica, de Europa continental, que privilegia un análisis en términos culturalistas con un fuerte énfasis en la crítica a la sociedad moderna tal como fue perfilándose desde el siglo XIX. Para abordar estas orientaciones y señalar una posible superación de sus problemas, la arquitectura conceptual del libro se traza a partir de cuatro concepciones.

La primera de ellas es la concepción protésica de la técnica, ya trabajada por Parente en *Encrucijadas de la técnica*. Esta concepción responde a la interpretación habitual del mito griego de Prometeo, por la cual el hombre es alguien inmaduro biológicamente que compensa sus déficit a través de prótesis de todo tipo. En esta concepción se puede encontrar a filósofos clásicos como Kant o Herder, a nombres centrales de los inicios de la filosofía de la técnica como Ernst Kapp (siglo XIX) y autores del siglo XX como Marshall McLuhan, Lewis Mumford (aunque este último también pertenecía a otras orientaciones) o Arnold Gehlen, sin dudas el autor principal de esta concepción. La figura de la prótesis establece una relación estrecha entre el órgano y la herramienta y sugiere un conjunto de analogías entre la máquina y el organismo.

Las otras dos concepciones de la técnica corresponden a la clasificación que propuso Andrew Feenberg, uno de los autores más importantes de la filosofía contemporánea de la técnica: por un lado, la concepción instrumentalista, y por el otro la concepción sustantivista, que guarda muchas similitudes con otra clasificación clásica, la de Carl Mitcham, entre una filosofía de la técnica ingenieril y otra de las humanidades. La concepción instrumentalista es sostenida por muchos autores, pero sobre todo por el sentido común, y tiene puntos de contacto con la concepción protésica. Según esta corriente, la técnica es un conjunto de medios, modernamente provistos por la aplicación de la ciencia, cuyos fines ella no decide, por lo cual su carácter es neutral y su realidad heterónoma. La técnica no es otra cosa que un instrumento para solucionar problemas previos que se planteó el hombre.

Este punto de vista, naturalizado y sedimentado como evidente, es el que ataca la concepción sustantivista, que en cierto modo es responsable de la autonomización de la filosofía de la técnica como disciplina específica. Convergen en ella autores fundamentales de la filosofía hermenéutica y existencialista, como José Ortega y Gasset y Martin Heidegger, y del marxismo, como buena parte de la Escuela de Frankfurt (Adorno, Horkheimer, Marcuse) y Jacques Ellul, entre otros. Es cierto que es Heidegger quien ejerció su influjo sobre los demás, y por ello Parente dedica a su obra una parte importante del capítulo sobre los sustantivistas, entre los cuales incluye a Langdon Winner, autor del fundamental *La ballena y el reactor*. La concepción sustantivista señala que la técnica no es neutral (tal como reza aquella ley de la tecnología enunciada por el historiador norteamericano Melvin Kranzberg: “La técnica no es buena ni mala, pero tampoco neutral”), y que ha adquirido suficiente autonomía respecto de las intenciones humanas como para transformarse en una fuerza, o en un sistema, en el que es la propia imagen del hombre la que se pone en juego. Gracias a esta postura ciertamente maximalista, la concepción sustantivista ha logrado desbaratar todo lo que se tiene por evidente acerca de la técnica.

Justamente, a la luz de la concepción sustantivista, las demás pecan en cierto modo de ingenuas. Y a pesar de que Parente intenta ser ecuánime en el examen de las limitaciones de cada una de las concepciones, la sustantivista es la mejor valorada. Según el autor, las concepciones protésica e instrumentalista quedan presas de la vieja noción aristotélica de los objetos técnicos como “esclavos inanimados”. En el caso particular de la concepción protésica, y si bien hay casos claros de proyección artificial de órganos (la grúa por el brazo, la computadora por el cerebro), hay muchos otros que señalan que la técnica crea mundos y lejos está de limitarse a proyectar lo orgánico que el hombre experimenta en su propia corporalidad. Esto también vale para la concepción instrumentalista, toda vez que no siempre está claro, en una invención técnica, a qué necesidad o presión responde; en muchos casos esa necesidad se construye retrospectivamente. Parente propone pensar a la técnica como *Lebensform*, como forma de vida (término tomado de Wittgenstein), lo que la transforma en una totalidad. Por lo demás, las concepciones protésica e instrumentalista pasan por alto la dimensión cultural de los artefactos y sistemas técnicos. Todo ello lo deja, justamente, cerca de la concepción sustantivista de la técnica.

Es en este punto donde el libro de Parente ya no se dirige solo a quienes desean conocer qué es la filosofía de la técnica, sino que interviene activa y agudamente en la discusión de los problemas de la disciplina. Uno de los puntos centrales es la desmitificación de la famosa “racionalidad

instrumental” que presidiría la era actual de la técnica. En los autores de la Escuela de Frankfurt, influidos decisivamente por Heidegger y Weber, la fuerza de la técnica moderna reside en haber entronizado los medios por encima de los fines. Si la técnica, como la acción en la obra de Weber, se caracteriza por la relación entre medios y fines, la racionalidad instrumental desequilibra el vínculo a favor de la definición de los medios según criterios de eficiencia que son, en última instancia, resultado de las formaciones sociales capitalistas. De allí que la crítica de la razón instrumental, tomando el título de una obra de Horkheimer, suponga un rechazo del instrumentalismo y una adhesión al sustantivismo.

A través de una discusión con Diego Lawler y con los filósofos españoles Jesús Vega Encabo y Fernando Broncano, Parente intenta desmontar este sentido común del sustantivismo, quizás tan congelado como el sentido común de la técnica que pretende combatir, y que parte de “una idea pobre” de racionalidad instrumental, según las palabras de Lawler y Miguel Quintanilla. De Vega, Parente asume como sugerente la definición de la racionalidad técnica como una cuestión de astucia, en la que el hombre debe operar en la contingencia de los medios disponibles en función de fines, que a su vez se redefinen por dicha contingencia, en un recorrido que incluye a los mitos griegos (el de Prometeo, desde ya, pero también el de Dédalo y el de Odiseo) y a Hegel y Marx en la famosa “astucia de la razón”. De Broncano, Parente rescata un señalamiento fundamental: siguiendo a Weber, que distinguía una acción racional con arreglo a valores de otra con arreglo a fines (del desplazamiento entre ambas depende, por ejemplo, el impulso que recibió el capitalismo de la ética protestante), es difícilmente pensable que la racionalidad instrumental excluya toda clase de valores, entre otras cosas, porque admite que los medios y los fines disponibles en cada momento histórico son diferentes, y en este caso el “desajuste” entre ambos supondría siempre alguna influencia de algo más que medios entronizados sobre fines siempre iguales.

De todos modos, Parente no está convencido de estas aperturas. Primero, porque la figura de la astucia permanece presa del esquema problema-solución, según el cual la racionalidad técnica consiste simplemente en la solución a un problema previamente dado que está fuera de lo artificial como tal, esto es, que es el hombre quien decide en todo momento los medios y los fines, con lo cual en el fondo se vuelve a caer en el instrumentalismo. Segundo, que haya valores en la razón instrumental no invalida que la denuncia del predominio de dicha razón apunte justamente a la ausencia de los mismos. Es como si se tratara de diálogos de sordos: unos plantean que ya no hay valores más allá de la eficiencia y otros, para refutarlos, dicen

que sí los hay, sin que se avance hacia una posición superadora que integre los argumentos de ambos, hasta ahora destinados a chocar sin cesar por anclarse en un modo de concebir la técnica asociado a una postura filosófica en particular. Tercero, para salir de estas aporías, Parente estima que hay que dar un salto en términos de imaginación: ya no estamos en los tiempos de Aristóteles, no hay hombre consagrado a una *poiesis* o una praxis artesanal, y los medios y los fines no comienzan con cada hombre concreto, sino que todos estamos inmersos en sistemas técnicos, de cada vez mayor complejidad y mayor interpenetración.

Dar este salto implica salir del campo semántico delimitado hasta ahora como “filosofía de la técnica”, buscar nuevos antecedentes para nuevas posiciones y abrirse a otras disciplinas. En este sentido, Parente sigue el camino del ya citado Feenberg, quien desde una reflexión estrictamente frankfurtiana, y recuperando el posicionamiento marxista acerca de la técnica que descuidaron Adorno y compañía, reelabora el problema de la técnica. Comienza por Gilbert Simondon, un filósofo francés contemporáneo de Heidegger que buscó constituir un sistema de pensamiento potente y peculiar, a la vez que rechaza los presupuestos de las concepciones prótesis, instrumentalista y sustantivista.

Al privilegiar la problemática de la técnica como *Lebensform*, como forma de vida, sin dudas Parente se apoya, como se dijo, en una concepción sustantivista. Pero al mismo tiempo, el sustantivismo no puede analizar el cambio histórico, convencido, como está, de que una vez que la técnica moderna se constituye como un “modo de desocultar provocante”, para usar términos heideggerianos, no ocurre nada más que su constante expansión. El repaso de las objeciones a las posiciones sustantivistas le sirve a Parente para observar algo que no por pertenecer al sentido común es menos cierto: la técnica moderna pasa por distintas etapas y los medios, los valores y los fines disponibles no siempre son los mismos, pues de lo contrario nada fundamental habría de diferente entre una máquina de vapor y una computadora, o entre un arado y un teléfono celular. Sostener que, de todos modos, ciertos criterios se mantienen en tanto sigue vigente la alianza entre ciencia, técnica y capitalismo, y que es preciso mantener esta actitud crítica, no debería implicar necesariamente la adhesión sin reservas a la tesis sustantivista.

Para sostener su argumentación, Parente realiza un juego de distancias y cercanías con las concepciones analizadas y dentro de él se hace visible su postura. La parte de verdad de la concepción protésica de la técnica, aquella que inquiriere sobre la relación entre el órgano y la herramienta, es reformulada mediante la extensión de la instrumentalidad y la tecnicidad al

reino animal. Se trata de una operación fundamental, pues en la constitución misma de la filosofía de la técnica subyace la idea de que los fenómenos técnicos son lo propio del hombre, que no habría hombre sin técnica, y algunas controversias del campo se manifestaron en este terreno. A partir del examen de algunos hallazgos de la etología, la zoología y la paleontología, el autor propone una gradación de niveles de instrumentalidad en la que el hombre, sin dudas, ocupa un lugar privilegiado en tanto es capaz de diseñar y proyectar aquello que crea (como razona Marx en la famosa comparación entre la abeja y el arquitecto), pero la técnica en tanto tal ya no es lo que separa los reinos. De este modo, se pueden aceptar las tesis sobre la proyección tecnológica de los órganos sin que esto represente la única explicación de la aparición histórica de la técnica humana.

En lo que tiene que ver con el equilibrio que quiere establecer entre las concepciones instrumentalista y sustantivista de la técnica, Parente extrae del diseño como lo propiamente humano la necesidad de pensar la ontología de los artefactos, que supera el plano de la comparación entre el órgano y la herramienta. El diseño supone que el artefacto tiene una función para la que fue creado y, efectivamente, desde ese punto de vista, es posible juzgar si aporta una solución a un problema dado con anterioridad. La eficacia, la eficiencia, la factibilidad, la fiabilidad y la capacidad de control son valores internos de los artefactos que es inútil soslayar. Dicho de otro modo, el artefacto es en ciertos aspectos un instrumento, aunque Parente aclara enseguida que ello no significa postular su neutralidad, entre otras cosas, porque cada nuevo artefacto instala una panoplia de posibilidades: medios, fines, problemas y soluciones que no existían antes y que confirman que la técnica se constituye en medio ambiente de lo humano. Es mérito de la filosofía analítica de la técnica, según el autor, estudiar la ontología interna de los artefactos.

Ahora bien, cualquier artefacto útil responde, en su diseño, a criterios sociales amplios, desde lo estético a lo ético pasando por lo religioso, que no tienen que ver con la funcionalidad derivada de su carácter instrumental. Los artefactos en el mundo humano forman parte de una herencia cultural y a la vez, como se dijo, constituyen un mundo; razón de más, entonces, para incluir dentro del esquema problemas-soluciones la cuestión simbólica, generalmente ausente en la problemática de la funcionalidad. Ciertas zonas de la concepción sustantivista de la técnica, como la filosofía de Heidegger, enfatizan este aspecto simbólico de los artefactos aunque, una vez más, al atacar de plano a la concepción instrumentalista, no pueden ver el otro aspecto, el funcional. Podría decirse que cualquier herramienta o artefacto posee un sentido útil, otro estético y que, además, porta un

conjunto de huellas culturales que acelera la evolución de la técnica en el reino de lo humano en referencia a la evolución más lenta, atada a la biología, que caracteriza a todo ser vivo. Esta imagen de las dos evoluciones podría evocar la propuesta, tan famosa como polémica, del biólogo Richard Dawkins acerca de la existencia de “memes”, una suerte de “genes culturales”. Pero la evolución en el ámbito humano está atravesada por conflictos y los conflictos por relaciones de poder, por lo cual Parente alerta contra la naturalización abusiva de lo social, de este tipo de abordajes.

De esto se trata la concepción biocultural de la técnica propuesta por el autor: incorporar los aportes de las concepciones anteriores, que constituyen un muy buen diagrama de la filosofía de la técnica desde el siglo XIX hasta nuestros días, y fundamentalmente superar sus limitaciones y sus mutuos equilibrios mediante consideraciones de tipo social. En primer término, se trata de subrayar un cambio de marcos de referencia. Ya no corresponde hablar solo de objetos y artefactos técnicos, sino fundamentalmente de sistemas. Es preciso citar aquí al autor *in extenso*:

Tras la progresiva integración entre ciencia y técnica desde la modernidad y, especialmente, desde finales del siglo XIX, el fenómeno tecnológico adquiere gradualmente las cualidades de un “sistema”. Las técnicas se van encadenando unas con otras de manera tal que ya en muy pocas ocasiones una sola basta para satisfacer el fin. De este modo, la tecnología moderna ya no se manifiesta bajo la forma de aparatos aislados y separados sino —de modo cada vez más patente y acelerado— como parte de un todo sistémico. Indudablemente, la estructura de este nuevo ambiente artificial desafía y desestabiliza los vocabularios filosóficos que tematizan el problema. Entre ellos, el lenguaje del primer Heidegger se ve desbordado, incluso si pensamos en su idea de relacionalidad concerniente a la *Zeugganzheit*. El funcionamiento de los sistemas técnicos modernos no resulta traducible a los términos en los que Heidegger describe lo que ocurre dentro del taller del carpintero. En este ejemplo, basado en un modelo artesanal, el martillo remitía al clavo y a la madera señalando un todo de útiles dentro del cual se llevaba adelante una labor determinada. En los sistemas técnicos, en cambio, los nexos de remisión entre los diversos componentes están ocultos, o al menos desdibujados, por lo cual requieren ser reconstruidos. Las remisiones no se dan entre un útil y otro, sino entre instituciones o fuerzas exógenas no reductibles a las figuras “objetos” y “sujetos” propias de la tradición filosófica moderna. De tal manera, el reconocimiento de la interrelación y dependencia recíproca entre los distintos elementos del sistema conduce a reconsiderar el léxico utilizado para su análisis, más precisamente a discutir

las implicaciones de la figura tradicional del objeto técnico como instrumento heterónimo descontextualizado. Al mismo tiempo, obliga a dudar de la adecuación de las concepciones protésica e instrumentalista en cuanto ellas permanecen todavía atadas a dicha imagen (Parente, 2010: 231).

Claro que Parente no es el primero en desarrollar el problema del “sistema técnico”. Se encuentra ya en Jacques Ellul, quien formula este mismo concepto; en Simondon, cuando distingue elementos, individuos y conjuntos técnicos (donde los conjuntos integran a los individuos y los individuos a los elementos); en Hans Jonas, un continuador de Heidegger, cuando afirma que la técnica moderna ya no es, como antes del siglo XIX, una posesión ni un estado, sino una empresa y un proceso; y en la teoría de los sistemas tecnológicos del historiador norteamericano Thomas Hughes, autor del clásico *Networks of Power: Electrification in Western Society (1880-1930)*. En la mayoría de estos casos se trata de autores clásicos de la filosofía de la técnica, con lo cual Parente nos entrega implícitamente una certeza: que esta disciplina admitió desde hace tiempo que el atomismo de los sujetos y de los objetos con sus medios y sus fines delimitados no es un punto de vista adecuado para analizar la técnica moderna, y sin embargo, como afirma el autor, muchas veces el vocabulario y el imaginario disponible van a contrapelo de esta certeza.

En segundo lugar, es importante destacar que los sistemas técnicos, además de su carácter relacional, son híbridos de naturaleza y de cultura, de sociedad y de artificio, tal como lo demuestra en nuestros días el pensamiento de Bruno Latour. Como en el caso de la extensión de la tecnicidad a los animales, aquí también se produce un desdibujamiento de la figura del hombre como sujeto (concepción protésica e instrumentalista) o como objeto (concepción sustantivista) de la técnica. Hay en la visión de Latour cuasi-objetos que son un mixto de subjetividad y objetividad, particularmente evidentes en la biotecnología y la medicina actuales: animales clonados, organismos genéticamente modificados, órganos trasplantados, tejidos injertados, embriones congelados, etcétera. En estos casos se trata de una vida no remitida a la idea de naturaleza, sino absolutamente imbricada con la técnica, y en la que el hombre está alternativamente como sujeto y objeto, con lo cual ya no es la referencia obligada y exclusiva de las concepciones descriptas, aunque cada una de ellas pueda interpretarlo así –por ejemplo, un sustantivista podría decir que se trata de la tecnificación de la vida y que es una prueba más del avance incontenible de la técnica que hace del hombre otro objeto más.

Parente concluye así en la integración a la reflexión filosófica de los alcances de los estudios sociales de la tecnología: el constructivismo social

de Trevor Pinch y Wiebe Bijker, la teoría del actor-red de Latour y Michel Callon y la ya citada teoría de los sistemas tecnológicos de Hughes. La referencia a las determinaciones sociales, más que a las humanas y técnicas, permite superar las dificultades para separar lo humano y lo artificial que se observan en el abordaje filosófico de la técnica. Lo social entendido como “entramado” (Pinch) integra lo cultural y lo artificial, sumándole lo político que había sido desarrollado ya por Langdon Winner, aunque dentro de un marco predominantemente sustantivista. Pero esta serie de ventajas es interrumpida por una advertencia: la reducción a lo social de aspectos que efectivamente dependen de una indagación filosófica. La construcción social de los fenómenos técnicos, dice Parente, no debería ocultar que la técnica es una realidad específica de lo humano y que el vocabulario de las ciencias sociales también puede revelarse, al igual que el de la filosofía, como insuficiente en la medida en que desdibuja la realidad misma de la técnica. Se trata de la búsqueda de un nuevo equilibrio, superador de los antiguos (instrumentalismo-sustantivismo), que Parente deja más bien como un horizonte para trabajos futuros.

En realidad, de aquí en adelante es posible esperar nuevos equilibrios, pero también podría tratarse de la cercanía de un precipicio en el que podría caer la misma filosofía de la técnica. No sería descabellado que eso ocurriera si se le da crédito a la propuesta más osada de Latour: suspender la referencia a lo social, afirmar que la sociedad no existe, que no explica nada (como hace en su reciente *Reensamblar lo social*) y abogar por una vuelta a teorías olvidadas, entre ellas la de Gabriel Tarde y casualmente la del propio Simondon, ambos recuperados por la filosofía de Gilles Deleuze. La técnica podría desintegrarse como categoría al igual que la sociedad. Hay que recordar que la filosofía de la técnica nació en el siglo XIX como un intento de delimitar los fenómenos técnicos del resto de los fenómenos naturales, sociales, culturales y políticos, y que la dignidad de la técnica como objeto de estudio podría evaporarse si tales demarcaciones perdieran sentido. Las aperturas que propone Parente van también en ese mismo sentido, más allá de que sea difícil, para él y para todos aquel interesado en este campo de estudios, admitir esta posibilidad.

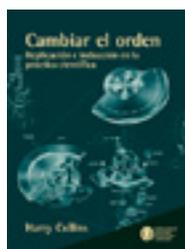
En estas aperturas, en estos nuevos equilibrios que también son abismos, se halla la fecundidad del trabajo de Parente.

Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes
Colección Ciencia, Tecnología y Sociedad / dirigida por Pablo Kreimer



**Steven Shapin,
Simon Schaffer**

El Leviathan y la bomba de vacío. Hobbes y Boyle entre la ciencia y la política



Harry Collins

Cambiar el orden. Replicación e inducción en la práctica científica



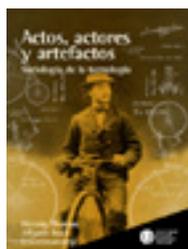
Alfonso Buch

Forma y función de un sujeto moderno. Bernardo Houssay y la fisiología argentina (1900-1943)



Juan Pablo Zabala

La enfermedad de Chagas en la Argentina. Investigación científica, problemas sociales y políticas sanitarias



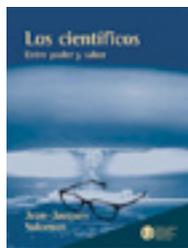
**Hernán Thomas,
Alfonso Buch**
(coordinadores)

Actos, actores y artefactos. Sociología de la tecnología



**Antonio Lafuente,
Andoni Alonso**

Ciencia expandida, naturaleza común y saber profano



Jean-Jacques Salomon

Los científicos. Entre poder y saber



**Tomás Buch,
Carlos E. Solivérez**

De los quipus a los satélites. Historia de la tecnología en Argentina

NORMAS PARA LA PRESENTACIÓN DE ARTÍCULOS

Redes es una revista con vocación latinoamericana, que pretende estimular la investigación, la reflexión y la publicación de artículos en el amplio campo de los estudios sociales de la ciencia y la tecnología, y en todas las subdisciplinas que lo conforman (sociología, política, historia, economía, comunicación, gestión, antropología, educación, análisis institucional, filosofía). Por ello, recibe con gusto contribuciones de académicos y estudiosos latinoamericanos, pero también de otras regiones, para su difusión en el público de la región.

Los autores deben enviar los artículos por correo electrónico a <redes@unq.edu.ar>

Las colaboraciones deben ser inéditas.

Redes publica tres tipos de texto: artículos, notas de investigación y reseñas bibliográficas.

En cada artículo que se envíe se debe indicar a qué sección corresponde.

La longitud máxima para la sección Artículos es de 12.000 palabras; para Notas de investigación, de 8.000 palabras y para las Reseñas 5.000.

Los artículos deben incluir un resumen en castellano de hasta 200 palabras con cuatro palabras clave. Deberá incluirse también la traducción al inglés del título, del resumen y de las palabras clave.

Los cuadros, gráficos y mapas se incluirán en hojas separadas del texto, numerados y titulados. Los gráficos y mapas se presentarán confeccionados para su reproducción directa.

Toda aclaración con respecto al trabajo se consignará en la primera página, en nota al pie, mediante un asterisco remitido desde el título del trabajo.

Los datos personales del autor, pertenencia institucional, áreas de trabajo y domicilio para correspondencia se consignarán al final del trabajo.

Las citas al pie de página se enumerarán correlativamente.

Las obras citadas, si las hubiera, se listarán al final y se hará referencia a ellas en los lugares apropiados del texto principal de acuerdo al Sistema Harvard (Apellido del autor, año de la edición del libro o del artículo) y el número de página cuando fuese necesario. Ej. (Collins, 1985: 138).

Referencias bibliográficas

Se traducirá y castellanizará todo lo que no sea el nombre del autor y el título de la obra (London = Londres, Paris = París, New York = Nueva York, and = y).

Los datos se ordenarán de acuerdo con las características siguientes:

Libros:

[Autor] Apellido, Inicial nombre (fecha), *Título* (en cursivas), lugar, editorial.

Si hubiera más de un autor, los siguientes se anotan: Inicial nombre Apellido.

Ejemplos

Auyero, J. (1999), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes.

Bijker, W., T. Pinch y T. Hughes (eds.) (1987), *The Social Construction of Technological Systems: New Directions in the Sociology and History of Technology*, Cambridge y Londres, The MIT Press.

Artículos de revistas o de publicaciones periódicas

[Autor] Apellido, Inicial nombre (fecha), “Título” (entre comillas; si está en idioma extranjero solo se escribirá en mayúscula la primera inicial del título, como en castellano), *Nombre de la revista o publicación* (en cursivas), volumen, (Nº), p. (o pp.).

Si hubiera más de un autor, los siguientes se anotan Inicial nombre Apellido.

Ejemplos

Labarca, M. (2005), “La filosofía de la química en la filosofía de la ciencia contemporánea”, *Redes*, 11, (21), pp. 155-171.

Georghiou, L. y D. Roessner (2000), “Evaluating technology programs: tools and methods”, *Research Policy*, 29, (4-5), pp. 657-678.

Volúmenes colectivos

[Autor] Apellido, Inicial nombre (fecha), “Título de capítulo o parte” (entre comillas), en [Autor] Apellido, Inicial nombre (comp. o ed.), *Título* (en cursivas), lugar, editorial, año, p. (o pp.).

Si hubiera más de un autor, los siguientes (hasta tres) se anotan Inicial nombre Apellido y se separan con comas. Si hubiera más de tres autores: Apellido del primero, Inicial del nombre *et al.* (fecha)...

Ejemplo

Casanova, J. (1999), “Religiones públicas y privadas”, en Auyero, J. (comp.), *Caja de herramientas. El lugar de la cultura en la sociología norteamericana*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, pp. 115-162.

Law, J. (1987), “Technology and Heterogeneous Engineers: The Case of Portuguese Expansion”, en Bijker, W., T. Pinch y T. Hughes (eds.), *The Social Construction of Technological Systems: New Directions in the Sociology and History of Technology*, Cambridge y Londres, The MIT Press, pp. 111-134.

Bibliografía general

Se ubicará al final del texto. El esquema a seguir será el consignado en “Referencias bibliográficas”. Se eliminará la mención del número de páginas, con excepción de los casos de revistas o trabajos incluidos en volúmenes colectivos.

En el caso de que el autor haya utilizado el Sistema Harvard, toda la bibliografía se unificará con el año entre paréntesis después del nombre del autor y las notas al pie remitirán a la Bibliografía, que se ordenará al final del texto alfabéticamente y siguiendo el mismo criterio.

EQUIPO EDITORIAL | UNQ

Edición: Anna Mónica Aguilar, Rafael Centeno

Diseño: Hernán Morfese, Mariana Nemitz

Administración: Andrea Asaro, Otilia Díaz Bulay
